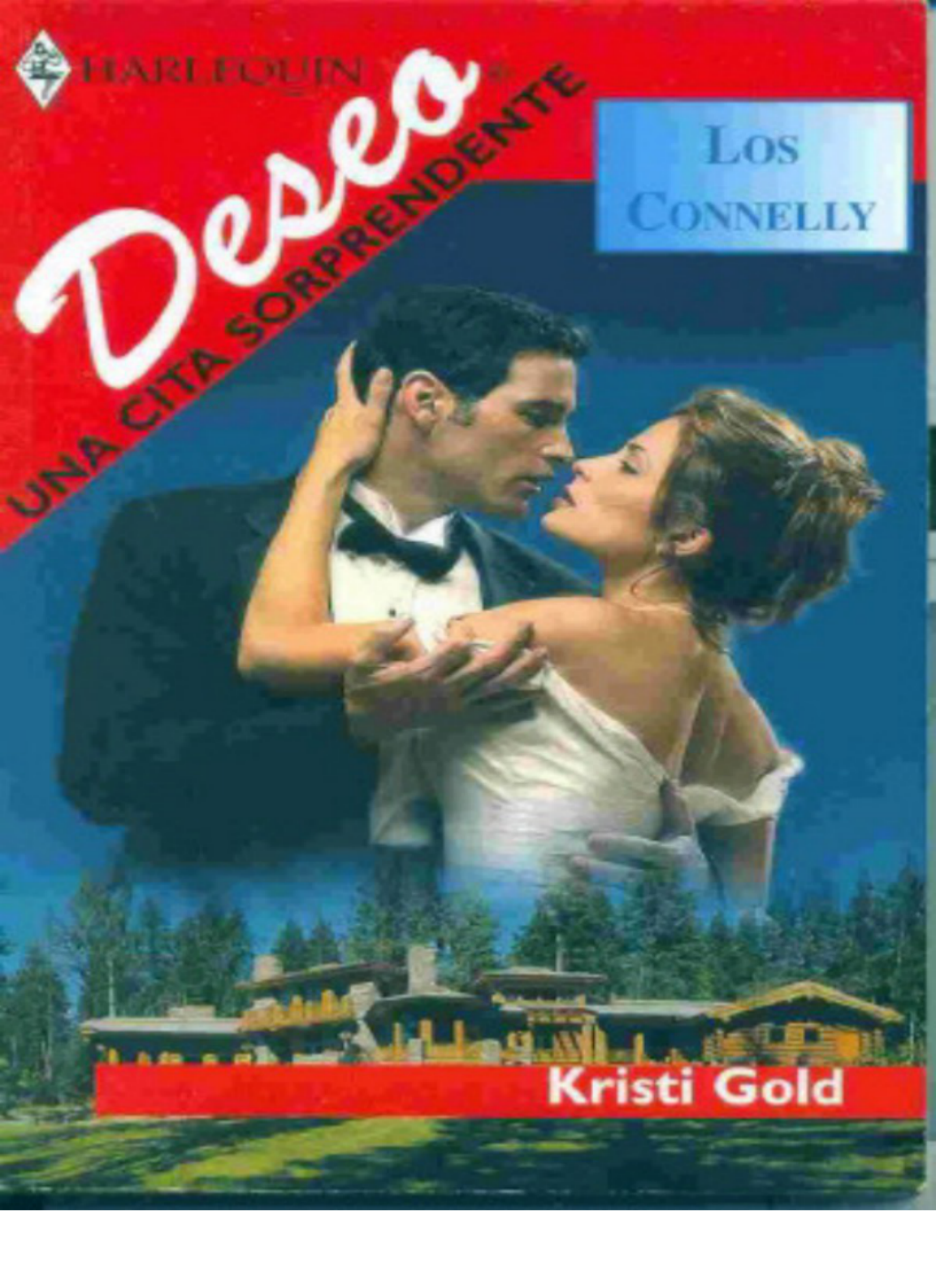

HARLEQUIN
Deseo
UNA CITA SORPRENDENTE
LOS CONNELLY
Kristi Gold

Una Cita Sorprendente

Kristi Gold

El ejecutivo Drew Connelly regresó de su viaje de negocios cansado, contento de ver a su hija... y prometido. Y antes de que pudiera darse cuenta su <<prometida>> se presentó en su casa para casarse.

¿Qué clase de mujer le habrían encontrado en Internet su hija de seis años y su octogenaria abuela? Aunque lo cierto era que Kristina Simmons parecía encantadora. La futura novia solo necesitaba empezar de nuevo, fuera como fuera. El problema era que Drew no estaba dispuesto a casarse... hasta que cometió el error de besarla.

Asunto: ¿Quieres casarte conmigo?

En la ciudad de Chicago

Agosto: El verano está tocando a su fin, pero las cosas siguen al rojo vivo en los despachos de la planta diecisiete de la Torre Connelly. Al parecer, Drew Connelly se ha pasado sus ratos libres a la hora del café navegando por la red en busca de una nueva esposa y madre para su hijita. Fuentes bien informadas aseguran que se va a producir de inmediato un compromiso con una joven profesora de Oshkosh cuyos datos aparecían en Internet. Serán muchos los que piensen que de una página Web llamada «Solteromanía» no puede salir nada respetable.

La ciudad de Chicago ha vuelto a recibir una vez más a la matriarca de los Connelly, Lilly, que ha venido de visita desde Palm Springs acompañada de su marido, Tobías, sin duda para organizar la nueva boda. En lugar de invertir su tiempo en hacer de casamentera, la gran dama, a la que no se le escapa nada, debería dedicarse a la investigación. Y es que continúan los problemas en la Corporación Connelly, y algunos miembros de la familia han denunciado nuevos incidentes. Los dos detectives que Grant Connelly ha contratado han sido vistos recorriendo la ciudad en busca de pistas que ayuden a aclarar las extrañas situaciones que se están viviendo en la Corporación. Pero hasta la fecha no se ha encontrado ninguna solución a los misterios que asolan a esta venerable familia.

Prólogo

—¿De verdad que va a venir, Nana Lilly?

Lilly estrechó contra su pecho con fuerza a su querida bisnieta mientras se sentaban frente al ordenador.

—Sí, Amanda. Va a venir.

Lilly Connelly era muy escéptica respecto a las novedades tecnológicas, y durante un tiempo consideró al poderoso Internet como un instrumento del demonio. Pero desde hacía algún tiempo se había dado cuenta de que navegar por la red tenía también sus ventajas, sobre todo desde que descubrió la última página Web de Chicago para buscar pareja, un lugar en el que se podían encontrar mujeres que buscaban compañía masculina. Algo parecido a una fiesta del instituto pero sin el catering.

Lilly había encontrado a una mujer joven que cumplía a la perfección todos los requisitos para convertirse en esposa de su nieto Drew y en una madre adecuada para su pequeña hija Amanda. A aquella candidata en particular le encantaban los niños, algo lógico teniendo en cuenta que era profesora, y además buscaba también una relación seria para casarse. Aquella joven estaba a años luz de la sucesión de mujeres que habían pasado por la vida de Drew durante los últimos cinco años, desde que había fallecido su esposa. Mujeres que solo estaban interesadas en su fortuna y en la posición social que venía implícita con el apellido Connelly.

Lilly pensaba que Drew no sabía lo que le convenía, pero por fortuna ella sí. Su nieto era un hombre muy considerado y un padre excelente. Se enfadaría muchísimo al enterarse de lo que había hecho, sin duda. Pero con un poco de suerte acabaría dándose cuenta de que la abuela siempre sabía qué era lo mejor para él.

Lilly apretó el botón de «enviar» al final del correo electrónico, poniendo así en marcha el plan que llevaba semanas planeando. Aquel era el momento en que debería sentir algo de remordimiento, pero no fue así. Los Connelly eran una familia de cabezotas, y Drew no era una excepción. Necesitaba un pequeño empujón, algo que Lilly estaba encantada de proporcionarle.

—Bájate, cariño —dijo dándole un beso a su bis nieta en la mejilla—. Tengo que irme. El abuelo Toby me está esperando en casa.

Amanda se deslizó del regazo de su bisabuela para que Lilly se levantara de la silla. Lilly se apoyó sobre su bastón y se incorporó sobre dos piernas poco dispuestas a cooperar. Sus articulaciones de

ochenta y tres años chirriaron en señal de protesta. Llevaba demasiado tiempo sentada en la misma posición, y eso no le convenía.

Lilly contempló los dulces ojos verdes de Amanda, confiados y llenos de esperanza, y sintió por fin la culpabilidad cayendo sobre ella. ¿Habría hecho lo correcto? De todos modos, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Lilly deseó arrodillarse para ponerse a la altura de Amanda, pero si lo hacía, luego no sería capaz de volver a incorporarse. Se conformé con acariciar la cabeza de la niña, cubierta por una melena de pelo rubio y fino.

—Cariño, eres consciente de que tal vez las cosas no funcionen entre tu padre y Kristina, ¿verdad?

—Funcionarán —aseguré Amanda elevando la barbilla con determinación—. Ella querrá a mi papá, y mi papá la querrá a ella también.

Lilly sintió que se le encogía el corazón. Amanda se parecía físicamente a su madre. Que Dios tuviera en su gloria la pobre alma perdida de Talia; pero tenía la tenacidad de su padre. Y por suerte, había sido bendecida con el optimismo de Lilly.

—Ojalá salga todo bien entre tu papá y Kristina, pero quiero que sepas que a veces los adultos no ven las cosas bajo el mismo prisma. Y también tenemos que mantener nuestro pequeño secreto durante algún tiempo.

Lilly esperaba que cuando Kristina Simmons se enterara de la verdad, ya hubiera surgido entre ellos el amor.

—Kristina dice que le gustan los cachorros —replicó Amanda, corno si no quisiera ni considerar la posibilidad de que su plan no funcionara—. Tal vez convenza a papá para que me traiga uno.

—Poco a poco, cariño. Primero tiene que conocer a tu papá.

«Y convencerlo para que la deje quedarse», pensé para sus adentros.

Lilly rezó para que lo que hubiera hecho fuera lo correcto. Rezó para que Drew le diera una oportunidad a aquella joven. Y rezó para que Kristina Simmons tuviera un corazón fuerte y la habilidad de sanar el de Drew, todavía herido.

Siempre se podía esperar que las cosas salieran bien.

Capítulo Uno

Drew Connelly dejó caer las maletas al pie de la escalera que llevaba al piso de arriba, y la más grande de ellas fue a parar directamente a su pie. Murmuró una serie de maldiciones dirigidas contra su propia estupidez, contra lo tarde que era, y contra el sonido de la áspera voz de la nueva niñera hablando desde el teléfono de la cocina con vaya usted a saber quién.

Si no hubiera estado tan desesperado, nunca habría dejado a Debbie a cargo de Amanda mientras él atendía asuntos urgentes de trabajo en Europa.

Cuánto había echado de menos a su hija. Un mes era demasiado tiempo para estar alejado de ella. Las llamadas diarias de teléfono habían sido solo pobres sustitutas de su sonrisa, y del sonido de su risa contagiosa. Amanda era la luz de su vida, y la razón por la que se levantaba cada mañana para enfrentarse a su ajustadísima agenda como Vicepresidente de Operaciones Internacionales de la Corporación Connelly, el legado de su familia.

Por desgracia, la responsabilidad lo estaba envejeciendo a marchas forzadas. Aquella noche no se sentía un hombre de veintisiete años, sino de doscientos.

Drew se disponía a subir las escaleras con la intención de ir a la habitación de Amanda, darle un beso de buenas noches, meterse en la ducha y acostarse. Pero se detuvo cuando escuchó una risita proveniente de su estudio. Era la risa de Amanda.

Drew volvió a dejar caer las maletas, evitando esta vez los pies, y se encaminó por el pasillo en dirección a su despacho para encontrarse con Amanda subida de rodillas en su silla, con la cara iluminada por la diversión y por la luz de la pantalla del ordenador.

—Jovencita, se supone que deberías estar en la cama —dijo con toda la firmeza de la que fue capaz en aquel momento, que desde luego no era mucha.

— ¡Estás en casa! —gritó Amanda bajando de la silla y lanzándose a su cuello como un tornado.

Drew la estrechó entre sus brazos, aspirando el aroma de su cabello y sintiendo la suavidad de su mejilla.

Después de abrazarla y besarla varias veces, Amanda dio un paso atrás y lo estudió con sus ojos verdes brillantes de emoción.

— ¡Papá, cuánto te he echado de menos!

—Yo también a ti, cariño. ¿Pero no te tengo dicho que no puedes entrar en Internet a menos que estés con un adulto? Es peligroso, Manda.

—Ya lo sé, papá -dijo la niña jugueteando con su corbata—. Pero Nana Lilly estuvo conmigo antes, y Debbie se acaba de marchar. Hemos estado navegando.

—¿Has visitado tu página Web favorita de animales? —se interesó Drew, algo más aliviado.

—He ayudado a Debbie a buscar un hombre en una página de solteros. La misma en la que hemos encargado tu sorpresa.

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Drew completamente desconcertado.

—La sorpresa que te dije por teléfono, papá —contestó su hija con la cara brillante—. Nana me ayudó a conseguirla. Estará aquí mañana por la mañana.

Drew sintió una sensación de inminente desastre. No podía salir nada bueno de una página Web de solteros. Ni siquiera estaba muy seguro de querer saber lo que había hecho su hija, pero tenía que averiguarlo.

—¿Qué tipo de sorpresa me habéis preparado Nana y tú?

—No puedo decírtelo, porque entonces no sería una sorpresa —razonó la niña desviando la vista.

—Vamos, Mandy, dame solo una pista —insistió Drew—. No le diré a Nana que me lo has contado.

Amanda levantó la barbilla con orgullo, y, radiante como un anuncio luminoso, anunció con satisfacción:

—Te hemos conseguido una esposa.

—Cuelgue el teléfono, señorita Rancles. Ahora.

Debbie se dio la vuelta sobre la silla de la cocina en la que estaba sentada, con el teléfono inalámbrico entre la barbilla y el hombro mientras se pintaba las uñas.

—Luego te llamo, Henry —dijo antes de dejar el teléfono y bajar al instante las piernas, que tenía puestas encima de la mesa— Señor Connelly... no sabía que estaba usted en casa. ¿Ocurre algo?

—¿Y usted me lo pregunta? —aseguró Drew dejando escapar algo parecido a una carcajada irónica—. Amanda me ha dicho que ha estado instruyéndose en su página Web de solteros. Al parecer, la ha estado ayudando a usted a encontrar un hombre.

Y al mismo tiempo, ayudando a su abuela a encontrar una mujer para él.

—Solo estaba revisando algunos perfiles y preguntándole su opinión.

—¿Y cree que eso es apropiado para una niña?

—No creo que le haga ningún daño.

—Solo tiene seis años, maldita sea —gruñó Drew entre dientes abandonando su expresión de calma.

—Nunca es demasiado pronto para aprender las buenas

cualidades que debe tener un soltero —se defendió la niñera poniendo cara de inocente.

—Está usted despedida.

—¿Cómo? —preguntó ella abriendo mucho los ojos.

—Ya me ha oído. Recoja sus cosas y salga de aquí. Le enviaré su finiquito en un cheque a través de la agencia.

—Es más de medianoche, señor Connelly.

Drew cayó en la cuenta de la hora, y no tuvo el coraje de ponerla de patitas en la calle a aquellas horas de la noche. ,

—De acuerdo. Pero quiero que se vaya a primera hora de la mañana. Le diré al chofer de mi empresa que la recoja y la lleve a donde usted le indique.

Y dicho aquello, Drew se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras, dejando a la niñera con la boca abierta. Una vez en el pasillo, se dirigió a la habitación de Amanda para asegurarse de que seguía en la cama, donde él la había dejado unos minutos atrás.

Al arroparla, Drew le había dicho a su hija que, pasara lo que pasara, no deberían contarle en ningún caso a aquella misteriosa Kristina que detrás de su encuentro estaba el plan de su abuela, y que era ella quien había enviado los e-mail. Drew no quería herir los sentimientos de aquella mujer, aunque no supiera nada de ella. En lo que a él se refería, Kristina Simmons era una víctima inocente de todo aquel lío.

Mandy le había asegurado que mantendría su pequeño secreto, y había prometido que no haría nada que pudiera herir los sentimientos de Kristina. Drew se dio por satisfecho, aunque no estaba muy seguro de que su hija no acabara por irse de la lengua.

A través de la puerta entreabierta del dormitorio, Drew contempló a su hija dormida con el rostro angelical vuelto hacia él. Parecía una princesa de cuento, igual que su madre. Pero Drew no tenía fuerzas para ponerse a pensar en Talia en aquel momento.

Una vez en su cuarto, se dejó caer sobre la cama, agarró el teléfono y marcó un número.

—Hola, abuelo. Soy Drew. ¿Está por ahí la abuela?

—Por el amor de Dios, hijo, ¿sabes qué hora es?

—Lo sé, pero esto no puede esperar. Necesito hablar con ella. ¿Está dormida?

—No. Está en la otra habitación viendo el programa nocturno. Espera que te la paso... ¡Lilly! ¡Es Drew!

Drew se apartó el auricular de la oreja, temiendo que los gritos de su abuelo lo dejaran sordo. Sería lo que le faltaba aquella noche.

—Hola, Drew —dijo Lilly con aquel tono meloso que utilizaba cuando estaba tramando algo—. ¿Has tenido un buen viaje?

—¿Te has divertido jugando con mi ordenador?

—Oh, sí, querido.., esta Amanda es un genio de la informática...

—Corta el rollo, abuela.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Sé lo que has hecho.

—Cálmate un poco, jovencito. Te he hecho un favor.

— ¿Un favor? ¿De verdad crees que me interesa quedar con una mujer a la que ni siquiera he visto en mi vida? No tengo ningún interés en acudir a una cita a ciegas.

—No se trata de una cita, querido.

—Llámalo como quieras, pero no me apetece la idea de que una extraña aparezca en la puerta de mi casa con la intención de yerme después de haberme pasado la mayor parte de la noche en pie.

—No irá a tu casa para verte.

—Deja de hablar en clave, Lilly.

—Irá a tu casa para mudarse a vivir allí.

—Estás de broma, ¿no? —preguntó Drew, empezando a pensar que estaba dentro de una pesadilla.

—No. Para tu información, te diré que has estado mandándole correos electrónicos durante el mes que has estado fuera. Y Amanda también. Se llama Kristina Simmons... es un nombre bonito, ¿no crees?

—¡Maldita sea, Lilly, esto es una locura!

—¡No maldigas, jovencito!

—¿Qué es lo que sabes de ella? —preguntó Drew, maldiciendo por lo bajo ante el lío que se había encontrado al llegar a casa.

—Parece muy cordial, y...

— ¿Qué parece muy cordial? ¡Por el amor de Dios! ¿Y si es una criminal? ¿Cómo puedes invitar a una extraña a mi casa?

—Deja de interrumpirme y te facilitaré todos los detalles que necesitas para darle un recibimiento adecuado —aseguró Lilly antes de detenerse a tomar aire—. He hecho que la investiguen, y se trata de una ciudadana modelo, tal y como parecía. Amanda me ayudó a escribir todos los correos electrónicos. Y por supuesto, la has pedido en matrimonio hace poco. Era lo único que podías hacer con una niña en casa y con tu reputación en juego. El trato es que estaréis comprometidos durante un mes, y después de eso, si todo sale bien, prepararéis la boda. Kristina no debe saber nunca la verdad.

Aquello era absurdo. Era surrealista. Era típico de Lilly.

—Abuela, yo no sé en qué siglo crees que vives, pero los matrimonios concertados desaparecieron con las estufas de carbón.

—Es todo por tu bien, Drew. Y por el de Amanda. No puedo seguir cruzada de brazos viendo cómo tu hija se cría en medio de una sucesión de niñeras mientras tu viajas alrededor del mundo y sales con busconas que solo quieren meterte la mano en los

pantalones, y de paso, en la cartera.

Nada de lo que Lilly había hecho hasta el momento le había chocado tanto como la visión tan mísera que tenía de él y de su vida social. ¿Acaso no se daba cuenta de lo mucho que detestaba tener que dejar a Amanda porque su trabajo lo obligaba a pasar mucho tiempo fuera del país? ¿Ni de cómo odiaba salir con mujeres, porque ninguna mujer alcanzaba ni por asomo su ideal, ni como esposa ni como madre de su hija? ¿Ni de cómo de testaba que su abuela intentara ponerle remedio a su situación buscándole una novia?

—No puedes hacerme esto, abuela.

—Ya te lo he hecho, mi queridísimo y solitario nieto. Y, ya que eres un caballero, ¿me prometes que recibirás a esta joven con los brazos abiertos y le darás una oportunidad? -

—¿Y si no lo hago?

—Te las tendrás que ver conmigo, y te aseguro que te puedo hacer pasar un infierno.

La línea se cortó en aquel instante, dejando el humor de Drew en su punto de ebullición.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Confiar en que aquella Kristina no se presentara? ¿Que se retirara con una graciosa reverencia, soltando incluso una carcajada cuando se enterara de que aquello era un plan ideado por una matriarca casamentera? De una manera o de otra, tenía que dejarle muy claro que todo aquel asunto era un tremendo error.

Sentada en el coche frente a la impresionante fachada de la residencia de Drew Connelly, Kristina Simmons comenzó a preguntarse si no habría cometido un tremendo error.

Cuando su amiga Tori le había propuesto poner su foto y sus datos en una página Web para solteros, ¡Cristina había protestado. Pero a pesar de sus objeciones, y sin su consentimiento, Tori las había incluido en la página. Luego llegaron los correos de Drew Connelly, que en un principio Kristina trató de ignorar. Pero había sido incapaz de no hacer caso a los que le había mandado su hija, Amanda.

Drew resultó ser un interlocutor interesante, y Kristina fue dejándose envolver por sus palabras y las de su hija. Y sin embargo, ni en sus más locos pensamientos se hubiera podido imaginar que conocería a alguien a través de Internet, ni mucho menos que accedería a un compromiso con él. Pero aún no era demasiado tarde pan cambiar de opinión.

Kristina le echó un vistazo a la copia del correo electrónico que tenía sobre el asiento del copiloto.

Querida Kristina:

No puedo esperar a mañana para verte. Eres muy guapa, y pareces una mamá. Papá necesita una esposa. Si vienes te prometo que seré buena.

Con cariño,

Amanda.

¿Cómo podía resistirse a aquella llamada suplicante de una niña? De acuerdo, tal vez en algún rincón oculto de su corazón confiaba en que el padre de Amanda fuera el hombre de sus sueños. Parecía encantador en los correos, y tenía toda la pinta de ser alguien como ella, una persona sola en busca de una relación profunda. Y ella podía hablar mucho de soledad. Aunque apenas tenía veintisiete años, Kristina estaba cansada de quedar con hombres que solo tenían malas intenciones o venían cargados de mentiras. Y ahora había aceptado irse a vivir con una persona de la que no sabía absolutamente nada más allá de lo que había escrito en su correspondencia electrónica.

Vivir con él «temporalmente», se corrigió a sí misma. Si no salía bien, podía marcharse, aunque probablemente no regresaría a su Wisconsin natal. Si no cometía ninguna estupidez, como enamorarse perdidamente de Drew Connelly sin ningún signo que indican que en correspondida, no tendría por qué haber problemas. Pero si él era parecido al hombre que escribía los emails, Kristina tenía que reconocer que ya estaba un poco enamorada de él.

Tras optar por dejar en el maletero el resto de las maletas, se bajó del coche con su bolsa de mano y se dirigió hacia la entrada, con el miedo pisándole los talones. ¿De verdad quería hacer aquello? Lo cierto era que lo único que había hecho hasta el momento era acceder a vivir con Drew de prueba. Por no hablar de la pequeña labor de investigación que había llevado a cabo para averiguar si Drew Connelly era una persona decente. Para ello había contado con la inestimable ayuda del amigo policía de Lori, que le había asegurado que Drew no tenía antecedentes penales. No solo era una persona decente: era un hombre rico que había crecido en una de las familias más reputadas de Chicago. Y al parecer en también un hombre de éxito, a juzgar por el tamaño de su casa, un chalet construido en ladrillo rojo y rodea do de jardines bien cuidados, situado en un próspero vecindario.

Cuando llegó al porche, ¡Cristina apretó el timbre antes de que le diera por cambiar de opinión. Esperó durante un tiempo que se le hizo interminable a que alguien contestara a su llamada. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y le habían comenzado a sudar las palmas de las manos.

Si al menos hubiera visto alguna foto de él... No se trataba de que su apariencia física fuera a inclinar la balanza hacia un lado o

hacia otro. Dios sabía que los hombres siempre la habían juzgado a ella por ese rasero demasiadas veces. Había aprendido a convivir con su altura, que sobrepasaba la de la media, su casi inexistente cintura, sus caderas excesivas y sus rotundos pechos, aunque muchas veces a lo largo de su vida había suspirado por un cuerpo diferente. Pero había dejado de desear algo que era imposible y había comenzado a sentirse cómoda con el pensamiento de que tal vez alguien la aceptara por cómo era y no por su aspecto físico. Tal vez ese <<alguien>> podría ser Drew Connelly. Kristina estaba dispuesta a pasar por alto su apariencia, cualquiera que esta fuese. Después de todo, lo que importaba era el hombre que es taba detrás de la fachada.

La puerta se abrió en aquel momento mostrando al exterior a un hombre vestido con una camisa de franela, pantalones flojos color caqui, ligeramente calvo y no muy alto. Si aquel anciano tenía veintisiete años, ella tenía la talla treinta y ocho.

Al menos tenía una sonrisa cálida y acogedora.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

— ¿Es esta la residencia Connelly? —preguntó ella con timidez.

—Sí, señorita. ¿La envía la agencia de niñeras?

—¿Agencia? No, se supone que tengo que encontrarme con Drew Connelly. ¿Es usted?

—Ya me gustaría, pero creo que soy algo mayor que él —respondió el hombre soltando una sonora carcajada mientras le estrechaba la mano—. Soy Tobías Connelly, el abuelo de Drew.

—Encantada. Soy Kristina Simmons —saludó ella—. He quedado aquí con Drew.

—Muy bien, señorita Simmons —dijo el anciano haciendo un gesto con la mano—. Pase, por favor.

Era evidente que el abuelo no estaba al tanto del asunto del compromiso, y ¡Cristina pensó que sería mejor no hacerle partícipe de ello por el momento.

Lo que encontró en el vestíbulo cuando entró la dejó sin respiración. Una inmensa escalinata de mármol pulido llevaba hasta la segunda planta. A su derecha había un salón decorado con muebles exquisitos y lo que parecían ser auténticas piezas de museo. A su izquierda, una estantería repleta de libros y rodeada de confortables sofás de cuero. Delante de ella, un inmenso pasillo decorado con cerámica pintada a mano parecía extenderse hasta el infinito.

Aquel lugar era de una elegancia inigualable. Sería la casa de los sueños de cualquier persona.

Así que: ¿Qué diablos estaba haciendo allí ella, ¡Cristina Simmons la simple, de Oshkosh?

—¡Drew, tienes compañía! —bramó Tobías ante una sorprendida Kristina.

—¡Enseguida voy! —respondió una voz masculina con evidente irritación.

—Se está tomando un café —explicó el mayor de los Connelly con una mueca—. Es mejor que no hable usted con él hasta que lo haya terminado. Por las mañanas se comporta como un oso.

—Ya veo.

Estupendo. Un hombre que no disfrutaba de las mañanas, el momento favorito del día para Kristina.

—¿Quiere que le enseñe la cocina?

—¡No! —casi gritó ella.

No quería parecer asustada, pero creía que se ría mejor idea permanecer cerca de la puerta en caso de que tuviera que salir a toda pastilla.

—Quiero decir, que prefiero esperarlo aquí —se explicó—. Gracias.

—De acuerdo. Vendrá en un minuto.

Tal vez un minuto no fuera tiempo suficiente para Kristina, sobre todo si tenía que prepararse para enfrentarse a un oso.

—Tendría que haber adivinado que no la envía la agencia —.comentó Tobías mientras la miraba con aire inquisidor, como si quisiera adivinarle el pensamiento—. No es usted como la última que vino, una flaca que apenas tenía cerebro.

Era obvio que Kristina no era ninguna flaca, y desde luego en circunstancias normales tenía bastante cerebro, aunque en aquel momento ella misma se estuviera cuestionando su propia inteligencia. Estaba claro que Drew Connelly se había quedado sin niñera. ¿Sería aquella la razón oculta por la que le había pedido que se mudara a su casa?

—Esta misma mañana ha tenido que despedirla—continuó Tobías—. Esa niñera no estaba haciendo bien su trabajo. Esa es otra de las razones por las que Drew está de tan mal humor.

Aquello le proporcionó a Kristina cierto alivio. Al menos, aparentemente, no la había hecho ir para reemplazar a su niñera.

—Estoy seguro de que se pondrá más contento ahora que está usted aquí —aseguró Tobías con una mueca—. No hay nada como una chica bonita para iluminarle a un hombre las mañanas.

¿Una chica bonita?

—Gracias —susurró ella, cayendo en la cuenta de que probablemente solo estaba tratando de ser educado.

—Lamento perderme su compañía, pero tengo que marcharme —dijo el anciano mirándola con amabilidad tras consultar su reloj de pulsera—. Cuídese, señorita Simmons. Espero volver a verla

pronto. Dígale a Drew que la invite otro día. A su abuela le encantaría conocerla.

Y dicho aquello salió por la puerta principal, dejando a Kristina a solas mientras esperaba al misterioso Drew Connelly.

Con las rodillas temblorosas por los nervios, Kristina se giró hacia una de las ventanas del vestí bulo y le echó un vistazo a los alrededores. Iluminado por el sol de mediados de agosto, se divisaba enfrente un pequeño parque con columpios y un tobogán, el lugar perfecto para que los niños jugaran bajo la vigilante mirada de sus padres. Kristina deseó poder quitarse los zapatos y correr hacia allí, pero por muy tentadora que le pareciera la idea, ya no podía escaparse.

Se frotó las manos sudorosas, preguntándose cómo sería Drew Connelly. Tal vez se trataría de una versión más joven de su abuelo, amable y considerado, siempre y cuando tuviera su dosis de cafeína. Pero, ¿qué pensaría de ella? Drew le había dicho en sus emails que no le importaba el aspecto físico. Pero tras verla en persona, al completo después de la pequeña foto de carné que había enviado, tal vez cambiaría de opinión.

Kristina escuchó entonces el sonido de unos pasos a su espalda, indicando que había llegado el momento de la verdad.

Echó los hombros hacia atrás, se dio la vuelta y contuvo un grito ante la visión del hombre que se acercaba a ella. Un hombre guapísimo que llevaba una bata azul marino bajo la que se entreveía una suave mata de pelo negro sobre un pecho bien formado. A la altura de la cadera llevaba unos pantalones de pijama de cintura baja sobre los que se adivinaba un vientre liso como una tabla. Aquel hombre se detuvo un instante antes de reanudar la marcha más despacio y pararse a un metro de ella.

Kristina tuvo que levantar la cabeza para mirarlo, algo poco habitual en ella teniendo en cuenta su altura. Drew tenía los ojos azules y la miraba con los párpados entornados. El cabello, negro como el ala de un cuervo, estaba revuelto. El conjunto resultaba de lo más sexy, como si acabara de levantarse de la cama.

¿Acababa de levantarse de la cama? Cielos, ¿se había olvidado de su llegada? ¿Se había confundido ella con la hora? ¿Se trataba realmente de él?

—¿Drew?

—Tú debes ser Kristina —respondió él con voz ronca tras recorrerla lentamente con la mirada de arriba abajo.

En aquel momento, ella no estaba muy segura de quién era, noqueada todavía por el atractivo de aquel hombre.

—Sí, soy Kristina. ¿He llegado demasiado pronto?

—Son apenas las ocho de la mañana. Creo que esta hora puede

calificarse como temprana, especialmente para un sábado.

—Es la hora a la que tú me dijiste que viniera.

— ¿Ah,sí? —murmuró él frunciendo el ceño.

—Sí, aquí lo tengo —contestó Kristina rebuscando en su bolsa de mano hasta dar con el último e-mail-. Dice: «Ven a las ocho de la mañana. Así podremos hablar antes de que Amanda se levante».

Volvió a guardar el papel en la bolsa, y al ver que él no respondía, añadió:

— ¿Quieres que vuelva más tarde?

«¿O tal vez nunca?», pensó para sus adentros.

—¡Kristina! ¡Has venido!

Kristina se dio la vuelta y se encontró con una niña pequeña de cabello alborotado vestida con una bata de seda rosa, que bajaba las escaleras todo lo rápido que le permitían sus piececitos. Cuando llegó a la planta de abajo, siguió corriendo hasta abrazarse a las piernas de Kristina, haciéndola tambalearse.

—Déjame adivinar —dijo Kristina poniéndose de rodillas y sonriendo—. Tú debes ser el ama de llaves.

—No, soy Amanda —respondió la niña entre risas—. Pero puedes llamarme Mandy como mi papá, si lo prefieres.

Al ver la sonrisa inocente de aquella preciosa niña, Kristina se quedó completamente enamorada.

—Me gustaría llamarte Mandy, si tu papá está de acuerdo.

Levantó la vista para observar a Drew, que las contemplaba desde las alturas y no parecía estar muy contento.

—Mandy, ¿por qué no te vas arriba un momento? Me gustaría hablar con Kristina a solas.

—Yo también quiero hablar con ella —aseguró la niña haciendo un puchero.

—Luego, Amanda Elizabeth.

La pequeña bajó la cabeza e hizo amago de empezar a llorar, pero Kristina la abrazó sin dudarlo.

—Te diré lo que vamos a hacer, cariño: ¿Por qué no subes, te vistes y buscas tus juguetes favoritos? Yo iré dentro de un momento para que me los enseñes.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿No vas a marcharte?

Kristina sintió que se le encogía el corazón dentro del pecho. Era obvio que Amanda se había sentido abandonada en alguna ocasión anterior, tal vez en muchas. Quizá su padre era de los que me tía mujeres en su casa y luego las expulsaba de su vida en cuanto Amanda comenzaba a tomarles cariño.

—No me marcharé ahora mismo —aseguró Kristina

incorporándose.

Aquello era lo único que podía prometer por el momento, ya que la decisión tenía que tomarla Drew.

—Subiré en cuanto tu papá y yo hablemos.

—Vale —replicó Amanda con un gesto de desilusión.

La niña comenzó a subir las escaleras muy despacio, mirando atrás a cada paso para comprobar que Kristina cumplía su promesa.

Cuando la pequeña hubo desaparecido de su vista, Kristina se giró hacia Drew, que se había atado la bata, tapándose el pecho por completo. Pero aquel gesto no le había hecho parecer menos atractivo, ni menos inquieto.

Drew miró un instante al techo antes de fijar la vista en ella.

—Escucha, Kristina, tengo algo que decirte.

Al escuchar la gravedad de su tono de voz, ella no tuvo ninguna duda de lo que iba a decirle. Tras haberla mirado bien, seguro que había cambiado de opinión. Kristina miró hacia la escalera y vio que estaba vacía. Aun así, no quería que Amanda escuchara cómo la rechazaba su padre.

— ¿Podemos hablar en algún lugar más privado?

—Claro. Por aquí.

Kristina siguió a Drew Connelly a través del inmenso pasillo, preparándose para el momento en que él le dijera que aquello había sido un lamentable error.

Capítulo Dos

Drew no se hubiera llevado una sorpresa mayor si Lilly hubiera aparecido montada en una Harley. No tenía muy claro qué esperaba de Kristina Simmons, pero desde luego no era aquello.

Ella se sentó en el sofá del gabinete y él hizo lo propio en la silla que estaba enfrente. Evitando su mirada, Kristina recorrió con los ojos la estancia, permitiendo que él hiciera lo propio con sus sandalias blancas y su vestido color coral sin mangas que le dejaba los brazos y los tobillos al descubierto. Tenía la piel del color del bronce, algo que contrastaba con el color castaño rojizo de su larga cabellera. Y era muy alta, mediría posiblemente un metro ochenta. Y no se parecía en absoluto a las mujeres con las que él solía salir.

Kristina Simmons era un paso atrás en el tiempo, cuando las mujeres eran mujeres, con pechos potentes y curvas generosas que no dejaban dudas sobre su feminidad. Y sin embargo, ella parecía querer esconder sus atributos bajo ropas amplias, probablemente porque su aspecto no era el que estaba de moda, por culpa de la idea de que las mujeres tenían que estar demacradas para ser atractivas. Pero aun así, Drew podía imaginarse los detalles importantes de su anatomía. Podía imaginárselos de sobra, pero más le valía no seguir por aquel camino si no quería terminar sonrojándose.

Los grandes ojos castaños de Kristina eran uno de sus muchos atributos, unos ojos que lo habían dejado paralizado cuando la vio por primera vez de pie en el vestíbulo. Unos ojos que lo habían intimidado, igual que ahora, cuando rebuscaba las palabras que tenía que decirle.

— ¿Te ha costado trabajo encontrar la casa?

Aquello era una tontería, pero no se le ocurrió decir otra cosa en aquel momento, sobre todo teniendo en cuenta que tenía la mirada clavada en los labios carnosos de Kristina.

—No, en absoluto. Me diste muchas indicaciones —contestó ella con una sonrisa que dejó al descubierto una blanquísima dentadura —. Tu casa es preciosa. Y tu hija también.

Y también lo era Kristina Simmons, de una manera natural y al mismo tiempo diferente, pensó Drew. Apenas llevaba maquillaje. No lo necesitaba. Tenía la piel dorada y fresca, y unas pestañas largas y rizadas que le llegaban a las mejillas cuando bajaba los ojos, tal y como estaba haciendo en aquel momento.

—Mandy es una niña maravillosa —aseguró él—. Creo que podría considerarse precoz.

—Inteligente, diría yo —replicó Kristina colocándose en el

regazo un cojín del sofá mientras desviaba la vista—. Bueno, ¿qué querías decirme?

Drew sabía lo que tenía que decirle: que aquel plan absurdo había sido planeado por su abuela. Pero al contemplar a Kristina en aquel momento, insegura y algo atemorizada, no tuvo el valor de soltarle la verdad de sopetón. Tendría que hacerlo poco a poco.

—Creo que deberíamos hablar de nuestro trato.

Kristina se apartó el cojín del pecho y se sentó en la esquina del sofá con las manos en el regazo.

—Mira: te voy a poner las cosas fáciles —aseguró mirándolo de frente—. Me doy cuenta de que mi aspecto te ha sorprendido. Ya sé que en tus emails decías que el físico no te importaba, pero entiendo perfectamente que no me consideres aceptable.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, un hombre atractivo y rico como tú puede tener a la mujer que quiera. Una mujer que sea... como decirlo.., más esbelta. Delgada.

—¿De verdad piensas que soy tan superficial?—replicó Drew, molesto porque ella diera por sentadas cosas respecto a él.

—Lo cierto es que no sé qué pensar. No me esperaba a alguien como tú.

Aquello valía para los dos. Tampoco él contaba con que apareciera una mujer que le despertara de aquella manera la imaginación.

— ¿Y qué esperabas?

—¿Quieres que sea sincera?

—Creo que será lo mejor —aseguró Drew, aun que él no le había dicho todavía la verdad.

—Esperaba a alguien más.., vulgar.

—Lo mismo que yo.

Una pizca de color tiñó las mejillas de Kristina, que volvió a agarrar el cojín.

—Al menos uno de nosotros no se equivocó.

¿Cómo podía decir aquello? ¿No se daba cuenta de que tenía una belleza natural que ningún hombre podría pasar por alto, a menos que estuviera muerto? Por no hablar de la forma en que había conectado al instante con Mandy. ¿Cuántas veces había deseado Drew que ocurriera aquello con alguna de las mujeres que le había presentado a su hija? Más de las que podía recordar, y nunca había pasado. Hasta ahora. Tal vez Lilly tenía razón. Tal vez había estado buscando en sidos equivocados. Pero buscar en Internet...

De todos modos, no tenía ninguna intención de caer en la trampa del matrimonio. Ya lo había probado una vez, y resultó ser

una de las experiencias más devastadoras de toda su vida. Amanda era lo único bueno que había resultado de aquello.

Pero, ¿cómo explicarle a Kristina Simmons que no estaba interesado en casarse sin que ella creyera que su aspecto tenía algo que ver con su decisión? ¿Cómo explicárselo a su hija, que había recibido a Kristina con los brazos abiertos, sin romperle el corazón?

Maldita Lilly, que lo había metido en aquel compromiso sin tener en cuenta los sentimientos de Amanda. Ni los de Kristina. Si le pedía que se marchara, pensaría que Drew era tan superficial como ella había dado por hecho. Por no mencionar el coro de reproches que le esperaba por parte de su abuela y de su hija. ¿Qué podía hacer?

Y entonces, se le ocurrió algo. Tal vez podría convencer sutilmente a Kristina de que aquello no iba a funcionar. Tal podría darle la vuelta a la tortilla y conseguir que fuera ella la que decidiera marcharse. Aquel plan era mejor. De hecho, era un plan excelente.

Comenzaría con una mirada lasciva. Lo había visto hacer muchas veces en la oficina a los miembros masculinos del personal, cuando iban detrás de las secretarias. Si aquello no la asustaba, entonces era mucho más dura de lo que había supuesto.

—Bueno, bueno, Kristina... creo que eres una mujer extraordinariamente atractiva...

Qué horror. Aquello había sonado totalmente a Dudley Watts, el libidinoso oficial de la Corporación Connelly.

Por desgracia, Kristina encontró el cordón del cojín más interesante que sus intentos lascivos.

—Gracias.

—Y estoy deseando que nos conozcamos... mejor.

Al menos aquello había sonado más suave, menos del estilo de Dudley.

— ¿Estas diciendo que sigamos adelante con el acuerdo? —preguntó ella sorprendida levantando la vista del cojín.

—A menos que tú tengas algún problema...

—No —contestó Kristina agachando de nuevo la cabeza—. Ya que me he metido en esto, creo que deberíamos intentarlo.

Su primer intento para desanimarla no había dado resultado. Tendría que esforzarse más para convencerla de que no tenía buenas intenciones.

— ¿Necesitas ayuda para traer tus cosas?

—Todo lo que tengo está en el coche.

— ¿Has estado viviendo en el coche?

—Claro que no -contestó ella con una sonrisa—. Esta semana expiraba mi contrato de alquiler, y cuando me pediste que me

mudara aquí, decidí no renovarlo. Supongo que podría decirse que esto no podría haber llegado en mejor momento.

Drew se sintió todavía peor. Si le decía que se marchara, la dejaría literalmente en la calle. Tenía que regresar al plan A, al de las aviesas intenciones.

—Espero que encuentres cómoda mi cama —dijo inclinándose hacia delante en lo que pretendía ser una postura insinuante, aunque tenía todos los músculos agarrotados.

—De verdad, Drew, no hace falta que me dejes tu dormitorio —contestó ella inclinándose a su vez, pero completamente relajada—. Ya te dije que la habitación de invitados es más que suficiente.

— ¿Crees que debemos dormir en habitaciones separadas? —contestó él echándose de nuevo hacia atrás.

—Por supuesto, tal y como propusiste en tu correo electrónico. Estoy de acuerdo contigo en que no debemos ni considerar ese tipo de intimidad con Amanda en la casa.

Era obvio que Lilly lo había destinado a la santidad. Si le decía a Kristina que había cambiado de opinión y que quería que compartieran la cama, le daría la impresión de ser un buitre de primera categoría. No quería llegar tan lejos... al menos por el momento.

—Solo quería comprobar que estamos de acuerdo en ese punto —aseguró Drew.

—Lo estamos —respondió ella—. Creo que necesitamos mucho tiempo antes de dar ese paso en nuestra relación.

—Cuéntame más cosas de ti —le pidió entonces Drew, esperando encontrar algo que lo ayudan a convencerla para mantenerse alejada de él.

—No se me ocurre nada que no te haya contado ya en mis emails.

Drew se dio cuenta de que ella tenía en ese aspecto una gran ventaja sobre él.

—Seguro que te viene algo a la cabeza. No puedes saberlo todo de una persona solo por unos cuantos correos electrónicos.

—Nos hemos escrito cincuenta.

¿Cincuenta? Su abuela necesitaba urgentemente encontrar otro hobby.

—¿Tantos? —susurró Drew.

—Sí. Los he contado. Y además, los guardo todos—aseguró Kristina con una sonrisa que le iluminó todo el rostro—. Mi favorito es aquel en el que me cuentas que tu libro preferido es Cumbres borrascosas

—Seguro que te sorprendió.

A él desde luego sí, ya que nunca había leído aquel libro. Su

abuela no tenía vergüenza.

—Para ser sincera —continuó Kristina—, creo que Heathcliff está demasiado atormentado.

—El es... único —comentó Drew, sintiendo que en aquel momento ese personaje no sufría ni la mitad que él.

—Sí, y atormentado. Por eso me sorprende que también te gusten las comedias románticas.

Drew estuvo a punto de atragantarse, pero entonces se le ocurrió otra idea. Tal vez si lograba convencerla de que no había sido completamente sincero respecto a sus gustos, Kristina decidiera marcharse de inmediato.

—La verdad es que solo estaba tratando de impresionarte. Lo cierto es que prefiero a Tom Clancy.

—¿De verdad? Yo también —replicó ella agrandando la sonrisa —. Me encantan las películas de guerra.

La estrategia no estaba resultando muy efectiva.

—¿Te he contado que me gusta ver los deportes?

—No. De eso no hemos hablado.

—Bueno, pues me apasiona . —continuó Drew, en cantado de encontrar por fin una salida—. Desde el viernes hasta el domingo, cuando estoy en casa, me trago todo lo que ponen en televisión. Pero mi favorita es la lucha libre.

Aquello debería ser suficiente.

Pero no lo fue. Kristina pareció muy complacida, emocionada incluso.

—No sabes la alegría que me das. Me encanta la lucha libre. Mi favorito es Mangler. ¿No te encanta el sombrero tan estrafalario que lleva? Y cuando se enfrenta a esa mujer... ¿Cómo se llama?

Drew no tenía ni la más remota idea. Ni siquiera había visto nunca un combate de lucha libre.

—Ahora mismo no me acuerdo. Todavía estoy con el cambio de horario.

— ¿Cambio de horario? —preguntó Kristina frunciendo el ceño —. No sabía que habías estado fuera de la ciudad.

—En Europa. Todo el mes pasado.

— ¿Has mandado todos esos emails desde Europa?

—Sí... así es.

Las mentiras iban enredándose cada vez más. Si sabía lo que le convenía, lo que les convenía a todos, Drew debería detener aquello al instante. Le contaría a Kristina la verdad. Dejaría de fijarse en aquellos ojos oscuros, en sus dedos jugueteando con el cojín, en aquellos labios semiabiertos por la sorpresa... le contaría toda la verdad.

—Qué bonito; Drew —soltó ella de pronto—. No tenía ni idea..

Te habrá costado mucho dinero conectarte a Internet desde Europa. No deberías haberte tomado tantas molestias por mí.

Parecía que en vez de enviarle un e—mail le hubiera enviado un cuadro de Monet. ¿Cómo iba a contarle ahora la verdad? No podía hacer eso.

Por otro lado, después de haber despedido con cajas destempladas a la niñera al amanecer, no tenía a nadie que se ocupara de su hija. Le llevaría casi un mes encontrar una sustituta decente. Estaba claro que a Kristina se le daban bien los niños, y a Amanda le gustaba. Mientras tanto, Drew podía fingir que seguía adelante con el acuerdo y seguir buscando la manera de que ella se echara atrás. El plan parecía bastante simple, si no fuera por un pequeño problema: Aquella mujer le atraía bastante, por no decir mucho. Aun así, intentaría que aquello no lo apartara de su objetivo.

—Vamos a instalarte —dijo Drew poniéndose en pie.

Kristina se levantó del sofá, acortó la distancia que los separaba y le dio un inesperado abrazo. Sus exuberantes pechos se aplastaron contra su torso. Kristina olía a fresco y a limpio, y le gustó sentirla contra él. Le gustó demasiado. Drew la rodeó a su vez con los brazos haciendo verdaderos esfuerzos para no situar las manos por debajo de la cintura y apretarla contra sí, y besarla apasionadamente.

—Gracias, Drew —susurró Kristina con voz sedosa y ligeramente ronca.

Drew reaccionó de inmediato a aquel susurro, volviéndose de acero bajo el cinturón, y se preguntó cómo sonaría la voz de Kristina cuando hicieran el amor.

¿Cuando hicieran el amor?

Drew dio un paso atrás para apartarse a toda prisa de aquel tentador abrazo y de sus peligrosos pensamientos. No debería permitirse aquellas fantasías si quería poner fin a toda aquella pantomima. Tenía que ser fuerte, y mantener a raya las manos y la boca. Podría hacerlo sin problemas.

—Déjame que te enseñe tu cama... tu dormitorio, quiero decir.

Tras haberse instalado en la habitación de invitados del piso de abajo, una suite de color rosa surgida de los sueños de un diseñador, Kristina se sentó con las piernas cruzadas en la habitación de Amanda. El cuarto de la niña estaba repleto de juguetes. Había tantos que se podría montar con ellos una tienda de regalos. Ella y Amanda estaban vistiendo a dos muñecas mientras Drew se duchaba y se vestía, algo en lo que Kristina prefería no pensar.

Al menos no desde aquel abrazo. No después de la inesperada

reacción de su cuerpo cuando sintió los brazos de Drew Connelly a su alrededor.

Por primera vez en años, había experimentado verdadera química. Y no podía evitar pensar que él también la había sentido.

Que el cielo la ayudara. Un abrazo inocente y ya estaba pensando en cosas que no debería ni considerar, al menos hasta que ambos se conocieran mejor. Entonces, lo que tuviera que ocurrir, ocurriría. Pero Kristina no podía dejar de pensar en él, en cómo besaría...

— ¿Te gusta mi papá?

La súbita pregunta de Amanda la arrancó de sus pensamientos.

—En principio, sí, cariño, pero todavía no nos conocemos lo suficiente. Para eso estoy aquí.

—Y también para jugar conmigo —aseguró la niña asintiendo con la cabeza.

—Sí, cariño, y para jugar contigo —respondió Kristina apretándole la punta de la nariz.

Amanda sacó una segunda maleta llena de ropa de muñeca y esparció su contenido por el suelo.

—Mi mamá murió —dijo como dejando constancia de un hecho.

Drew le había contado a Kristina en sus emails que era viudo, pero no había entrado en más detalles. Solo sabía que su mujer había muerto hacía

—¿Te acuerdas de tu mamá, Mandy?

—No —contestó la niña encogiéndose de hombros—. Nana Lilly dice que me parezco a ella, pero yo no lo sé, porque no sé cómo era.

—¿No has visto ninguna foto? —preguntó Kristina apartándole con dulzura el cabello de la frente.

—Papá no tiene ninguna foto de ella.

El pecho de Kristina se encogió de tristeza. Es taba claro que la muerte de su mujer había sido tan dolorosa para Drew que no había querido conservar nada de ella. ¿Pero habría conseguido borrar también los recuerdos? ¿Seguiría sufriendo por la madre de Amanda? ¿Sería aquella la causa de su soledad?

Aunque así fuera, la niña tenía derecho a conocer aquella parte tan importante de su historia. Pero Kristina se recordó a sí misma que no era asunto suyo hacérselo ver a Drew, al menos no por el momento.

—Tal vez deberías pedirle a papá que te enseñara una foto, Mandy.

—No importa —respondió la niña tendiéndole un vestido de novia de muñeca—. Ahora tú puedes ser mi mamá.

Kristina exhaló un suspiro. ¿Dónde se había metido? ¿Qué ocurriría si las cosas con Drew no funcionaban? La figura femenina

a la que Amanda consideraba su madre, y que tanto parecía necesitar, volvería a desaparecer una vez más.

Pero no tenía por qué ser así.

A pesar de sus preocupaciones, Kristina decidió ser optimista y esperar que las cosas funcionaran entre ella y Drew. Y si así ocurría, tal vez ella podría ser una madre para Amanda y una esposa para él.

—Este es Drew —dijo Amanda enseñándole un muñeco vestido de esmoquin.

Kristina se dio cuenta de que Amanda era una niña de papá en todos los sentidos. Algo lógico, teniendo en cuenta que Drew era todo lo que ella tenía, y viceversa.

— ¿Y cómo la llamamos a ella? —preguntó poniéndole el vestido de novia a aquella muñeca de curvas imposibles.

—Kristina. Se va a casar con mi papá —aseguró Amanda con la certeza de la que solo los niños son capaces.

—Tal vez Barbie y Ken están ya preparados para la luna de miel...

Kristina se giró hacia la puerta al escuchar aquella voz masculina. Drew estaba apoyado en el quicio, vestido con un polo y unos pantalones blancos. Ya no tenía el pelo revuelto, sino bien peinado, y le brillaban los ojos azules con una chispa de diversión.

—No son Barbie y Ken, papá —contestó Amanda con infinita paciencia—. Son Drew y Kristina.

Drew entró en la habitación con las manos en los bolsillos. El aroma a madera de su colonia acarició a Kristina cuando él cruzó delante de ella para colocarse al lado de Amanda.

—Tengo que ir un rato a la oficina, así que dale a papá un beso, cariño —dijo Drew señalando una mejilla perfectamente rasurada.

Kristina tuvo que hacer un esfuerzo para no obedecer, aunque sabía que estaba hablando con

—¿No puedes jugar con Kristina y conmigo, papá? —preguntó Amanda frunciendo el ceño.

—Tal vez podamos jugar esta noche —respondió él dirigiendo sus ojos azules hacia Kristina.

Ella sintió que el pulso se le aceleraba doble mente por el doble significado. Drew se la quedó mirando fijamente, como si aguardara una res puesta que ella se sentía incapaz de darle. La ex presión sensual de su rostro y la promesa que en cerraba su tono de voz la hicieron creer que la idea que Drew tenía de jugar no tenía nada qué ver con vestir muñecas, sino más bien con desvestirse el uno al otro, O tal vez Kristina se lo estaba imaginando todo...

—Vendré después de comer -dijo el finalmente rompiendo la mirada que estaban compartiendo y volviéndose hacia Amanda.

—Muy bien, papá. Pero no tardes —contestó su hija dándole un beso sonoro en la mejilla.

—Si no te importa darle la comida, hay unos sándwiches hechos en la nevera —dijo Drew poniéndose de pie y mirando de nuevo a Kristina—. Estás en tu casa.

—Gracias —contestó.

Aunque Kristina Simmons, la simple, procedente de Wisconsin, dudaba que alguna vez pudiera sentirse en casa al lado del increíblemente atractivo Drew Connelly.

Aquella era la única vez que Drew no había te nido más remedio que ir a la oficina sin tener una verdadera razón para hacerlo. Soltó un suspiro de frustración y se inclinó hacia atrás en la silla de su despacho de la planta diecisiete de la Torre Connelly, sede de la empresa textil que había fundado su abuelo y que su padre había convertido en un prestigioso y multimillonario negocio. Dos horas antes, Kristina Simmons le había dado un simple abrazo que le había puesto el cuerpo al rojo vivo. Una hora más tarde, aquella mujer parecía llevar toda la vida en la habitación de Amanda, jugando a las muñecas con su hija. Estaba tremendamente atractiva con las piernas cruzadas y la falda levantada, regalándole inadvertidamente la imagen de sus muslos morenos. Aquella era la razón por la que había salido de allí a toda pastilla, tratando de escapar de la idea de colocar sus manos en aquellos muslos.., y más arriba.

Por culpa de aquella imagen, Drew era incapaz de concentrarse en el reciente acuerdo que había conseguido en Europa y que incluía un lucrativo cargamento de piezas de encaje. Pero el único encaje en el que podía pensar en aquel momento era el que cubría la intimidad de las mujeres, en concreto la de Kristina Simmons, su presunta pro metida. Tenía que sacarse aquella imagen de la cabeza enseguida.

Drew seguía sin poder creer el modo en que ella había irrumpido en su vida aquella mañana, volviendo su mundo del revés, y transformando su libido en una bomba de relojería en cuestión de minutos. Y todo gracias al plan de su abuela.

No tenía ni la más remota idea de cómo iba a poner fin a aquella farsa, especialmente tras ver lo bien que había congeniado su hija con Kristina. No podía culpar a Mandy, pero no tenía por qué seguir sus pasos. Si conseguía convencer a Kristina de que lo suyo no podría salir bien, tal vez podría regresar a su vida, tal y como estaba antes de conocerla aquella mañana.

Una vida que incluía un puñado de mujeres superficiales que no le pedían nada más que algo de compañía y sexo vacío. Sin ataduras y sin despedidas lacrimógenas. Nada complicado. Nada que

implicara ningún compromiso emocional. Nada, excepto la soledad.

Eso era lo que Lilly diría, pero Drew sabía que él no necesitaba nada más. No necesitaba una relación estable, ni ninguna mujer en su vida. Pero Amanda sí. Y se lo merecía. Y Kristina Simmons se merecía un hombre que le ofreciera un compromiso. Y él no era aquel hombre, al menos por el momento.

Por esa misma razón, no podía tener una relación con ella. Tal vez algún día, cuando la vieja herida comenzara a cerrarse y a cicatrizar, Drew considerara la posibilidad de volver a asentarse. Tal vez cuando se le pasara el sentimiento de culpabilidad por la muerte de Talia. Tal vez cuando sintiera que podría darse por entero a una mujer, si es que aquello llegaba alguna vez a ocurrirle.

Hasta entonces, seguiría a su ritmo, entregándole a Amanda su amor incondicional, exacta mente igual que ella hacia, a pesar de los múltiples defectos de Drew. Dejaría que todo aquel asunto de Kristina coleara durante un mes, y para entonces —si no sucedía antes—, ella se daría cuenta de que estaría mejor sin él.

Una voz sonó entonces por el pasillo, devolviéndolo de golpe a la situación que tenía entre manos. La voz de su padre, para ser exactos.

—Te lo digo de verdad, algo le pasa a Charlotte. Tom Reynolds me ha contado que está actuando de manera muy misteriosa, que viene a la oficina los fines de semana cuando todos estamos en el lago, que evita hablar con la gente...

Drew lo escuchó con atención. Estaba deseando saber lo que Reynolds había dicho sobre Charlotte Masters, la asistente de más confianza de su padre. El detective, con la ayuda de un compañero llamado Lucas Starwind, había sido contratado por la familia Connel cuando su hermano Daniel, actual rey de Altaria, tierra natal de su madre, había sufrido un intento de asesinato. El marco de la investigación se había ampliado, colocando a todo el mundo bajo sospecha, incluido el clan Connelly. Para alivio de Drew, ningún miembro de su familia parecía estar implicado, pero las circunstancias que rodeaban el atentado contra Daniel seguían siendo un misterio.

¿Charlotte Masters sospechosa? Drew pensaba que no podía ser cierto. Pero entonces recordó algo. Días atrás, cuando Drew estaba en la puerta de la Torre Connelly con su hermano Rafe, este había intentado hablar con Charlotte, y ella había huido de él como de la peste. A Drew le había parecido muy extraño, porque Charlotte y su hermano siempre habían tenido una relación muy amigable, incluso de camaradería. Pero aquel día ella parecía muy distante, como si estuviera inquieta por algo.

—Grant, querido, piensa en ello...

Drew desvió la mirada hacia la puerta cuando reconoció aquella voz femenina. ¿Qué estaría haciendo su madre allí? Debía de tratarse de algo muy serio.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —continuó Emma Connelly—. Tener un hijo puede llegar a ser muy estresante. Deberías saberlo a estas alturas, después de haber vivido conmigo siete embarazos. Estoy segura de que eso es lo que le pasa a Charlotte.

¿Charlotte Masters embarazada? Drew había hablado muchas veces con su padre últimamente y no recordaba que él le hubiera comentado nada al respecto. Pero lo cierto era que Grant andaba preocupado en los últimos tiempos por los problemas de Daniel, su hermano mayor. La noticia del embarazo de Charlotte había pillado a Drew completamente por sorpresa, porque no sabía que mantuviera ninguna relación sentimental con nadie. Pero cosas más extrañas se habían visto.

Drew esbozó una sonrisa mientras pensaba en su hermano gemelo, Brett, que esperaba el nacimiento de su bebé en un par de semanas. No podía imaginarse a su hermano, que había sido todo un play boy, cambiando pañales y calentando biberones. Drew no pudo contener tampoco una punzada de envidia sana al pensar en la buena suerte de Brett por haber encontrado el amor en la detective Elena Delgado, una mujer que sin duda se ría una madre excelente.

Era curioso: El y Brett se habían intercambiado los papeles. Drew se había convertido en padre a los veintiún años porque había sido un atolondrado, mientras que Brett había dedicado su vida a mantener relaciones con más mujeres que cifras tenía la deuda nacional. Y ahora, Brett había sentado la cabeza con la mujer de sus sueños, mientras que Drew se había metido de lleno en el mundo de las citas, un arte en el que nunca llega ría a ser tan bueno como Brett.

La conversación que seguía desarrollándose al otro lado de su puerta volvió a reclamar su atención. Su madre estaba a punto de gritar, al menos todo lo a punto que podía estar la dulce Emma.

—No me importa que esté trabajando, Grant. Tenemos que hablar con Drew de esto ahora. Y tú vienes conmigo.

La puerta de su despacho se abrió para dar paso a la ex princesa Emma Rosemere de Altaria, vestida de Dior de los pies a la cabeza. Con la elegancia natural propia de su linaje real, que no había olvidado aunque Grant la hubiera llevado hasta América para convertirla en una Connelly, Emma entró en el despacho de Drew.

—Hola, hijo —lo saludó su madre, visiblemente nerviosa.

—Hola, madre —respondió Drew poniéndose de pie—. ¿Qué te

trae por la oficina un sábado?

—Tu padre y yo tenemos que hablar contigo —replicó Emma acercándose al escritorio.

—Me parece muy bien, pero no veo a papá —aseguró Drew asomándose por la puerta abierta.

—¿Donde se ha metido ese hombre? —preguntó su madre, irritada.

—Estoy aquí mismo, Emma. No te pongas nerviosa —dijo Grant deslizándose dentro del despacho.

Estaba claro que no se sentía nada cómodo. Se estiró el cuello de su polo verde de golf y luego se pasó la mano por los blancos cabellos.

— ¿Y a qué debo el honor de tener esta audiencia con mis padres? —preguntó Drew con curiosidad.

—No me puedo creer que no nos lo hayas contado —contestó Emma sin pizca de humor.

— ¿Contaros qué?

—Que estás prometido.

Las noticias volaban en el seno de la familia Connelly, tanto las buenas como las malas.

— ¿Cómo os habéis enterado? —preguntó Drew, como si no conociera de sobra la respuesta.

—Nos lo ha contado tu abuela.

Lilly, la mayor bocazas de la Costa Oeste.

—Ha sucedido todo muy deprisa —aseguró Drew con total sinceridad.

— ¿Dónde la conociste, hijo? —preguntó su padre.

«Esta mañana en el vestíbulo> >.

Pero no, Drew no podía decir aquello. Cuanta menos gente conociera la verdad, mejor. No para proteger a Lilly, sino para proteger a Kristina.

—En un club de solteros.

Aquello parecía lógico, y además era una versión modificada de la verdad.

— ¿Un club de solteros? —preguntó su madre exasperada, como si estuviera a punto de perder los modales—. ¿Es una chica adecuada?

—Bueno, mamá, lo cierto es que es una bailarina de striptease que recogí en un club de la Avenida de Michigan —respondió Drew, incapaz de contener el sarcasmo ante aquel interrogatorio—. Le di una buena propina y se vino a casa conmigo.

Emma palideció y se llevó una mano al pecho, colocándola por encima de su collar de perlas.

—Oh... Dios mío...

—Creo que está bromeando, Emma —intervino Grant—. Recuerda que Lilly nos contó que era profesora de Educación Infantil.

— ¿Ah, sí? —soltó Drew, aclarándose la garganta al instante—. Quiero decir que sí, que lo es. Y muy buena. Amanda la adora.

Y aquello era absolutamente cierto.

—Espero que esta vez sepas lo que haces, Drew—dijo Emma sentándose en la silla que había frente al escritorio.

En otras palabras: su madre le estaba diciendo que no cometiera los mismos errores en los que cayó con su primera mujer.

—Sé lo que hago, madre. Ya no soy un chaval sumido en un mar de hormonas.

—¿Cómo se llama esa mujer? —preguntó Emma estirándose la falda.

—Kristina Simmons —respondió Drew, satisfecho de conocer al menos aquel dato.

—¿Vive en la ciudad?

Era obvio que Lilly había dejado algunos cabos sueltos cuando había destapado la caja de los truenos.

—Vive muy cerca de mí.

—¿En tu mismo barrio?

—No solo en mi barrio —respondió Drew, sabiendo que era inútil intentar ocultar una verdad que sus padres acabarían sabiendo—. Vive conmigo.

—¡Oh, Drew! —se lamentó Emma abriendo des mesuradamente los ojos—. ¡No debería ser así, con Amanda en casa!

—No temas, madre. Ella tiene su propio dormitorio. Decidimos vivir juntos porque creímos que era preferible que nos conociéramos mejor y así asegurarnos de que somos compatibles antes de dar el gran paso.

Su padre se acercó a Emma y le puso las manos sobre los hombros.

—Me parece una decisión muy inteligente, Drew. Confiamos en que harás lo mejor para ti y para tu hija.

—Gracias papá. Lo intentaré.

Lo que sus padres no sospechaban era que todo terminaría en cuestión de un mes, o incluso antes.

—Tenemos que conocerla enseguida —dijo Emma.

—Tienes razón —aseguró su padre—. El fin de semana que viene sería el momento perfecto.

Estupendo. Lo que le faltaba a Drew era representar una obra de teatro con todos los miembros de su familia como espectadores. Tenía que pensar en algo a toda prisa.

—Había pensado llevar a Amanda y a Kristina a la casa de Brett

y mía en el lago este fin de semana. El no la va a utilizar, porque Elena no debe viajar dado su avanzado estado de gestación, así que pensé que era un buen momento para enseñarle el lugar.

—Es perfecto —aseguró su madre—. Iremos todos. llamaré a toda la familia y pasaremos el fin de semana en el lago.

—Madre, la casa no es lo suficientemente grande para albergarnos a todos —aseguró Drew, molesto porque su madre tuviera que tener siempre una respuesta para todo.

—Cabemos de sobra para celebrar una cena informal. Y al terminar, podemos ir a pasar la noche en la cabaña. Allí ahí sitio suficiente —aseguró Emma poniéndose en pie—. Tengo que empezar a llamar a los chicos. Me imagino que algunos no podrán venir hasta el sábado, así que ese día haremos una barbacoa. El viernes por la noche cenaremos solo vosotros dos, tu padre y yo, Lilly y Tobías...

A Drew comenzó a darle vueltas la cabeza, pero ni se le pasó por la imaginación inventarse una ex cusa para librarse de la velada. Su madre estaba en racha, y nadie podía detener a la princesa Emma cuando estaba en racha.

Solo tenía que convencer a Kristina para romper el compromiso antes del fin de semana. Pero Drew tenía que estar en Canadá el lunes, y regresaba el jueves. Aquello le dejaba apenas margen para hacer cambiar a Kristina de opinión respecto a su compromiso, respecto a él.

Tendría que trabajar más duro. Empezaría en cuanto llegara casa.

Capítulo Tres

Drew se detuvo en el vestíbulo ante el sonido de una voz melancólica cantando un «blues». Era una voz femenina fantástica, capaz de conseguir que hasta el más estoico de los hombres se parara a escucharla.

La canción le resultaba familiar, pero Drew no recordaba dónde o cuándo la había escuchado. Era una melodía muy sensual que hablaba de las primeras veces. Los primeros encuentros, los primeros besos, la primera vez que se hacía el amor... aunque aquello último se explicaba a través de metáforas, Drew no tuvo ningún problema para interpretar el mensaje que se escondía tras el simbolismo. Si su corazonada era cierta, sabía quién estaba cantando, y no se trataba de su hija.

Drew no pudo hacer otra cosa que seguir escuchando, hechizado, hasta que se dio cuenta de que había un acompañamiento de piano.

El piano de Talia.

Drew se dirigió hacia la habitación que albergaba el piano de cola, una estancia que él mismo había cerrado intencionadamente para evitar los recuerdos.

A cada paso que daba sentía crecer su rabia, igual que la culpa, que seguía viviendo en lo más profundo del interior de Drew. Le había regalado el piano a Talia cuando cumplió veinte años, y aquella misma noche había acabado con su sueño de convertirse en pianista profesional al dejarla embarazada. Luego llegó la depresión pos parto de Talia cuando nació Amanda, su incapacidad para aceptar las obligaciones de la maternidad y el final de su carrera, algo a lo que Drew no le había dado importancia. Había estado demasiado enfrascado en sus estudios, demasiado implicado en tratar de estabilizar su posición dentro de la dinastía Connelly. Al final había terminado por reconocer que la familia y los amigos tenían razón respecto a los problemas de Talia, pero ya había sido demasiado tarde.

Tal como sospechaba, encontró a Kristina sentada al piano, el único objeto de Talia que había conservado cuando construyó aquella casa tras su muerte. Un recordatorio de su fracaso.

Kristina estaba de espaldas a la puerta. Sus largos dedos recorrían con movimientos precisos las teclas del piano. Amanda estaba sentada a su lado.

— ¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Drew tratando de mantener la calma.

Kristina dejó de tocar y giró la cabeza para mirarlo. Amanda

hizo lo mismo, con una sonrisa de felicidad dibujada en el rostro, un rostro muy parecido al de su madre.

— ¡Hola papá! —exclamó la niña—. Kristina canta muy bien, ¿verdad?

—Yo prefiero algo más animado.

Lo que él preferiría sería salir de la habitación.

Kristina compuso una mueca, se giró de nuevo hacia el teclado y comenzó a tocar una alegre melodía country.

—También preferiría que Amanda no estuviera aquí —continuó Drew tratando de mantener un tono moderado—. Este piano es una pieza muy valiosa, no un juguete. Pertenecía a mi esposa.

—Ha sido culpa mía —respondió Kristina girándose para mirarlo con expresión de culpabilidad—. Cuando le dije a Mandy que sabía tocar, me habló del piano, y le dije que me lo enseñara.

—Ella sabe que no debe estar aquí.

—Pero, papá, no he estropeado el piano de mami —se defendió la niña ladeando la cabeza con expresión contrita—. No hemos roto nada.

—Vete a tu habitación, Amanda —dijo Drew por toda respuesta, incapaz de contener el cúmulo de emociones que lo embargaba—. Tengo que hablar con Kristina.

—Haz lo que te dice tu papá, ¿vale? —intervino ella abrazando a la niña—. Yo iré enseguida.

— ¿Se lo pedirás? —replicó Amanda mirándola mientras se dejaba caer de la banqueta.

—Ya veremos.

Amanda pasó por delante de Drew sin mirarlo a la cara. Había sido demasiado duro con ella, y todo por su propio sentimiento de culpa, por su rabia. Le pediría perdón a su hija más tarde. Pero primero iba a hablar con Kristina, dictar algunas normas.

—No sabía que el piano era de tu mujer -dijo ella incorporándose mientras se frotaba las manos—. De haberlo sabido, no hubiera entrado aquí sin preguntarte.

—A partir de ahora, espero que me consultes.

—Lo haré —aseguró Kristina suavizando la expresión de su rostro—. Imagino que tiene que ser difícil enfrentarse a los recuerdos de la mujer que amaste, cuando ella ya no está a tu lado.

Drew pensó que Kristina no podía ni imaginarse lo difícil que era. Pero no quería su compasión, y tampoco estaba de humor para hablar de Talia, que era a lo que parecía querer llevar aquella conversación.

— ¿Qué quería Mandy que me pidieras? —preguntó Drew pan cambiar de tema.

—Dos cosas —contestó Kristina apartándose del piano pero sin

mirarlo a la cara—. Ha llamado su amiga Sara para invitarla a su fiesta. Es en casa de los Anderson, dos calles más abajo, según me ha contado Amanda. Van a quedarse a dormir.

—Puede ir la fiesta, pero no puede pasar la noche allí.

— ¿Por qué no? —preguntó Kristina mirándolo a los ojos.

—Yo viajo mucho, y cuando estoy en casa quiero tenerla conmigo.

—Será solo una noche, y ella lo está deseando. Me ha contado que va a ser su primera fiesta.

—No puedo dejarla.

—Supongo que esto no es asunto mío, pero...—comenzó a protestar Kristina, visiblemente irritada.

—Tienes razón: no lo es —la interrumpió él con grosería.

Pero por el bien de Amanda, voy a continuar —prosiguió Kristina antes de detenerse a tomar aire—. Sé que ha sido muy duro para ambos la muerte de su madre. Y sé que te cuesta aflojar un poco la cuerda, pero Amanda necesita pasar más tiempo con sus amigos, y no estar encerrada en esta casa, dejando correr las horas con sus juguetes como única compañía mientras tú estás fuera.

—Ya pasa tiempo con sus amigos en el colegio.

—No es lo mismo, Drew. Es importante que los niños socialicen también fuera de clase con sus compañeros.

— ¿Acaso te crees una experta?

Aquello era un golpe bajo. Si continuaba por aquel camino, Kristina saldría por la puerta antes de que acabara el día. Justo lo que él había planeado. Pero no quería que ella lo odiara, y si no se tranquilizaba, eso sería exactamente lo que ocurriría.

—Soy profesora, ¿recuerdas? —contestó ella con voz pausada, desconcertada por el tono que había utilizado Drew—. Te lo dije en mis emails.

Otra vez aquellos malditos emails.

—Esto tiene que ver con mi hija y con lo que yo considero que es mejor para ella.

—Ella te necesita, Drew, pero también necesita tener su independencia.

Sabía que tenía razón, pero Drew no podía soportar la idea de dejar a Amanda suelta en un mundo lleno de desilusiones, remordimientos, peligros...

—Pensaré en ello —dijo Drew, pensando que tras un minuto de reflexión le diría a su hija suavemente que no—. ¿Qué otra cosa quería que me pidieras?

—Quiere que le enseñe a tocar el piano.

—Ni hablar.

— ¿Por qué?

—Porque es demasiado pequeña.

Y demasiado parecida a su madre.

—Al contrario, Amanda está en la edad perfecta—aseguró Kristina sin pestañear—. Esta tarde le he enseñado un par de notas y las ha aprendido a la primera. Tiene un don.

Exactamente igual que su madre, pensó Drew. Si consentía en que tomara aquellas lecciones, estaría involucrando aún más a Kristina en la vida de su hija, y en la suya propia. Y si no lo hacía, privaría a Amanda de la oportunidad de desarrollar aquel don, tal y como había hecho con Talia.

—Pensaré en ello también.

Y lo haría seriamente, pero no en aquel momento. No con Kristina mirándolo a los ojos expectante con una mirada amable, sin juzgarlo ni repudiarlo a pesar de lo mal que la había tratado.

—Todo lo que te pido, lo que tu hija te pide, es la oportunidad de aprender —aseguró ella con una tímida sonrisa.

Drew se entretuvo un instante estudiando a Kristina, una mujer especial cuya belleza irradiaba desde dentro hacia fuera. Una mujer que no se echaba atrás cuando se trataba de algo en lo que creía firmemente, y estaba claro que creía en Amanda.

No se parecía en absoluto a Talia, y tal vez por eso la encontraba tan atractiva. Talia había sido egocéntrica, sofisticada y joven. Y Kristina era generosa, natural e inteligente.

Drew sintió deseos de estrecharla entre sus brazos, abrazarla y darle las gracias por preocuparse de las necesidades de su hija. Pero se contuvo.

Su reacción anterior, cuando había visto a Kristina al piano, había servido para recordarle que traía una carga emocional a cuestas demasiado pesada para una mujer tan generosa como ella. Kristina Simmons no merecía cargar con sus problemas, ni con su incapacidad para comprometerse. Y él no se merecía a alguien tan bueno como ella.

Con aquel pensamiento en mente, Drew se dio la vuelta. Tenía que marcharse antes de hacer algo inadmisible, como besarla, agradecido. No podría hacerlo sin que su precario equilibrio emocional se desmoronara.

— ¿Adónde vas? —preguntó Kristina con aquella voz suya tan particular, responsable de la oleada de calor que Drew estaba sintiendo en aquel momento.

—Voy a pedirle perdón a Amanda.

Y después de eso, Drew tenía planeado retirarse a su despacho para tratar de recuperar los emails que ella le había enviado, y sacar de ellos una lista de exigencias, de falsas exigencias que le presenta ría a Kristina y que la obligarían a pensarse dos veces la

posibilidad de comprometerse seriamente con él. Tal vez de aquella manera saldría de su vida, ya que no podía sacársela de la cabeza.

— ¿Qué, haces?

Kristina levantó la vista del fuego y se encontró con la penetrante mirada de Drew. Bajó la potencia del fuego con la llave, pero la cocina seguía estando muy caliente por culpa de la presencia de Drew.

—Estoy haciendo algo de cena —contestó ella apoyándose en la encimera—. Pensé que estarías demasiado cansado para salir.

—Espero que no estés cocinando mucha cantidad —respondió Drew frotándose la nuca mientras clavaba la vista en el suelo—. Amanda cenará en la fiesta.

Kristina sintió que el corazón se le aligeraba de peso. Al parecer, padre e hija habían limado asperezas aquella tarde.

—Entonces, ¿la vas a dejar ir?

—Sí. Y me ha convencido para que la deje pasar la noche fuera. Tiene la virtud de conseguir de mí todo lo que quiera —contestó él exhalando un profundo suspiro.

—Se lo va a pasar de maravilla, Drew —contestó Kristina sin poder reprimir una sonrisa—. Y no te agobies tanto: es su primera fiesta, no su primera cita.

—Los niños crecen demasiado rápido —gruño él levantando la tapa de la cacerola que estaba al fuego—. ¿Qué estás preparando?

—Ensalada de patata. Una receta de mi abuela.

— ¿Ves mucho a tu familia? —se interesó Drew.

—La verdad es que no —contestó ella negando con la cabeza—. Mi padre murió hace algunos años, y mi madre y yo no hablamos mucho.

— ¿Problemas? —insistió él frunciendo el ceño.

—No, no es eso. Está muy ocupada cuidando de los dos hijos de mi hermana Carina.

—No puedo imaginarme lo que es no tener contacto con la familia.

No, seguro que no podía. Sobre todo, pensó Kristina, teniendo en cuenta lo unido que estaba él a los suyos. Pero seguro que Drew no había te nido que enfrentarse a la crítica constante sobre hechos que no estaban bajo su control, como su propia anatomía. Aquel había sido el caso de Kristina. Su madre lo hacía con buena intención, y no se había mostrado excesivamente cruel, pero sus conversaciones siempre habían sido iguales:

«Kristina, cielo, ¿estás vigilando tu peso? Kristina, he encontrado una nueva dieta que tal vez te gustaría probar. Kristina, ¿cómo esperas encontrar novio si no te cuidas?

En otras palabras: ¿Cómo iba a conseguir un hombre si no se

dejaba morir de hambre?

Kristina había intentado en el pasado seguir algunos regímenes, pero por una cuestión genética no estaba llamada a ser delgada, así que final mente había aprendido a convivir con su cuerpo. Por desgracia, su madre no se había resignado.

—De todas maneras, la llamo de vez en cuando—aseguró Kristina removiendo las patatas con furia, como si intentara pagar con ellas su resentimiento.

—Puedes llamar cuando quieras desde aquí—aseguró Drew—. Mejor el domingo. Las tarifas son más bajas.

¿Tarifas más bajas? Kristina pensó que aquel era un comentario extraño, teniendo en cuenta que Drew no era precisamente un indigente.

—De acuerdo. Gracias.

— ¿Y qué más estás preparando? —preguntó él echándole un vistazo a la sartén.

— Encontre un par de filetes en la nevera. Los estoy haciendo a la plancha.

—Yo lo quiero muy hecho.

—Yo también, así que ningún problema.

Algo más que tenían en común. Aquello estaba saliendo mejor de lo que ella esperaba, a excepción del incidente del piano. Kristina entendía sus reticencias en aquel aspecto. En el futuro, andaría con pies de plomo en lo que se refería al espacio personal de Drew, al menos hasta que llegaran a conocerse un poco mejor.

—Me sorprende que hayas encontrado algo de comer —aseguró él reclinándose sobre la encimera—. Mi asistenta solo viene dos veces a la semana, y apenas tiene tiempo para limpiar, así que hace bastante que no voy a la compra. Y la niñera de Amanda optaba más por los congelados y las pizzas.

—Yo puedo ir a comprar algo mañana por la tarde. Me llevaré a Amanda.

—Me parece bien —contestó Drew encogiéndose de hombros—. Seguro que se divierte.

—Esto me recuerda que tu abuelo me contó que te has quedado sin niñera —dijo Kristina.

—Así es. Me pondré en contacto con la agencia el lunes a primera hora de la mañana. Mientras tanto, mi abuela puede echarle un ojo a Mandy.

— ¿Es realmente necesario, ya que estoy yo aquí?

—No lo sé. ¿Lo es? —preguntó él sonriendo primero tímidamente y luego con franqueza.

—No me importa cuidar de Amanda, al menos hasta que empiecen las clases. E incluso entonces, saldré de trabajar a tiempo

para recogerla.

— ¿Trabajar?

—Sí, mi nuevo empleo en la escuela Montessori, que está a veinte minutos de aquí, ¿te acuerdas?

Drew dudó unos instantes, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Prefiero que mi mujer no trabaje fuera de casa—aseguró entonces con firmeza.

—Pero eso no es lo que me dijiste por...

— ¿Por e—mail? Ya lo sé. He cambiado de opinión.

— ¿Así, por las buenas?

— Sí. ¿Algún problema?

Por supuesto que sí. Un problema muy grande.

— Me encanta mi trabajo, Drew.

Le gustaba mucho estar rodeada de niños, que no la juzgaban por su tamaño.

— No puedo quedarme en casa mano sobre mano.

—Créeme, tendrás muchas cosa que hacer.

— ¿Por ejemplo?

—La colada —respondió él acercándose más—. Me gusta que los cuellos de mis camisas estén perfectamente planchados.

— ¿No hay ninguna lavandería por aquí cerca?

—Sí, pero no me las planchan a mi gusto. En eso soy muy particular.

Estaba claro que no había oído hablar de la limpieza en seco. Pero Drew olía tan bien, y era tan guapo, que aunque solo fuera por eso valdría la pena planchar una docena de camisas, al menos hasta que encontrara una tintorería adecuada.

—No hay ningún problema. Me gusta planchar. Cuando consigo que queden bien los cuellos me siento como si hubiera logrado un objetivo importante —aseguró ella sin poder contener el sarcasmo.

—Y luego está la casa. Es muy grande. Hay mucho que limpiar.

—Creí que habías dicho que tenías asistenta.

—Sí. Por ahora sí —replicó Drew tras detenerse unos instantes a considerar su respuesta—. Pero probablemente la despediré cuando nos casemos. Así nos ahorraremos algo de dinero.

Teniendo el cuenta el aspecto de la casa, Kristina dio por hecho que Drew contaría con toda una fortuna. Era curioso, porque nunca hubiera imaginado que fuera un roñoso. Pero tal vez era gracias a su tacañería como había conseguido su más que obvia riqueza. Kristina decidió que no era un mal trato. La habían educado para ser moderada con el dinero.

— ¿Quieres que corte la hierba también? —bromeó ella.

—No, no creo que tengas tiempo. Aunque ahora que lo dices...

—comentó Drew pasándose la mano por la mandíbula—, tal vez no sea una mala idea. Lo pensaré.

¿Se trataba de una especie de broma? ¿Una prueba? Le era imposible averiguarlo a través del rostro sin expresión de Drew. Pero Kristina sospechó que no estaba hablando en serio, así que decidió continuar jugando.

—Puedo manejar una máquina cortacéspedes. Solía hacerlo cuando estaba en el instituto, para ganar algún dinero.

Drew se quedó pensativo, como si realmente es tuviera considerando la posibilidad.

—La pradera no es muy grande, así que creo que podrías arreglártelas. Y tampoco debemos olvidarnos de mi vida social. Muchas fiestas. A los Connelly nos encanta dar fiestas.

— ¿Algo más? —preguntó ella, como si todo aquello no fuera suficiente.

—Sí. Falta lo más importante —aseguró él acercándose tanto que Kristina pudo distinguir cada pestaña que circundaba sus ojos azules.

— ¿De qué se trata?

—Niños. Muchos niños. Mi madre tuvo ocho, así que creo que es un buen número para empezar.

¿Para empezar?

—No me mencionaste este tema.

—No te dije nada por e—mail porque no quería asustarte.

Pues eso era exactamente lo que estaba consiguiendo en aquel momento. Aun así, Kristina se negó a sentirse intimidada tan fácilmente. Después de todo, el proceso de fabricar niños con Drew no era una perspectiva desagradable.

—Para eso tengo esto —aseguró Kristina colocándose las manos sobre las caderas—. Seguro que no tendré ningún problema para acomodar en ellas gran cantidad de niños.

—Entonces, quedamos en ocho —dijo Drew con sonrisa victoriosa.

Kristina empezaba a sospechar que se había llevado una impresión equivocada de Drew Connelly, pero creía firmemente en la capacidad de las personas para cambiar. Al menos no le había insinuado que debería ponerse a régimen. Eso habría provocado que saliera por la puerta en un tiempo record.

—A ver si lo he entendido —dijo ella—. Si decidimos casarnos, ¿tendré que hacer todas las tareas del hogar, recibir visitas, tener al menos ocho hijos y cortar el césped?

—De acuerdo —contestó él con una sonrisa con descendiente—. Lo del césped puedes dejarlo.

Kristina se llevó una mano al pecho en gesto dramático, aliviada

al comprobar que Drew estaba casi seguro bromeando.

—No sabes cómo me alegro. No creo que compusiera una estampa agradable, embarazada y empujando una máquina cortacéspedes.

—Me gustaría empezar cuanto antes —aseguró Drew.

— ¿A cortar el césped?

—A dejarte embarazada.

—No te referirás a esta misma noche, ¿verdad?—preguntó Kristina con el corazón latiéndole a toda máquina dentro del pecho.

—No —replicó el con un gesto increíblemente seductor—. Me refiero a ahora mismo.

El silencio se hizo entre ellos mientras Drew le acariciaba la mejilla con sus dedos rugosos. Luego inclinó la cabeza y le recorrió el rostro con la mi rada, concentrándose en los labios de Kristina. Entonces comenzó a acercarse muy, muy despacio...

— ¡Papá! ¡Kristina!

Ambos dieron un paso atrás y se giraron al mismo tiempo hacia la puerta de la cocina en el momento justo en el que Amanda irrumpía en ella con una maletita de color púrpura en la mano.

Kristina dio las gracias al cielo por la interrupción. De otro modo, tal vez se habría puesto a concebir en medio de la cocina, situación no muy aconsejable para ser presenciada por una testigo de seis años, por no mencionar que Kristina no estaba todavía preparada, por muy persuasivo que fuera Drew Connelly. Al menos no hasta que estuviera segura de que sentía algo por ella, que tenían un futuro juntos. Y que no estaba hablando en serio respecto a sus exigencias.

— ¿Estás preparada, niña mayor? —preguntó Kristina con una mueca—. ¿Has metido tu cepillo de dientes?

—Aquí está —aseguró Amanda golpeando suave mente la maleta—. Y el pijama, y dos camisetas, y unos vaqueros, y mi osito Buba.

—Por lo que veo, lo llevas todo —comentó Drew acariciando el cabello de su hija—. Vámonos o llegaremos tarde.

—La cena estará preparada cuando vuelvas —le dijo Kristina a Drew.

—Muy bien —respondió él mirando el reloj del horno—. Me gusta cenar a las seis y media en punto.

Kristina estaba a punto de hacer el saludo militar, pero Amanda se arrojó en sus brazos para despedirse.

—Dame un beso de despedida, Kristina.

—Pásatelo muy bien, ¿de acuerdo? —dijo ella tras besarla en la mejilla.

—Lo haré —aseguró la niña con los ojos brillantes de emoción

—. Tú asegúrate de que papá no esté solo, ¿vale?

—Haré lo que pueda —aseguró Kristina tragando saliva.

Drew tomó a Amanda entre sus brazos poderosos y comenzó a repartirle besos sonoros por toda la cara hasta que la niña soltó una carcajada. Kristina contemplaba la escena, pensando que había algo esencialmente bueno en un hombre que quería tanto a su hija, aunque se tratara de un hombre tan exigente.

— ¿Tienes suficientes besos por ahora, cielo?—preguntó Drew bajando a la niña al suelo.

—Sí, pero tienes que guardar algunos para Kristina, papá —aseguró su hija mirándolos alternativa mente al uno y al otro.

Kristina sintió que se le aceleraba el pulso cuando Drew le clavó sus ojos azules.

—Tienes razón, Mandy. Tengo que guardar algunos besos para Kristina.

Capítulo Cuatro

—Vaya por Dios.

Drew se preguntó qué habría descorazonado de pronto a Kristina, teniendo en cuenta que él no había conseguido desanimarla con nada. Durante la cena, ella se había mostrado tan cordial como siempre y había mantenido la conversación centrada en el tema de Amanda, sin mencionar ni una sola vez su lista de exigencias. Y eso que Drew no pretendía llevar a cabo ninguna, como tampoco pretendía besarla, aunque lo había deseado. De hecho, seguía deseándolo. Pero no lo haría. Al menos de momento.

— ¿Qué pasa? —preguntó mientras se reunía en el sofá con ella y depositaba su taza de café sobre la mesa que tenían delante.

—Esta noche no hay lucha libre —comentó ella mostrándole la programación de televisión del periódico—. Ponen un documental sobre la historia de la cerveza, así que supongo que tendremos que hacer otra cosa.

A Drew se le ocurrían muchas cosas que hacer con Kristina, incluidos algunos movimientos propios de la lucha libre, pero se temía que ninguna de ellas sería aceptable para Kristina.

—Podemos ver una película —sugirió él.

Drew pensó que tendría que tratarse de una de dibujos animados, porque si traía cualquier película mínimamente sugestiva, podría dejarse llevar por la situación. No quería tener más hijos: Mandy era todo lo que necesitaba. Pero no le importaría ensayar con Kristina, y más le valdría apartar aquella idea de su cabeza inmediatamente, antes de arrojarse sobre ella en el sofá.

Desde luego, Kristina no ayudaba mucho. Se había cambiado de ropa y se había puesto una camiseta grande color amarillo clarito y una mallas negras, un atuendo aparentemente inofensivo. Pero Drew no se sentía aquella noche en absoluto inofensivo.

—Podemos olvidarnos de la televisión y hablar—sugirió Kristina reclinándose hacia atrás en el sofá.

¿Hablar? Aquella mujer era increíble. Después de lo que le había dicho anteriormente, Drew es taba sorprendido de que le siguiera dirigiendo la palabra. Pero nada de lo que había dicho o hecho hasta el momento parecía perturbarla, ni tampoco el hecho de que la camiseta se le deslizara por los hombros, ofreciéndole una visión fugaz de su piel desnuda. Drew mentiría si dijera que aquella imagen no le estaba afectando. Y en aquel momento no estaba seguro de poder mantener una conversación decente, teniendo en cuenta los pensamientos indecentes que se le cruzaban por la cabeza. Pero tendría que intentarlo.

— ¿De qué quieres que hablemos? —preguntó Drew, luchando contra la urgencia de pasear la mirada por sus pechos, dibujados bajo la fina tela.

—No sé —contestó ella encogiendo sus hombros desnudos—. De cualquier cosa que no hayamos mencionado en los emails, por ejemplo.

Drew tendría que jugar a adivinar, sobre todo después de descubrir que Lilly había aprendido muchas cosas durante su ausencia, tales como darle al botón de «borrar». No había encontrado ni uno solo de los correos electrónicos, así que estaba de nuevo saltando al vacío con los ojos vendados.

— ¿De qué no hemos hablado?

— ¿Cómo eras en el instituto? —inquirió ella ladeando la cabeza levemente mientras arqueaba una ceja.

—Muy serio —aseguró Drew con una sonrisa melancólica—. Las chicas se las dejaba a mi hermano Brett.

— ¿No saliste con ninguna?

—Sí, con varias. Pero la mayoría de ellas decidió que preferían a Brett

— ¿Cómo podían diferenciaros, si sois idénticos?—preguntó Kristina con una carcajada tan sensual que obligó a Drew a concentrar toda su atención en ella.

—Brett era encantador, y le gustaba engatusar. A mí me interesaba más ser un buen estudiante.

Hasta que su familia le había presentado a Talia. Entonces había descubierto que le gustaban mucho las chicas, aunque le perjudicaran.

—Además, jugaba al béisbol —continuó Drew.

— ¿De verdad? Yo también —comentó Kristina—. Practicaba muchos deportes: Voleibol, baloncesto... al menos mi altura me venía bien en ese sentido.

—A muchas mujeres les gustaría ser tan altas como tú.

—Está claro que no saben lo que se siente al ser más alta que todos los chicos de tu clase —aseguró Kristina poniendo los ojos en blanco— No encontré ninguno más alto que yo y que estuviera interesado en mí hasta la universidad.

—Una relación seria, al parecer... —comentó Drew al darse cuenta del tono de pesar que estaba utilizando.

—Yo pensaba que sí, porque al principio él era muy atento. Era muy guapo y encantador. Un embaucador. Aquello debió haberme dado la clave para darme cuenta de que no era completamente sincero.

Drew sintió una pequeña punzada de culpabilidad. ¿Se habría dado cuenta Kristina de que tampoco él era el rey de la honestidad?

— ¿Qué ocurrió?

—Lo acompañé a una fiesta de su hermandad—continuó Kristina mordiéndose el labio inferior—. Me habían nominado para uno de los premios que entregaban. El premio Monte Vesubio, que se entregaba a la chica más alta de la fiesta. Descubrí que estaba saliendo conmigo para lograr protagonismo en aquel momento estelar.

—Cuánto lo siento, Kristina —aseguró Drew sacudiendo la cabeza con rabia—. Esas casas de hermandad están repletas de imbéciles. Estás mucho mejor sin él.

—No lo sientas —aseguró ella revolviéndose, algo incómoda—. Sobreviví, y además me volví mucho más sabia tras haber pasado por aquella experiencia

Drew admiraba su sabiduría, su sinceridad, y le dolía profundamente que hubiera sido el blanco de aquel estúpido. No se merecía que la trataran así. Cada minuto que pasaba era más consciente de ello. Lo que lo ponía en un aprieto. ¿Cómo iba a anular su compromiso sin romperle totalmente el corazón en el proceso? ¿Qué pensaría Kristina si supiera que la estaba engañando, aunque lo estuviera haciendo para protegerla?

Drew necesitaba tiempo para pensar, una perspectiva difícil teniéndola allí sentada, tan atractiva que era imposible ignorarla.

— ¿No has tenido más amantes? —preguntó Drew.

No estaba muy seguro de por qué aquello era importante, pero lo era.

— ¿Quién ha dicho que fuera mi amante? —aseguró ella con el ceño fruncido—. No lo fue. No he tenido nunca amantes.

— ¿Me estás diciendo que no has hecho...?

— ¿Qué no he hecho nunca el amor con nadie?—lo interrumpió Kristina desviando la mirada—. No, no lo he hecho. Siempre he pensado que debería existir un compromiso sólido para que una persona dé un paso tan importante. Y hasta este momento, no me ha ocurrido.

Talia también era virgen cuando Drew había hecho el amor con ella por primera vez, pero ella tenía diecinueve años recién cumplidos. Sin contar con un encuentro fugaz con una mujer en su último año de instituto, Drew tampoco había tenido ninguna experiencia. En los últimos años había tratado de ponerse al día, pero desde luego nunca con ninguna mujer que se pareciera ni remotamente a Kristina, ni por dentro ni por fuera.

Kristina tenía la firme convicción de que el sexo por el sexo quedaba fuera de toda cuestión.

Tal vez allí estaba la respuesta. Drew podía volver al plan A, con algunas modificaciones, y tratar de utilizar su poder de persuasión.

Si Kristina se llevaba la impresión de que estaba yendo demasiado deprisa, entonces tal vez cambiara de opinión respecto a todo aquel asunto.

—Supongo que esto significa que prefieres esperar a que nos casemos antes de hacer el amor —aseguró él tomándola de la mano y acariciándole los nudillos con los dedos.

—No he dicho eso —contestó Kristina con la respiración algo agitada—. Creo que la compatibilidad sexual es importante en una relación.

— ¿Quieres decir que hay que probar el coche antes de comprarlo? —preguntó Drew dedicándole la más sugerente de sus sonrisas.

—Se podría decir así —respondió ella con una tenue sonrisa asomándose a las comisuras de los labios.

— ¿Te importa si damos ahora una vuelta? —susurró él acercándose más.

Aquello era patético. No le sorprendería que ella le soltara un bofetón, o que le hiciera una llave, en honor a su deporte favorito.

Pero en su lugar, Kristina sonrió más abierta mente, dejándolo totalmente sorprendido.

—Creo que todavía no estamos preparados para probar el motor. Al menos no hasta que sepamos que somos compatibles en otros sentidos.

Maldición. ¿Es que no había nada que él propusiera que pudiera hacerla saltar?

—Entonces, ¿tampoco podemos besarnos?

— ¿En la primera cita? Porque esta es nuestra primera cita...

Drew resbaló la mirada por su hermoso rostro, deteniéndose en aquellos labios tan tentadores.

—No lo es, si tienes en cuenta nuestros encuentros por Internet —aseguró él pasándole el brazo por los hombros y atrayéndola hacia sí.

Esperó a que ella protestara, pero no lo hizo. En lugar de eso, Kristina dejó caer la mano sobre el muslo de Drew, un lugar muy peligroso teniendo en cuenta lo que estaba ocurriendo unos centímetros más arriba...

—Visto así, creo que un beso no nos hará ningún daño —susurró ella con aquella voz ronca que lo volvía loco—. Después de todo, se lo has prometido a Amanda, ¿verdad?

De pronto, la mente de Drew se volvió tan negra como la pantalla de un aparato de televisión desenchufado. Se suponía que era él quien estaba al mando de aquel plan, que era él quien tenía que sacudir sus cimientos, cuando la realidad era que estaba empezando a perder el control. Ten dría que andarse con cuidado.

Pero el cuidado se apartó de Drew en el momento en que Kristina cerró los ojos, en el momento en que se inclinó sobre él, llevando consigo su aroma de jazmín y la promesa de un beso que Drew no hubiera esperado que entregara tan fácil mente. Pero no pudo resistirse, así que se lanzó por los caminos del descubrimiento, rozando los labios con los suyos.

Kristina entreabrió la boca, dándole la oportunidad de explorar aquella calidez invitadora. Le supo a dulce, al sorbete de limón que habían tomado después de cenar. Y le supo a gloria cuando movió la lengua suavemente sobre la de Drew, enviándole a su espina dorsal una descarga de deseo. Drew no podría detenerse en aquel momento aunque lo deseara, y lo cierto era que no lo deseaba en absoluto.

El beso se hizo más profundo, y lo mismo ocurrió con el deseo de Drew cuando Kristina le rodeó los hombros con los brazos, presionando los pechos contra su torso. El dejó caer una mano sobre la curva de sus caderas, y Kristina se inclinó hacia atrás. Sin saber cómo, Drew estaba de pronto encima de ella. Cuando Kristina movió las caderas, atrayéndolo hacia sí, a Drew le vinieron a la mente tres pensamientos: Que estaba tan duro como el acero, que Kristina se había olvidado de sus convicciones y que él se había olvidado por completo de su objetivo de desanimarla.

En aquel momento, ella lo estaba animando a ser aún más activo, o al menos eso fue lo que a Drew le pareció al escuchar el desesperado y corto gemido que surgió de los labios de Kristina. Incapaz de racionalizar las razones para parar, Drew le cubrió el cuello de besos y luego bajó hasta los hombros, donde le bajó la camiseta de un suave tirón. Otro más y conseguiría ponerla exactamente donde quería: fuera de su cuerpo.

El ruido del teléfono devolvió a Drew a la realidad, y saltó del sofá. Escuchó el sonido de la respiración agitada de Kristina a su espalda mientras cruzaba el salón para contestar la llamada. Debe ría estar agradecido por la interrupción, agradecido de que las cosas no hubieran llegado más lejos. Pero, en lugar de eso, estaba bastante fastidiado.

— ¿Diga?

— ¿Papá?

— ¿Ocurre algo, Mandy? —preguntó su padre suavizando el tono al escuchar la voz de su hija.

— Quiero hablar con Kristina.

— ¿Para qué?

—Vamos, papá. Necesito hablar con Kristina, por favor.

—De acuerdo. Un momento —contestó Drew, sabiendo que era inútil intentar discutir con ella cuando se le metía algo en la cabeza.

Se giró para mirar a Kristina, que lo observaba con interés. Tenía el rostro sonrojado por los besos y la camiseta colgando debajo de los pechos. Estaba increíblemente sexy. Si hubiera llamado cualquier otra persona que no fuera su hija, Drew habría colgado el teléfono y habría seguido con lo que habían empezado, aunque no fuera lo más inteligente. Kristina se subió la camiseta y cruzó los brazos sobre el pecho, ayudando a Drew con aquel gesto a recuperar algo de cordura.

—Es Mandy —le dijo él tendiéndole el teléfono—. Dice que quiere hablar contigo.

Kristina pareció tan sorprendida como él mismo. Se levantó del sofá y le quitó el auricular, desplazándose hasta el otro extremo de la sala, lejos de él.

—Hola, Mandy. ¿Qué ocurre?

Hubo un largo silencio hasta que Kristina volvió a hablar.

—Cálmate, cariño. No pasa nada. Sara es amiga tuya, ¿no?

Preocupado, Drew se acercó hasta donde estaba Kristina con la esperanza de averiguar a qué tipo de problema se estaba enfrentando su hija. Tendría que haberla obligado a regresar a casa después de la fiesta. Tenía problemas, y lo necesitaba. Aunque, de hecho, a la que necesitaba era a Kristina, un pensamiento que le provocó una pequeña punzada de dolor.

—Escúchame, Mandy —dijo Kristina—. Quiero que vayas a buscar a Sara y te pegues a ella. ¿Ella duerme con algún muñeco? ¿Sí? ¿Lo ves? Seguro que ella entiende que necesitas tener a tu osito contigo. No eres un bebé por eso.

— ¿Alguien la ha llamado bebé? —preguntó Drew, sintiendo que su rabia alcanzaba cotas peligrosas.

—No pasa nada, cariño —continuó diciéndole Kristina a Amanda mientras hacía callar a su padre con un gesto—. Esas cosas pasan. Hay niños que se ríen de otros niños para sentirse mejor. Lo que tú tienes que hacer es ignorarlos y encontrar a tus amigos de verdad, ¿de acuerdo?

—Voy a ir a buscarla —aseguró Drew, experimentando una necesidad irracional de rescatar a su hija de las garras de un monstruo de seis años.

—Te prometo que se lo diré a papá —dijo Kristina haciendo caso omiso de sus palabras y dándole la espalda—. Pásatelo bien. Te veremos por la mañana. Yo también te quiero, cariño —concluyó tras una pausa.

Dicho aquello, Kristina colgó el teléfono al mismo tiempo que a Drew le daba un vuelco el corazón. Se había forjado un vínculo entre Kristina y su hija. Un vínculo fuerte que él sería el culpable de romper. El mero hecho de pensar en ello le hacía sentirse fatal.

Kristina atravesó la sala y dejó el inalámbrico en su sitio.

—Me ha dicho que te diga que es una niña mayor y que te quiere —dijo dándose la vuelta para mirarlo de frente.

Transcurrieron unos instantes antes de que Drew pudiera volver a hablar. Se debatía entre la rabia y el remordimiento. Rabia contra Kristina por manejar tan bien a su hija. Remordimiento porque era obvio cuánto necesitaba Mandy una madre. Cuánto necesitaba ya de hecho a Kristina. Pero por mucho que así fuera, Drew no podía permitir que aquello ocurriera.

—Debería ir a buscarla —reflexionó él pasándose la mano por la mandíbula—. No me gusta la idea de que los otros niños se rían de ella.

—Son cosas de la vida, Drew —aseguró Kristina avanzando unos pasos hacia él—. Yo aprendí la lección muy rápido. Los niños pueden ser muy crueles, y Mandy tiene que darse cuenta de ello.

—Pero aún es muy pequeña, maldita sea.

—Es fuerte, como su padre.

Tal vez lo fuera, pero desde luego no como él. Talia había sido débil, frágil de cuerpo y alma, Y Drew seguía enfrentándose a su propia debilidad, a su culpabilidad por no haber sido lo suficiente. mente fuerte para Talia cuando ella lo necesitaba.

Pero Kristina era fuerte. Y también sensual, algo que Drew había descubierto cuando la había estrechado entre sus brazos. Supo instintivamente que aquella sensualidad natural estaba ahí, esperando a ser descubierta bajo los cuidados del hombre apropiado. Pero Drew no estaba muy seguro de merecer ser aquel hombre. Aquella fue la razón por la que dijo lo siguiente.

—Me voy a la cama. Todavía tengo el horario cambiado.

—Drew... —lo detuvo ella con su tono de voz tentador—. Lo siento. Tendría que haber dejado que lo solucionaras tú. Es tu hija.

—Tú lo has hecho muy bien. Probablemente, mejor de lo que lo habría hecho yo.

— ¿Estás enfadado conmigo?

Más bien lo estaba con él mismo. Y con Lilly. Enfadado porque inevitablemente le haría daño a Kristina cuando ella descubriera la verdad sobre su compromiso. La verdad sobre él.

—No, solo estoy cansado.

— ¿De verdad?

—De verdad.

Mentira. Drew tenía clara una cosa: si Kristina se acercaba un poco más, volvería a besarla, y seguramente algo más que eso. Pero ella se merecía algo mejor, y él tendría que recordarlo. Drew también necesitaba reunir el coraje para contarle la verdad. Tal vez cuando estuviera fuera la siguiente semana podría pensar en la

manera de hacerlo antes de que se le ocurriera cometer alguna estupidez, como hacer el amor con ella sabiendo que no podría ofrecerle nada más.

El lunes por la mañana, Kristina esperó en la planta de abajo para ver a Drew antes de que él se marchara de viaje de negocios. Amanda seguía durmiendo, algo comprensible teniendo en cuenta el agitado fin de semana que había pasado. Tras pasar la noche en casa de su amiga, había insistido en que Kristina la llevara al parque y luego al supermercado mientras Drew regresaba a la oficina para preparar su viaje, o al menos eso era lo que había dicho. Kristina no podía evitar pensar que la estaba rehuyendo, y probablemente tenía motivos para hacerlo. No solo se había saltado el lazo entre padre e hija interviniendo cuando llamó Amanda, sino que además se había olvidado hasta de sí misma en brazos de Drew.

Drew pensaría con toda la razón que era una hipócrita consumada, hablando de la importancia del compromiso antes de hacer el amor para prácticamente abalanzarse sobre él encima del sofá un momento después.

La noche anterior, Drew había acostado pronto a Amanda y luego se había retirado sin conversar con ella, ni darle un beso de buenas noches. Solo había mostrado indiferencia, una sensación que Kristina odiaba.

Apoyó los codos sobre la mesa de la cocina y ocultó la cara entre las manos, tratando de encontrar una manera de explicarle a Drew que Amanda le importaba mucho.

— ¿Cansada?

Kristina levantó la cara y se encontró con Drew apoyado en el quicio de la puerta. Estaba vestido con un traje impecable azul marino. Llevaba el cabello perfectamente peinado y estaba recién afeitado. El aroma de su colonia se superpuso sobre el olor del café. Y allí estaba ella, con su bata de algodón, el pelo recogido en una sencilla cola de caballo y los pies desnudos. Al menos se había duchado.

Kristina se inclinó hacia atrás y recorrió con un dedo su taza de café.

—No he dormido muy bien esta noche.

Ni la noche anterior, por culpa de las fantasías que aquel hombre le provocaba.

—Sé a lo que te refieres —aseguró él mientras se servía una taza de café.

— ¿Qué quieres desayunar? —preguntó Kristina poniéndose en pie.

—Nada, no tengo tiempo —aseguró él consultando su reloj—. Mi avión sale en menos de dos horas. Estoy esperando a que mi

chofer venga a recogerme.

—De acuerdo —respondió ella mirando el frutero para evitar encontrarse con su mirada.

—Kristina —comenzó a decir él agarrando la taza con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla—. Hay un par de cosas que necesito decirte.

Aquellas eran las mismas palabras que había pronunciado cuando ella apareció por su puerta dos días atrás.

—Te escucho.

Drew caminó hasta la nevera y señaló una lista sujeta con un imán de colores.

—Estos son los números de teléfono de mis padres en caso de emergencia. También está apuntado el del hotel en el que me alojaré. Te llamaré esta noche para darte el número de habitación.

Kristina se cruzó de brazos y asintió con la cabeza.

—Y otra cosa más que debes saber —continuó Drew, poniendo de pronto un tono de voz excesivamente grave.

Kristina se preparó para oír que había cambiado de opinión, y que esperaba que se marchara en cuanto él regresara de su viaje.

—Hay dos números más al final de la lista —añadió Drew—. Son de los detectives Lucas Starwind y Tom Reynolds. Si tienes cualquier problema, llámalos. Están contratados por mi familia.

Kristina sintió un escalofrío de miedo al saber que podría necesitar protección, mezclada con una especie de alivio al comprobar que Drew no quería echarla.

— ¿Qué tipo de problema?

—Mensajes extraños en el contestador, vehículos sospechosos por los alrededores... De todas maneras, tengo mi propio equipo de seguridad que está vigilando friera a todas horas.

— ¿Amanda está en peligro?

—No tiene nada que ver con ella, aunque anoche mandé una patrulla a casa de los Anderson por si acaso. Tiene que ver con mi hermano Daniel.

— ¿El qué se ha convertido en soberano de no se que reino?

— ¿Cómo lo sabes? —respondió Drew, desconcertado.

—Me lo contaste por e—mail, pero no mencionaste que hubiera ningún tipo de amenazas.

—No quería preocuparte —aseguró él pasándose la mano por la nuca—. El caso es que el problema de Daniel no tiene por qué afectarnos a nosotros, pero aun así no debemos descuidamos. Todo es posible, teniendo en cuenta la posición de mi familia. Prefiero pasarme que quedarme corto.

—Lo comprendo —respondió Kristina, que no pudo evitar sentirse preocupada.

Llamaron al timbre de la puerta, y Drew se en caminó por el pasillo con Kristina pisándole los talones. Deseaba que él no tuviera que marcharse. Deseaba haberlo obligado a hablar con ella la noche anterior, pero no lo había hecho, y ahora ten dría que esperar a su regreso.

Drew abrió la puerta y le entregó las maletas a un hombre de traje oscuro, que se dirigió con ellas en la mano a la limusina que estaba aparcada enfrente. Kristina comenzaba a darse cuenta de la importancia y la riqueza de la familia Connelly.

Para su sorpresa, Drew se dio la vuelta y cerró la puerta tras ellos, protegiéndolos de las miradas del conductor.

—Estaré de regreso el jueves, pero a última hora—le dijo—. Pasaré antes por la oficina.

—Te veré entonces, supongo —respondió Kristina tratando de componer una sonrisa, que resultó totalmente artificial.

—Procura que Mandy no te cause muchos problemas.

—No te preocupes. Una cosa más... ¿Te importa si le doy clase de piano? No lo haré si tú no quieres.

—Me parece bien. Estoy seguro de que le va a gustar.

—Nos gustará a las dos —respondió Kristina son riendo esta vez con franqueza.

Drew la estudió durante un instante, resbalando la mirada desde los ojos hasta sus labios. Ella es taba deseando que volviera a besarla al menos una vez más antes de marcharse.

—Cuídate —dijo Drew besándola de pasada en la mejilla—. Te llamaré esta noche.

Aquello no era exactamente lo que Kristina tenía en mente, pero al menos era mejor que nada.

Drew se dirigió hacia la puerta y colocó la mano en el picaporte. Pareció dudar, y luego se de dio la vuelta, y antes de que Kristina pudiera prepararse, la estrechó entre sus brazos y la besó.

Fue un beso profundo y apasionado. Un encuentro entre labios, lenguas y respiraciones agita das. Drew la abrazó con fuerza, haciéndola sentir deseo, haciéndola suspirar por conocer qué se sentiría si él la llevaba hacia su destino final: hacer el amor.

Drew dejó de besarla bruscamente y se marchó a toda prisa sin decirle ni adiós. Kristina se quedó mirando fijamente la puerta mucho tiempo después de que esta se hubiera cerrado, totalmente obnubilada, confusa hasta más no poder y casi a punto de enamorarse perdidamente de Drew Connelly, el hombre al que apenas había comenzado a comprender.

Capítulo Cinco

Drew se había enfrentado a tres días repletos de reuniones de trabajo con un único pensamiento en la cabeza: Kristina Simmons.

Habían hablado todas las noches por teléfono, y sus conversaciones se habían centrado en las actividades de Mandy y en comentarios banales. Drew se había dado cuenta de que Kristina tenía un sentido del humor muy agudo. Se habían reído juntos en varias ocasiones, aunque él notaba una cierta tensión soslayada entre ellos debido a las cosas que no se habían dicho.

Drew había estado a punto de decirle muchas veces que la echaba de menos, que había estado presente en sus sueños y en sus horas despiertas. Pero no se había atrevido a hablarle de nada de todo aquello, ni de la verdad que se escondía detrás de su primer encuentro.

Sentado en la esquina de la cama de su habitación de hotel, vestido únicamente con una toalla atada a la cintura, y con los restos de su cena sobre una bandeja, seguía pensando en ella, deseándola aun sabiendo que no debería.

Aquello no casaba con sus planes para conseguir que se marchara. En aquellos momentos,. Drew no tenía nada claro de lo qué quería hacer, aun que sabía de sobra lo que debería hacer: Debería contarle toda la verdad y afrontar las consecuencias como un hombre.

Drew descolgó el teléfono y marcó el número de su casa. Mandy contestó al otro lado de la línea.

—Hola, cariño. Creí haberte dicho que dejaras que Kristina contestara al teléfono.

—Ya lo sé, papá, pero está en la ducha.

Lo que le faltaba, imaginarse a Kristina des nuda mientras hablaba con su hija.

— ¿Le puedes decir que me llame luego?

—No hace falta. Ya sale.

— ¿Te estás portando bien? —preguntó Drew, nervioso.

—Sí. Kristina me está enseñando a tocar el piano, y también a hacer sirope. Y ha llamado Nana Lilly. Quería hablar con Kristina.

— ¿Sobre qué?

—No lo sé. Siempre me dices que no hay que es cuchar las conversaciones de los demás.

Por una vez, Drew deseó que Amanda lo hubiera desobedecido. Podría imaginarse lo que el demonio de Lilly le había dicho a Kristina, pero por el momento no quería confirmarlo.

—Se pone Kristina. Adiós papá. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

—Hola Drew —lo saludó Kristina con su voz ronca.

— ¿Qué tal todo? —respondió él aclarándose la garganta.

—Bien, con una pequeña excepción. Tara vino hoy a buscarte.

Drew se sintió culpable por llevar cierto tiempo sin hablar con

su hermana. Tenía mucha afinidad con Tara, ya que ella también había perdido a su marido, que había muerto dejándola sola al cuidado de su hijo pequeño.

— ¿Necesitaba algo en concreto?

—Ha recibido llamadas de teléfono extrañas, y cree que alguien podría estar siguiéndola.

Drew dejó escapar un suspiro de frustración. Ahora que Tan estaba saliendo por fin con alguien, lo último que necesitaba era que se interpusieran entra ella y su felicidad, que se había ganado a pulso. Aunque pensándolo bien, no parecía excesivamente feliz con John Parker. Pero aquel hombre podía ofrecerle a Tara y a su hijo la estabilidad que tanto necesitaban.

— ¿Pero ella está bien?

—Nerviosa, como es natural. Cree que pueden ser imaginaciones suyas, sugestionada por el atentado de Daniel, pero le he dado el teléfono de los detectives para qué los llame y se quede más tranquila.

—Bien hecho —contestó Drew algo preocupado—. Gracias. ¿Y de qué más habéis hablado?—preguntó, temiendo que su hermana le hubiera contado a Kristina detalles sobre la muerte de Talia. -

—De poco más, porque ella tenía que volver con su hijo. Me dijo que había oído hablar muy bien de mí, y que esperaba que tuviéramos tiempo más adelante para conocernos. Tu abuela me ha dicho lo mismo.

—Espero que la abuela no te haya abrumado...—comentó Drew, deseando conocer también todo lo que Lilly le hubiera podido decir.

—Para nada. Ha sido muy amable. Básicamente, quería darme la bienvenida a la familia. También me ha dicho que estaba deseando que llegara el fin de semana para conocerme. ¿Tú sabes a qué se refería?

Drew se había olvidado completamente de la reunión del lago.

—Tendría que habértelo contado. Tengo una cabaña en el lago Geneva, cerca de la casa familiar. Brett y yo la construimos hace algunos años. Había planeado llevaros a Mandy y a ti a pasar el fin de semana.

— ¡Oh, Drew, qué apetecible! Estuve una vez en el lago Geneva, pero eso fue hace mil años. Es un sitio maravilloso. Me muero de ganas de ir.

Drew decidió súbitamente que no podía contarle la verdad de los emails por teléfono. Sería una cobardía. Tendría que hacerlo después del fin de semana, cuando estuvieran cara a cara.

—Mi familia estará allí. Te lo digo para que estés preparada. El que no irá será Brett, porque su esposa Elena está a punto de dar a luz. Pero no te preocupes, estoy seguro de que encajarás

perfectamente.

Y Drew lo pensaba de veras. Toda su familia acogería a Kristina con los brazos abiertos en cuanto la conocieran. Era el sueño de cualquier madre, la compañera ideal, la perfecta candidata para convertirse en la mamá de Amanda.

—Drew, tengo que preguntarte algo —dijo Kristina con voz seria, y él supo al instante por dónde iban los tiros—. ¿Qué pasa entre nosotros? Apenas hablaste conmigo el día antes de marcharte, pero antes habías estado muy atento. Y aquella mañana en la puerta, tú...

—Yo te besé.

—Sí, me besaste —susurré ella con una voz tan sensual que Drew sintió que se le ponían de punta todos las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Especialmente las que se ocultaban debajo de la toalla.

—Estoy recibiendo señales contradictorias —continuó Kristina —, y me gustaría saber cuál es mi posición. No hay nada como la verdad.

¿Y cuál era la verdad, pensó Drew? ¿Quería que ella saliera de su vida o la quería a su lado? En aquel momento, solo tenía una cosa clara.

—La verdad es que no puedo mantener las manos alejadas de ti. El domingo te esquivé porque sabía que si me acercaba demasiado, volvería a besarte y probablemente acabaría llevándote a la cama. Y no quería hacerlo con mi hija en casa.

—Entiendo.

—No, no creo que lo entiendas —aseguró Drew quitándose la toalla mientras se metía entre las sábanas, imaginando la mano de Kristina sobre su vientre y un poco más abajo—. No he hecho otra cosa que pensar en ti —confesó, sorprendido de la facilidad con que aquellas palabras salían de su boca—. Me encanta hablar contigo. Espero ansioso nuestras conversaciones telefónicas. Estoy deseando estar contigo otra vez. Besarte otra vez. Abrazarte.

— ¿De verdad? —susurré ella con la respiración entrecortada.

—Pero sé lo que piensas respecto a hacer el amor antes de estar preparada, y yo lo respeto. No estoy diciendo que me guste, pero tengo la intención de cumplir tus deseos.

—Yo también he estado pensando —dijo Kristina—. Me siento muy cercana a ti, así que tal vez estemos preparados antes de lo que pensábamos.

En aquel momento, Drew estaba más que preparado Cerro los ojos y vio a Kristina, solo a ella Y se la imaginó a su lado, debajo de él.

—Ojalá estuvieras ahora aquí —dijo Drew con una mezcla de

melancolía y buen humor—. Así podríamos ir de camping. Tengo una tienda de campaña debajo de las sábanas.

—Supongo que eso es culpa mía, ¿no? —contestó ella soltando una risa suave.

—Efectivamente. El solo hecho de escuchar tu voz me hace ponerme tan duro como una piedra.

Drew pensó que tal vez había ido demasiado lejos con aquella observación, pero, para su sorpresa, Kristina volvió a reírse.

—Lamento que se vea usted en semejante situación, señor Connelly. Y también lamento no poder ayudarle.

—De hecho, sí que podrías.

—No me estarás proponiendo sexo telefónico, ¿verdad?

— ¿Y qué te parece cybersexo? Tengo mi ordenador portátil....

—Me temo que soy algo inhibida para eso.

—Estoy de broma, Kristina. Cuando esto ocurra entre nosotros, quiero que estés a mi lado. Quiero mirarte cuando te toque. Quiero verte cuando llegues al éxtasis, y tengo toda la intención de llevarte hasta allí.

Si no se detenía en aquel momento, Drew corría el riesgo de despreocuparse de sus negocios y tomar el próximo avión para ocuparse de otros negocios más apremiantes.

—Pero hasta que llegue el momento —continuó—, tendré que conformarme con mis fantasías.

Y con la tienda de campaña.

—Eso vale para los dos —respondió ella exhalando un profundo suspiro.

—Dulces sueños, Kristina. Te veré mañana por la noche.

—Aquí estaré.

Y dicho aquello, ella colgó el teléfono, dejando a Drew a solas con su deseo y con una nueva excitación provocada por el hecho de que Kristina lo estuviera esperando en casa cuando él regresara.

Pero también sentía una profunda aprensión, un auténtico miedo por los sentimientos que tenía hacia ella, sentimientos que comenzaban a aflorar a la superficie, rompiendo la armadura emocional que Drew se había construido.

Por primera vez en los últimos y penosos cinco años, se sentía vivo de verdad, y todo gracias a Kristina Simmons.

A Drew se le ocurrió de pronto que sus ideas habían comenzado a cambiar, al igual que sus planes. Tal vez debería poner lo mejor de sí mismo en aquella relación. Tal vez debería estar abierto a cualquier posibilidad, revisar todos los errores que había cometido con Talia para no repetirlos con Kristina. ¿Qué podría perder?

Pero Drew conocía la respuesta. En cuanto Kristina se enterara de cómo se había iniciado su compromiso, podría perderla a ella.

Tal vez podría contarle toda la verdad en cuando le hubiera demostrado, y se hubiera demostrado a sí mismo, que podría llegar a ser el hombre que ella necesitaba.

— ¡Ya ha llegado! —gritó Amanda apartándose de la ventana y corriendo a reunirse con Kristina en la banqueta del piano.

Kristina no pudo evitar sentir un escalofrío al pensar que Drew estaba a punto de cruzar por la puerta después de cuatro días. Había llamado hacía media hora para decirles que pararía en casa para recoger su propio coche y saludarlas antes de ir a la oficina. No se quedaría mucho tiempo, pero la perspectiva de pasar diez minutos con él hacía que Kristina temblara de emoción.

La conversación que habían mantenido la noche anterior, en la que Drew le había prometido tanto placer, había provocado que estuviera impaciente por estar a solas con él. Pero en aquel momento tenía que concentrarse en Mandy y en su sorpresa.

— ¿Estás preparada, cariño?

—Sí —contestó la niña asintiendo con la cabeza mientras colocaba los dedos sobre el teclado.

—Muy bien. Creo que he oído la puerta.

—Ya estoy en casa, chicas —exclamó Drew con voz grave desde el vestíbulo.

—Estamos en la sala del piano, papá —respondió Amanda.

El sonido de los pasos aproximándose provocó que la niña comenzara a revolverse, inquieta. Kristina no podía culparla. Ella tenía ganas de gritar. Pero, en su lugar, comenzó a contar hasta diez, haciéndole una señal a Mandy para que empezara a tocar en cuanto Drew entrara.

Tal vez no era la mejor versión de Mary tenía una ovejita, pero desde luego lo parecía a juzgar por la expresión de orgullo dibujada en el rostro de Drew. Pero el orgullo fue inmediatamente remplazado por una sombra de pesar, y Kristina dio por hecho que era debido al recuerdo de su esposa.

No podía evitar pensar que aquello impediría que Drew se comprometiera seriamente con ella. Tal vez solo la quería para practicar el sexo. Ten dría que pensar en ello cuando Drew volviera a marcharse, porque era incapaz de pensar en nada en absoluto cuando lo tenía allí delante, tan guapo que Kristina sentía deseos de arrojarse en sus brazos.

—Ha sido increíble, Mandy —aseguró Drew acercándose al piano cuando la niña dejó de tocar—. Me ha encantado.

— ¿Qué me has traído, papá? —preguntó Amanda echándole los brazos al cuello.

—Está en el vestíbulo, en una bolsa azul.

La niña salió de la sala a toda la velocidad que le permitieron

sus piececitos.

Se hizo un incómodo silencio mientras Kristina esperaba a que Drew hiciera o dijera algo. Final mente, él extendió la mano hacia ella. Kristina se puso en pie y se dejó abrazar sin recelo. Drew la estrechó con fuerza entre sus brazos, encendiendo en ella la llama de la esperanza. Tal vez él la había echado tanto de menos como ella a él.

— ¿No hay ningún beso para este viajero cansado? —preguntó Drew apartándose unos centímetros de ella para mirarla a los ojos.

—Supongo que sí —contestó Kristina señalándole la mejilla—. ¿Te parece bien ahí?

—No es lo que tenía en mente —respondió Drew con una mueca de desilusión.

Ni Kristina tampoco. Pero sabía que Mandy regresaría enseguida.

Como si Drew estuviera pensando lo mismo, la besó suavemente, rozándola apenas con los labios en la boca. Pero a pesar de su levedad, aquel beso provocó en Kristina una oleada de calor por su ternura.

— ¡Es precioso, papá!

Kristina se separó de Drew y concentró toda su atención en Amanda, que apareció con un piano en miniatura que era una caja de música en una mano, y un paquete cerrado en la otra.

—Me encanta. ¿Puedo abrir el otro? —preguntó la niña.

—Este es para Kristina —contestó su padre quitándoselo de la mano—. Ya lo abrirá ella más tarde.

—Quiero ver cómo lo abre ahora —dijo Amanda frunciendo el ceño.

—Ahora no, Mandy —repuso Drew con firmeza mirando a Kristina—. Quiero que lo abra más tarde, cuando yo regrese a casa.

Primero aquel beso tan tierno, y ahora un regalo. Las preocupaciones de Kristina se borraron de su mente. Avanzó hacia Amanda y le tomó la caja de música de la mano para tener algo donde fijar la vista que no fuera Drew.

— ¿Por qué no vas a ponerla en tu cuarto y terminas de colorear el dibujo que le estabas haciendo a papá?

—Puedes dármelo más tarde —intervino Drew mirando el reloj —. Tu abuelo me está esperando en la oficina, y tengo que entregarle mi informe. Te veré luego. Ahora, vete a tu habitación.

—Siempre me estoy yendo a mi habitación —protestó Amanda entre dientes mientras se dirigía a la puerta.

—Toma —dijo Drew tendiéndole la caja a Kristina cuando la niña hubo desaparecido—. Ábrelo antes de que regrese.

—Me da un poco de miedo —confesó ella con templando el

paquete rojo.

—Te prometo que no muerde —aseguró Drew con una mueca—. Aunque tal vez yo sí lo haga si te lo veo puesto.

Kristina no tenía ninguna duda de qué había en la caja, pero no estaba muy segura de si le iba a gustar o no. Y aquella duda se multiplicó por diez cuando colocó el paquete sobre el piano, lo abrió y sacó de él un camisón de seda negra, si es que a aquello se le podía considerar un camisón. Más bien era un minúsculo trozo de seda decorado con encajes y un par de finos tirantes.

Kristina lo acercó hasta la ventana y tragó saliva. Parecía aún más transparente a la luz.

—No estoy muy segura de que pueda ponerme esto...

—Claro que puedes —susurró él acercándose por detrás y rodeándola por la cintura.

Drew le apartó el cabello a un lado y la besó suavemente en la oreja. Kristina sintió su cálido aliento sobre el cuello, y se reclinó hacia atrás sobre su pecho, sumiéndose en la sensación de sentirlo pegada a ella, notando cada parte de su cuerpo. Todas las partes.

Drew estaba excitado, y ella también. Muy excitada. Tanto que se dio la vuelta y lo besó de la forma en que había deseado hacerlo desde que él entró en la sala. De la forma en que había deseado hacerlo cada hora de cada día desde que él se había marchado.

El camisón cayó al suelo al tiempo que las manos de Drew bajaban por sus caderas. El la hizo girarse y su erección rozó contra el vientre de Kristina, provocando que a ella se le cortara la respiración y terminaran todas las dudas que tenía respecto a hacer el amor con él.

El sonido de las teclas del piano resonó en la sala cuando Drew se apoyó sin darse cuenta sobre él. Dejó de besarla al instante, y su rostro reflejó la misma expresión que si le hubieran arrojado un jarro de agua fría.

—No podemos hacer esto aquí —dijo finalmente Drew tras una pausa interminable—. Amanda podría bajar en cualquier momento. Tengo que irme.

—Lo comprendo —aseguró Kristina dando un paso atrás—. Si no te marchas ya, no llegarás a tiempo para la cena.

—No vendré a cenar.

— ¿De verdad? ¿Adónde vas a ir? —preguntó ella, sintiéndose al instante ridícula por sus celos.

—Estaré trabajando —aseguró él con un suspiro de frustración —. ¿Dónde iba a estar?

—Claro, trabajando —musitó ella bajando los ojos—. Te veré cuando regreses a casa.

Sin decir una palabra, Drew se marchó dejándola sola una vez

más. Sola con la incertidumbre de saber si llegaría a ser algo más que una manera de aliviarse, de disfrutar del sexo por el sexo. Una manera para Drew de olvidar a la mujer que había amado, y que probablemente seguía amando.

Ella quería ser para él más que una diversión. Quería serlo todo. No se conformaría con menos.

Drew cerró con cuidado la puerta tras él, esperando que nadie se diera cuenta de que había regresado a casa. Se dirigió al piso de arriba para comprobar que su hija estaba bien y luego tenia planeado tener una charla con Kristina.

Pero su plan dejó de tener sentido cuando vio que Mandy no estaba en su cama. Se dirigió a la habitación de Kristina y abrió lentamente la puerta.

Lo que vio le encogió completamente el corazón.

La lámpara de la mesilla de noche seguía encendida, produciendo claros y sombras en el hermoso rostro de Kristina. Mandy estaba hecha un ovillo a su lado, totalmente dormida. Parecía llena de paz, tranquila, y completamente feliz.

Drew se resistió al deseo de despertar a Kristina. Quería pedirle perdón por la manera en que había actuado en la sala de música. No se trataba de que no quisiera hablar con ella sobre Talia, pero Drew no quería robarle también a Kristina la oportunidad de ser feliz. Y sabía que no podría hacerla feliz a menos que estuviera seguro de que estaba preparado para comprometerse.

Tal vez tendría oportunidad de hablar seria mente con ella durante el fin de semana, aunque le resultaría difícil, con toda la familia merodeando por allí.

Pero si conseguía estar con Kristina un segundo a solas, podría convencerla de que lo que había entre ellos era mucho más que simplemente sexo. Ella le importaba más de lo que nunca creyó posible. Tal vez incluso más de lo que podía soportar.

Drew se inclinó y depositó un beso en la mejilla de su hija, aprovechando la oportunidad para besar también a Kristina.

Ninguna de las dos se movió, y Drew se dejó llevar por la tentación de contemplarlas un poco más. La relación con Kristina había comenzado a través de un plan premeditado del que él no formaba parte, pero se estaba convirtiendo en algo mucho más profundo. Drew era capaz de discutir asuntos de negocios con los mejores del sector y cerrar tratos importantes en el momento preciso, pero tenía muy pocos conocimientos sobre cómo tratas los asuntos del corazón.

A ese respecto se le planteaban muchos problemas, y tenía poco tiempo para resolverlos.

Capítulo Seis

Si para Drew Connelly aquella era la idea de una cabaña, entonces ella era una top model.

La parte de atrás de aquellas construcción majestuosa se extendía sobre una gran superficie arbolada. La cubierta de tejas rojas, en la que destacaban dos hermosas chimeneas en cada extremo, el inmenso muelle y las terrazas no tenían nada que ver con ninguna de las cabañas que Kristina había visto en su vida. Las aguas del lago brillaban bajo el sol del verano de Wisconsin, que se alzaba sobre el cielo, tan azul como los ojos de Drew.

—Es maravilloso —comentó ella contemplando la casa—. Estoy impresionada.

—Yo también.

Kristina apartó la vista de la cabaña para mirar a Drew, que la observaba fijamente con expresión seria con los ojos clavados en su boca, como si es tuviera a punto de besarla.

— ¿Ya hemos llegado, papá? —preguntó una vocecita desde el asiento trasero.

—Sí, cariño —contestó su padre girando la cabeza para mirarla.

Amanda se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del coche como una tornado. Kristina la siguió con la mirada, y divisó a lo lejos a dos personas que esperaban en el porche de atrás con expresión expectante.

—Ya ha llegado el comité de bienvenida —aseguró Drew exhalando un suspiro.

—Será mejor que nos bajemos —respondió Kristina con un deje de decepción que a ella misma la sorprendió.

Estaba deseando conocer a la familia de Drew, pero lo que no estaba deseando era pasar poco tiempo a solas con él. Tenían muchas cosas de que hablar, pero entre que él había llegado tarde la noche anterior, por la mañana habían tenido que preparar el viaje, y que Amanda había estado casi todo el viaje despierta, no habían encontrado el momento.

—Es el momento de convencer al jurado —bromeó Drew pasándole el brazo por el hombro—. Creo que deberíamos darnos un besito. Eso tendría que ser suficiente.

— ¿Suficiente para qué? —preguntó Kristina frunciendo el ceño.

—Para que se marchen pronto y podamos estar solos —aseguró él desviando la mirada—. ¿Estás preparada?

—Vamos allá. Seguro que están preguntándose dónde nos hemos metido.

-No me refería a eso —aseguró Drew con voz sensual—. Quiero decir que si estás preparada para esto.

Drew le agarró el brazo derecho y se lo colocó sobre su propio hombro, y luego la besó de una manera que podría haber tumbado

a los árboles de alrededor. Desde luego, ella se derrumbaba a cada suave embestida de la lengua de Drew en su boca, mientras el deseo se apoderaba de todo su ser. El deslizo una mano hacia arriba desde su cintura y comenzó a recorrer con el dedo pulgar los contornos de uno de sus pechos. El sol abrasador que se filtraba a través de la ventanilla del coche no era nada comparado con el fuego que Kristina sentía crecer dentro de sí con sus besos y sus caricias.

Los besos se hicieron más apasionados, y los dedos de Drew se deslizaron hacia terrenos más peligrosos. El gemido que surgió de la garganta de Kristina la pilló a ella misma totalmente por sorpresa.

Mortificada, lo apartó de sí y se incorporó sobre el asiento con la respiración todavía agitada.

—No creo que esto pueda calificarse como «un besito», señor Connelly; Tengo una reputación que mantener ante su familia, y dudo mucho que enrollarme con usted en el coche me sirviera de gran ayuda para esa causa.

—Sí, supongo que tienes razón —reconoció Drew reclinando la cabeza contra el asiento.

Kristina abrió la puerta y se bajó, pero cuando se dio la vuelta para agarrar el bolso se dio cuenta de que Drew todavía no se había movido.

— ¿Vas a dejar que vaya yo sola?

—Dame un minuto —contestó Drew con una mueca— Si no me tranquilizo, vamos a dar muy mala imagen.

Kristina resbalo la mirada hasta el regazo de Drew, y se dio cuenta al instante de la magnitud del problema bajo sus pantalones cortos.

—Ya veo.

—Claro, y mi madre también lo vería.

—Bueno, esperemos un poco —dijo Kristina con una amplia sonrisa mientras se dirigía al maletero.

Cuando hubo bajado dos bolsas, Drew se reunió con ella. No pudo evitar mirarlo de reojo para comprobar si el «problema» seguía allí. No había desaparecido, al menos no completamente.

—Toma, cuélgate esto del cuello —bromeó Kristina mientras le pasaba su bolsa de mano, que tenía unas asas muy largas.

—Muy graciosa, señorita Simmons —respondió Drew colgándosela del hombro mientras agarraba con el otro brazo la maleta de Amanda—. Vamos allá. Kristina, ellos no saben nada del asunto de los emails —murmuró mientras se dirigían de la mano hacia el porche—. Creen que nos conocimos en un bar de solteros.

—Muy bien —respondió ella.

— ¿Verdad que es guapa, abuela? —aseguró Amanda corriendo

hacia Kristina cuando llegaron al porche.

—Muy guapa —dijo aquella dama tan elegante mientras le tendía una mano—. Soy Emma, la madre de Drew. Estamos encantados de conocerte, Kristina. Te presento a Grant, el padre de Drew—continuó mientras señalaba a su marido con un gesto.

—Mucho gusto -dijo Grant, estrechándole también la mano y dedicándole una sonrisa idéntica a la de Drew.

—Encantada de conoceros a los dos —aseguró Kristina con alivio.

Le habían parecido ambos muy sinceros.

—No te quedes ahí parada. Ven aquí y salúdame como Dios manda, Amanda Elizabeth.

Kristina miró detrás de los padres de Drew y vio a una señora de pequeña estatura y pelo blanco como el algodón que estaba al lado de la puerta empuñando con una mano un bastón.

— Lilly! —exclamó Amanda corriendo a darle un abrazo—. He traído a Kristina.

—Vaya, vaya —comentó Lilly acercándose y mirándola de arriba abajo—. Eres una chica preciosa. Has elegido muy bien, nieto —aseguró apuntando a Drew con el bastón.

—Gracias, abuela —respondió él metiendo las manos en los bolsillos para disimular su turbación.

—He visto cómo Kristina y tú os besabais en el coche -dijo Amanda tirando de la manga de su padre para reclamar su atención.

Lo decía como si hubiera descubierto un tesoro escondido.

Los labios de Emma se curvaron en una sonrisa mientras que Grant se dedicó a estudiar la punta de sus zapatos.

—Estábamos solo hablando, Mandy —respondió Drew, tratando de parecer despreocupado a pesar de lo incómodo que se sentía.

—Hablando en varias lenguas, sin duda —apuntó Lilly con una sonrisa pícara.

—Compórtate, madre —le advirtió Grant.

—Que entre todo el mundo —respondió Lilly sin contestar al comentario—. La cena está servida. Rose se ha esmerado mucho para la ocasión.

Lilly sujetó la puerta para que hieran pasando, pero cuando Kristina trató de hacerlo, la detuvo con el brazo.

—Espera un momento, jovencita. Quiero hablar un momento contigo.

—Abuela, Kristina está cansada del viaje —intervino Drew apareciendo por detrás y mirando a Lilly con aire de advertencia—. ¿No puedes esperar?

—Claro que sí —aseguró su abuela suavizando la mirada—.

Esperaremos hasta después de cenar. Luego tendremos una pequeña charla.

Drew estaba rodeado de su familia más directa, pero solo podía concentrarse en una de las invita das a la cena: Kristina.

Nunca había estado tan interesado en ver a alguien comer. Hablar. Reírse.

Kristina había hecho todas aquellas cosas, y, a juzgar por las atentas miradas de sus familiares, estaban totalmente entregados a ella, tal y como Drew había sospechado.

—Me temo que la mayoría de mis hijos no estarán aquí mañana, Kristina —dijo Emma tras limpiarse delicadamente la barbilla con la servilleta—. Maura y Doug sí vendrán, pero los demás parecen estar muy ocupados. Brandon, el hijo de Tara, ha pillado un catarro veraniego, y ella ha decidido quedarse en la ciudad.

—No importa que no puedan venir, mamá —aseguró Drew—. Kristina ya tendrá tiempo de conocer los a todos.

Por lo que a él se refería, cuanta menos gente hubiera, más posibilidades tendría de estar con ella a solas.

Pero no pudo evitar preguntarse si la decisión de Tara de quedarse en la ciudad tenía algo que ver con que alguien la estuviera siguiendo o si sencillamente no quería estar rodeada de familia. Había cambiado mucho desde la muerte de su marido, y ya no se parecía en nada a la niña con la que Drew había crecido, y a la que llamaban con razón «Tara la terrible». Por lo general, había sido una niña alegre y sociable. Pero ahora se pasaba la mayor parte del tiempo apartada y de un humor sombrío.

Drew no había tenido oportunidad de hablar con ella aún, y dio por hecho que Tara no les había contado a sus padres sus sospechas, porque ni Emma ni Grant parecían estar preocupados,

—Tobías se reunirá con nosotros mañana —comentó Lilly—. Hoy está jugando un torneo de golf.

—Estoy deseando volver a verlo —aseguró Kristina—. Lo conocí en casa de Drew el día que... el día que me mudé a vivir allí —concluyó mientras se le sonrojaban las mejillas.

—El día que se convirtió en mi mamá —intervino Amanda.

Drew había comenzado a sudar. Un pequeño desliz de Mandy, y toda la farsa se desplomaría como un castillo de naipes. No quería que su familia se enterara de las verdaderas circunstancias en las que se habían conocido.

—Vamos, Amanda -dijo Lilly poniéndose en pie, tratando sin duda de ocultar su propio papel en todo aquello—. Te ayudaré a bañarte.

—Yo lo haré, Lilly —aseguró Emma levantándose con elegancia etérea—. Hace mucho tiempo que no estoy con Amanda.

— ¿Puede venir Kristina también? —preguntó la niña.

—Tengo que hablar con ella, cariño —aseguró Lilly—. Tú vete con tu abuela y prepárate para irte a la cama.

—Si tú también has terminado, hijo, ¿por qué no vienes conmigo a la biblioteca? —preguntó Grant reclinándose sobre la silla—. No es un asunto de trabajo, pero es importante.

—En ese caso... —contestó Drew con aire resignado.

Tenía muchas dudas sobre si sería capaz de con centrarse en algo, importante o no, sabiendo que Lilly ya se había llevado a Kristina para su «pequeña charla».

Drew siguió sin mucho entusiasmo a su padre hasta el despacho que estaba en la primera planta. Justo cuando ambos se acababan de sentar en los sofás de cuero de la estancia, llamaron al timbre.

—Deben ser ellos —dijo Grant dirigiéndose hacia la puerta.

— ¿Quiénes? —preguntó su hijo poniéndose en pie.

Pero su padre no le contestó. Drew deseaba que no se tratara de ningún socio, ni del hijo de algún amigo que estuviera buscando trabajo en la Corporación Connelly. No tenía energías para aquello. Solo tenía fuerzas para tratar con Kristina, y de una manera que su familia consideraría total mente inapropiada.

Unos segundos más tarde, Grant entró de nuevo en el despacho con Tom Reynolds y Lucas Starwind, los detectives encargados del caso del atentado contra Daniel. Drew pensó que debía tratarse de un asunto serio para que hubieran llegado hasta el lago a aquellas horas de la n che.

—Tomad asiento, por favor -dijo Grant indicándoles el tresillo de cuero—. ¿Y bien?

—Tenemos noticias —comenzó a decir Reynolds—. Al parecer, Angie Donahue está relacionada con Jimmy Kelly. Es su sobrina.

Drew parpadeó al escuchar ambos nombres. Angie Donahue era un tema de conversación que nadie sacaba en la familia. Grant había tenido una relación con ella cuando él y Emma estaban atravesando problemas matrimoniales, muchos años atrás. Drew nunca lo supo hasta que fue adulto. De aquella breve aventura había nacido Seth, el hermanastro de Drew. Angie no había sido una buena madre y le había entregado el niño a Grant para que lo criara cuando este tenía doce años. Y ahora Angie estaba acechándolos de nuevo, y, para colmo de males, se la relacionaba con una familia de criminales.

¿Cómo afectaría todo aquello a Seth cuando descubriera la verdad? ¿Y cómo se iba a tomar Emma la noticia?

Drew siempre había admirado a su madre por aceptar a un hijo que no era suyo, sino la consecuencia de una aventura extramatrimonial de su marido. Admiraba cómo había perdonado a

su padre por aquel desliz.

Se preguntó si Kristina podría ser tan generosa y perdonarlo a él cuando supiera la verdad sobre los planes de su abuela, y cómo él le había ocultado la realidad.

— ¿Es una pista sólida?

Drew volvió al presente cuando se dio cuenta de que su padre estaba hablando. Seguramente ya se había perdido buena parte de la conversación.

—No lo sabremos hasta que investiguemos un poco más — aseguró Lucas.

— ¿Algo más sobre Charlotte? —preguntó Grant.

—Nada diferente a lo que ya le hemos contado—dijo Reynolds —. Pero seguiremos vigilándola. Si descubrimos algo nuevo, se lo haremos saber.

Grant se puso en pie, indicando con aquel gesto que la reunión había terminado.

—Tómate una copa conmigo, hijo —dijo después de que ambos acompañaran a los detectives hasta la puerta—. Así podré contarte todos los detalles de la investigación. Me ha parecido que estabas algo distraído.

Cómo no iba a estarlo. Lo único que a Drew le interesaba era saber qué estaría haciendo Kristina en aquel momento. O para ser más exacto, qué le estaría contando su abuela.

—Tendría que haberla ayudado a recoger —se la mentó Kristina, sintiéndose algo culpable sentada en el pequeño jardín que había detrás de la casa.

—Para eso está Rosie —dijo Lilly—. Es la mujer del guardes, y es casi parte de la familia.

Lilly se inclinó hacia atrás en la silla de mimbre mientras sujetaba su bastón con las dos manos.

—Mi nieto puede ser bastante difícil —comenzó a decir—. Ha pasado épocas muy difíciles.

—Estoy segura de que la pérdida de su mujer fue un duro golpe —respondió Kristina, encantada de tener la oportunidad de conocer más cosas de Drew—. Al parecer era muy joven, ¿no?

— ¿No te ha hablado de Talia?

—Muy poco —respondió Kristina encogiéndose de hombros—. Sé que murió cuando Amanda era un bebé.

—Entonces no sabes cómo murió... —comentó Lilly pensativa mientras se acomodaba en la silla—. Fue una auténtica tragedia. Murió por una sobredosis de pastillas.

—Pero... ¿Quiso..? quiero decir... —comenzó a decir Kristina tragando saliva.

— ¿Que si se suicidó? Nadia cree que fuera intencionado, sino

una desafortunada falta de juicio por parte de Talia. De cualquier manera, estaba deprimida desde el nacimiento de Amanda, y la verdad es que siempre fue una persona muy débil. Si a eso añadimos el hecho de haber renunciado a su carrera, es comprensible que se sintiera abrumada.

— ¿Qué carrera?

—Talia era una pianista excepcional —aseguró Lilly exhalando un suspiro—. Cuando se quedó embarazada, se casó con Drew y allí terminó todo.

Todo comenzaba a aclararse a los ojos de Kristina. Ahora entendía por qué Drew había reaccionado de aquella manera cuando la encontró tocando el piano de su mujer.

—Todavía la echa mucho de menos.

—La culpa lo reconcome —aseguró Lilly—. Los dos eran demasiado jóvenes. Drew sigue culpándose por haberla cargado con un bebé cuando ninguno de los dos estaba preparado. Adora a Amanda, pero la niña también le ha servido de excusa para no abrirse y encontrar el amor verdadero de una mujer. Piensa que con querer a Amanda es suficiente. O al menos lo pensaba hasta que apareciste tú.

¡Cristina se sintió de pronto como un inmenso fraude! Si Lilly supiera cómo había nacido todo aquel asunto del compromiso... Podía ser que Drew la deseara, pero Kristina se temía que aquello no tenía nada que ver con el amor. No tenía más opción que contarle la verdad a Lilly, aunque seguramente Drew no lo aprobaría. Pero ella se había mostrado tan abierta, que se merecía conocer toda la historia.

—Para ser sinceros, te diré que Drew y yo nos conocimos a través de Internet —confesó tras aspirar con fuerza el aire—. Lo del compromiso es una especie de periodo de prueba, por decirlo de alguna manera. Espero que de ahí surja el amor.

—Ya ha surgido —aseguró Lilly clavándole sus ojos azules—. Estás enamorada de él, ¿verdad?

Aquella certeza cayó sobre el corazón de Kristina como una pesada carga.

—Supongo que sí —contestó, por no decirlo abiertamente.

—Y él también está enamorado de ti —constató Lilly—. Lo que ocurre es que todavía no lo sabe, pero lo sabrá en su momento.

—Ojalá pudiera creerlo —afirmó la otra mujer con un suspiro—. Pero todavía sigue llorando la muerte de su esposa. No sé cómo llegar hasta él.

—Yo te diré cómo hacerlo —aseguró la anciana colocándole una mano sobre el brazo—. Los hombres son criaturas diferentes. Para llegar al amor, necesitan sentir afecto antes. No sé sí me explico.

— ¿Estás hablando de sexo? —preguntó ¡Cristina, sorprendida —. ¿Crees que yo debería...?

—Deberías explorar la posibilidad y disfrutarla. Así fue exactamente corno cacé yo a mi Tobías.

¡Cristina soltó una carcajada que le brotó de lo más profundo de la garganta.

— ¿Qué es tan divertido?

La risa de Kristina quedó interrumpida por el sonido de la voz de Drew a su espalda. Se giró y lo vio apoyado en el quicio de la puerta, con la preocupación y la duda reflejadas en el rostro.

—Nada de lo que debas preocuparte, querido—aseguró Lilly poniéndose en pie.

— ¿Quieres que reúna a todos para que os vayáis yendo hacia la cabaña familiar, abuela? —preguntó él acercándose.

— ¿No te lo ha dicho Grant? —comentó Lilly colocando ambas manos sobre el bastón—. Esta noche nos quedamos aquí. Están pintando el dormitorio principal de la otra cabaña, y Emma dice que el olor le levanta dolor de cabeza, así que está decidida a esperar a mañana para regresar. Me temo que esta noche somos tus invitados.

—Yo puedo dormir en el sofá —se ofreció Kristina, notando la decepción en la expresión de Drew.

—Tonterías —afirmó Lilly—. Hay cuatro dormitorios. Grant y Emma pueden dormir en la habitación de Brett, y tú en la de Drew. Amanda tiene su propio cuarto, y eso me deja a mí la habitación de invitados.

— ¿Y donde se supone que voy a dormir yo? —preguntó Drew.

—Eso tendrás que averiguarlo tú mismo —contestó su abuela con una sonrisa misteriosa volviéndose hace Kristina—. Dame un abrazo, querida. Voy a llevar a este cuerpo viejo y cansado a la cama.

—Gracias —le susurró Kristina al oído mientras la abrazaba.

—No. Gracias a ti —respondió la anciana apartándose un poco —. Tienes un gran corazón, Kristina Simmons. La pareja perfecta para mi nieto. Felices sueños a ambos —concluyó marchándose sin girar la cabeza—. Si es que esta noche optáis por dormir...

Kristina sintió que una ola de calor le recorría la espina dorsal. Por muy tentadora que fuera la perspectiva, no podía dormir con Drew en aquella casa con toda su familia alrededor.

—De verdad, Drew, no me importa dormir en el sofá —aseguró apretándose los nudillos—. O puedo dormir con Amanda.

—Yo dormiré en el sofá -contestó Drew con un suspiro-; Me hubiera gustado que alguien me contara que iban a quedarse.

Kristina se sentía algo decepcionada porque Drew no hubiera

sugerido que durmieran juntos. Al menos, podría haberlo intentado.

—Bueno, si no te importa, creo que me iré a la cama. Tienes que enseñarme el camino.

—Nada me gustaría más que enseñarte el c mino —aseguró él acercándose con una sonrisa sensual—. Cuando estés tumbada en mi gran cama, piensa en mí, que estaré tumbado en el sofá con algo también muy grande…

— ¿Quieres que te oigan? —susurró ella tapándole la boca con una mano.

Drew la agarró por la cintura y la besó suavemente en los labios.

—Subiendo las escaleras a la derecha, al final del pasillo. Dentro hay un cuarto de baño con hidromasaje. Que te diviertas.

Kristina comenzó a subir las escaleras, pensando que sería incapaz de divertirse sin Drew.

—Estás tan bien por detrás como por delante—susurró la voz de él a su espalda.

—Vete a la cama, Drew —contestó ella sin girarse.

—Lo haré. Pero puedes estar segura de que montaré la tienda de campaña.

Capítulo Siete

Tal como Drew había previsto, habría sido inca paz de dormir aunque le fuera la vida en ello. El sofá era demasiado pequeño, y el deseo que sentía por Kristina demasiado grande.

Drew se incorporó y se pasó las manos por el cuello, dolorido por haber mantenido la misma posición durante más de dos horas. Igual que otras partes de su cuerpo.

Kristina ocupaba completamente su mente, como la melodía de una canción pegadiza. Drew era incapaz de dejar de pensar en ella, en lo que le gustaría hacer con ella.

Tal vez debería ir a buscarla. Después de todo, su cama era lo suficientemente grande para los dos. Además, no tendrían por qué hacer nada más que abrazarse.

Quizá funcionara. No tenía nada que perder por intentarlo. Simplemente tenía que tratar de ser fuerte y mantener las manos quietas. Ni si quiera tendría por qué despertarla. Le bastaría con tumbarse a su lado y sentirla cerca, aun sabiendo que no podría acariciarla del modo que le gustaría, al menos no aquella noche. Luego podría deslizarse y regresar al sofá antes de que amaneciera.

En camiseta y calzoncillos, Drew subió las escaleras de dos en dos tratando de hacer el menor ruido posible. Cuando llegó a su habitación, abrió la puerta, que se movió con un chirrido. Esperó un instante para comprobar si había despertado a Kristina. Lo último que desearía sería darle un susto de muerte.

Solo podía distinguir entre la penumbra la figura de Kristina tumbaba bajo la colcha. No se había movido. Bien. Drew comenzó a andar muy despacio hasta llegar al borde de la cama. Se desvistió a toda prisa y colocó una rodilla sobre el colchón, que crujió levemente bajo su peso. Las sábanas se movieron.

—Soy yo, Kristina —susurró Drew, maldiciéndose por haberla despertado.

—Creo que te equivocas.

— ¿Qué diablos...? —exclamó Drew dando un respingo y recogiendo a toda prisa los calzoncillos del suelo—. ¿Abuela?

—Efectivamente, querido Drew.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él mientras se ponía a toda prisa los calzoncillos.

Lilly encendió la lamparita de la mesilla de noche, revelando un rostro soñoliento que intentaba enfocar la mirada.

—Para tu información, te diré que tu prometida está en la habitación de invitados. Insistió en que yo me quedara con tu cama para que estuviera más cómoda.

Drew se sentía cualquier cosa menos cómodo en aquel momento. Su abuela lo había pillado con los pantalones bajados, literalmente.

—Lo cierto es que yo quería... —comenzó a decir mientras se ponía la camiseta.

¿Qué excusa podría ponerle a Lilly que sonara remotamente aceptable?

—Ya sé qué es lo que querías, nieto —aseguró Lilly sentándose en el borde de la cama, bostezando.

—Solamente quería decirle buenas noches.

— ¿Sin ropa? —preguntó su abuela mirando de reojo el reloj de la mesilla—. ¿Y no es un poco tarde para charlar?

—No podía dormir, y pensé que tal vez Kristina quisiera hablar un rato —mintió Drew.

—No pensaste nada de eso —aseguró Lilly recostándose de nuevo sobre la cama y señalándole la puerta—. Vete a buscarla. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Buenas noches, abuela —susurró dirigiéndose hacia la puerta —. Siento haberte despertado.

A mitad del pasillo, en su camino de regreso al sofá, Drew reconsideró la propuesta y se detuvo a mirar por uno de los ventanales. La luna dejaba un reguero de luz sobre las brillantes aguas de cristal del lago, y aquella imagen le reveló una gran idea.

La cala. Kristina. Un lugar en el que estar a solas.

Decidió correr el riesgo de que ella no estuviera de acuerdo en ir con él, pero podría contarle que quería dar un paseo de medianoche, lejos de las miradas de su familia. Sobre todo de la de Lilly. Un paseo que les permitiera a ambos hablar, relajarse, y cualquier otra cosa que pudiera surgir en la oscuridad de la noche.

Lo único que podía hacer Drew era intentarlo, y rezar para no encontrarse con otra persona que no fuera Kristina en el cuarto de invitados.

—Kristina...

Aquel susurro la sacó de su adormecimiento. Se había pasado muchas horas despierta, pensando en Drew. Y entonces, como si se tratara de un conjuro, allí estaba él, acariciándole el cabello y hablándole con suavidad.

— ¿No puedes dormir? —preguntó volviendo el rostro hacia él, con el corazón henchido de alegría ante su súbita aparición.

—No. Y ya veo que tú tampoco. ¿Quieres ir a explorar?

—Drew, tus padres están en la habitación de al lado —susurró ella sentándose.

—No me refiero aquí —dijo poniéndose en pie y ofreciéndole la mano—. Digo fuera. Hay un sitio que quiero enseñarte.

Kristina se preguntó qué mas cosas querría enseñarle cuando

llegaran a aquel lugar, y aquel pensamiento hizo que un escalofrío de emoción le recorriera todo el cuerpo.

—Tengo que vestirme -dijo sacando las piernas por fuera de la cama—. No voy a ir por ahí en camisón.

—No hace falta. Solo cálzate. Yo seré el único que te vea.

—De acuerdo —contestó Kristina deslizándose dentro de sus zapatillas y aceptando la mano que él le tendía.

Bajaron las escaleras y salieron por la puerta de atrás. Una vez fuera, iluminados tenuemente por la luz de la luna, comenzaron a caminar por un sendero estrecho en el que no cabían los dos a la vez. Drew la llevaba de la mano, encabezando la marcha. Una suave brisa acariciaba las copas de los árboles.

— ¿Adonde vamos? —susurró Kristina—. ¿De vuelta a Chicago?

—A una piscina natural —contestó él—. Bonita y resguardada. Ya casi hemos llegado.

Alcanzaron un claro del bosque, y ella se colocó al lado de Drew para contemplar la escena. Frente a ellos se abría una pequeña cala de aguas transparentes iluminadas por la luz de luna. Aquello era la serenidad en estado puro. Una escenario maravilloso, digno de ser inmortalizado en una postal.

—Esto es el paraíso —susurró mirando a Drew con una sonrisa.

—Sí. Y yo pienso disfrutarlo al máximo —aseguró él con una mueca.

Y sin previo aviso, Drew le soltó la mano y comenzó a quitarse la ropa mientras Kristina lo mi raba con la boca abierta. Cuando se quedó desnudo, avanzó hacia el final de la cala y se lanzó al agua. El gritó que pegó Drew, unido al ruido que hizo al caer, la sacaron de su estupor.

—Vamos, ven —gritó él chapoteando—. Está buenísima.

Kristina no tenía muy claro que quisiera que darse sin ropa, así que se sentó en la orilla, se descalzó y metió un dedo del pie en el agua. Drew se guía chapoteando. Su cabello mojado lanzaba destellos bajo la luz de la luna.

—No quiero nadar solo —dijo acercándose hasta ella—. Dame la mano y ayúdame a subir.

¿Ayudarlo a salir? ¿Desnudo como había venido al mundo? ¿Estaba preparada para aquello? Kristina se dijo a sí misma que debería comportarse como una persona madura. Limitarse a echarle una mano e ignorar el hecho de que estuviera desnudo. Cerró los ojos y lo agarró de la mano, pero en lugar de subir Drew, cayó ella al agua con camisón incluido.

Cuando el agua la cubrió hasta las orejas, Kristina entendió por qué él había gritado al entrar. Pero no pasó mucho tiempo hasta que sintió los brazos firmes de Drew sujetándola con fuerza.

—Ya te tengo —susurró él—. Rodéame la cintura con las piernas.

—Al menos dentro del agua no peso —comentó Kristina, obedeciendo y sintiéndose muy nerviosa por lo extraño de la situación—. Si estuviéramos fuera, tendrías la espalda doblada.

—Siempre estás hablando mal de ti misma —dijo Drew adquiriendo de pronto un tono grave—. ¿Por qué lo haces?

—Lo siento. Es la costumbre —susurró ella mirando hacia otro lado.

—Una costumbre que deberías cambiar —aseguró él con firmeza —. Porque eres preciosa —concluyó mirándole fijamente a los pechos, completa mente visibles en aquel momento bajo el camisón mojado.

Entonces, él le pasó la lengua por el lóbulo de la oreja sin dejar de sujetarla.

—Drew, pienso que deberíamos...

—No quiero que pienses —dijo él recorriendo con un dedo el algodón mojado de su camisón—. Lo que quiero es que te quites esto. Por favor.

Kristina se quedó sin palabras, y solo pudo asentir con la cabeza.

Drew buscó debajo del agua y tiró del camisón hacia arriba, sacándolo de las caderas. Kristina sintió un escalofrío al pensar que él pudiera verla totalmente desnuda, a excepción de las braguitas blancas que llevaba puestas. Colgada de los hombros de Drew, permaneció muy quieta mientras él le subía el camisón por encima de los pechos. Como si estuviera en trance, Kristina levantó un brazo y luego otro, hasta que se lo sacó entero por la cabeza sin darle tiempo siquiera a exhalar un suspiro de protesta. Luego él dejó el camisón empapado sobre el muelle y comenzó a alejarse de la parte de la cala que más cubría.

— ¿Adónde vamos? —preguntó Kristina, que se guía agarrada a su cuello como si su vida dependiera de ello, aunque aún no se atreviera a mirarlo a los ojos.

—Más cerca de la orilla, para que pueda verte mejor —aseguró él mientras avanzaba—. Aquí ya hacemos píe.

Kristina deslizó las piernas hasta que tocó tierra firme, pero se sentía mareada, desorientada, y apenas era consciente de todo lo que la rodeaba. Tenía toda la atención centrada en los fuertes brazos de Drew, en el aroma a jabón que desprendía su piel.

Reuniendo todo su valor, Kristina levantó final mente la vista hacia él.

Drew le miró sin disimulo los pechos y luego le dedicó una sonrisa que la hizo sonrojarse de los pies a la cabeza.

—Eres increíble —murmuró.

Y desde luego lo era. Aunque estaba dentro del agua fría, con la piel expuesta a la brisa fresca de la noche, un leve sudor parecía recorrerle todo el cuerpo, provocando en él una oleada de deseo.

Drew siguió mirándola fijamente a los ojos mientras deslizaba delicadamente los pulgares por el contorno de sus pechos desnudos una y otra vez hasta que la notó deseosa de que fuera un poco más allá. Entonces la besó, un beso apasionado y arrebatador que borró de la conciencia de Kristina cualquier otra cosa que tuviera en mente. Todas sus preocupaciones y sus temores desaparecieron de un plumazo. A cada embestida de la lengua de Drew entre sus labios entreabiertos, lo único en lo que podía pensar era en la manera en que él la hacía sentir: Desesperada, deseada... y hermosa.

Muy lentamente, Drew comenzó a subir las manos hasta cubrirle todo el pecho, y Kristina se sintió tan líquida como el agua en la que estaba sumergida. Drew apartó los labios de su boca y comenzó a besarla por el cuello hasta descender por el valle que separaba sus pechos.

Kristina se sentía absolutamente consumida por aquellas sensaciones, y se le escapó un gemido de placer cuando Drew comenzó a recorrer con la lengua uno de sus pezones. Como si de pronto se hubiera separado. de la realidad, Kristina deslizó las manos hasta las caderas de Drew y lo atrajo hacia sí hasta sentir como si fueran suyas todas y cada una de las partes de su cuerpo.

—Te necesito, Drew —susurró—. Te necesito mucho.

De pronto, él levanto la cabeza y apretó la frente contra la de ella.

—Creo que no deberíamos estar haciendo esto. No estamos preparados.

A ella le pareció extraño que hubiera dicho «no estamos preparados» en lugar de «no estás preparada».

—Creo que yo silo estoy —se atrevió a decir.

—Te estoy presionando demasiado —aseguró él dirigiéndole una mirada de frustración—. Además, no he traído preservativos.

—Entonces, ¿no ibas en serio cuando dijiste que querías que me quedara embarazada? ¿Ni cuando aseguraste que debería hacer la colada, limpiar y cortar el césped? —preguntó ella esperanzada.

—No, era una broma —aseguró él desviando la mirada—. Pensé que te habías dado cuenta.

—A principio no estaba muy segura —contestó ella tomándolo de la barbilla para obligarlo a mirarla—. Pero ahora que te conozco un poco más me doy cuenta de que no eres de ese tipo de hombres.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, Kristina—respondió él dejando de abrazarla y dando un paso atrás.

Kristina tuvo la impresión de que iba a volver a encerrarse en sí

mismo. No podía permitirlo.

—Sé que quieres a tu hija, y que lo has pasado muy mal desde la muerte de tu esposa. Pero también sé que puedo confiar en ti, Drew. Estoy empezando a tener fe en que esta relación pueda funcionar.

El cambio inmediato en la actitud de Drew le hizo saber que había dicho lo que no debía. Parecía como si de pronto alguien hubiera sacado una espada invisible y hubiera cortado el puente emocional que estaba comenzando a unirlos.

—Tenemos que regresar antes de que alguien se dé cuenta de nuestra ausencia —dijo Drew dándole la espalda y caminando hacia la orilla—. Te puedes poner mi camiseta. Te espero al final del sendero.

Kristina no se movió, ni siquiera después de que Drew hubiera salido del agua, se hubiera puesto los calzoncillos y las zapatillas y hubiera comenzado a andar.

Comenzó entonces a sufrir los efectos del frío de la noche y de la repentina brusquedad de Drew. Kristina se sentía calada hasta los huesos y totalmente indefensa. ¿Cómo podría traspasar las barreras que Drew había levantando alrededor de su corazón?

En aquellos momentos, le parecía una empresa imposible. Tal vez debería rendirse. Pero entonces recordó el consejo de Lilly, y se mantuvo firme en su determinación de hacerle olvidar a Drew su dolor. Intentaría demostrarle que estaba dispuesta a amarlo con toda su alma y todo su corazón.

Cobarde.

Maldiciéndose a sí mismo y al sofá, Drew se puso boca abajo, volteando la almohada con toda la fuerza de su rabia. Había tenido a mano la oportunidad perfecta y la había dejado escapar.

Kristina había depositado su fe él, y él no se merecía su confianza. Aquella noche se había comportado como un imbécil, seduciéndola para luego cerrarse en banda en el momento en que ella había tratado de explicarle lo que sentía por él, y cuánto admiraba al hombre que creía que era. Pero Drew solo había sido capaz de decirle una verdad: Kristina no lo conocía, aunque era cierto que nunca se había sentido tan cerca emocionalmente hablando de ninguna mujer desde la muerte de Talía. Puede que incluso más cerca de lo que se había sentido nunca de ninguna, mujer.

Pero le estaba mintiendo. Todo aquel asunto había sido una mentira. Y lo peor era que, después de aquella noche, se había dado cuenta de un hecho innegable: se estaba enamorando de Kristina Simmons.

Capítulo Ocho

La cabeza de Kristina comenzó a dar vueltas como si colgara de una de las ramas de aquel árbol familiar tan grande.

Maura, la cuñada de Drew, se había sentado frente a ella en la mesa de picnic y durante los últimos minutos había tratado de hacer una lista con todos los Connelly, pasados y presentes.

Una mujer muy atractiva se acercó en aquel momento al grupo de hombres de la familia que estaban reunidos bajo un olmo.

— ¿Es una de las hermanas? —preguntó Kristina con curiosidad señalando a la joven.

—No, no es una Connelly —aseguró Maura en un susurro—. Es la asistente de Grant, Charlotte Masters. Ven, te la presentaré.

Maura esperó a que Charlotte recogiera todos los papeles que le había dado a Grant para firmar antes de hablar con ella.

—Hola, Charlotte, te presento a la prometida de Drew, Kristina Simmons —dijo tras estrecharle la mano con afecto—. Será parte de la familia dentro de poco.

—Encantada de conocerte —aseguró la joven con una sonrisa cordial pero algo distraída.

—Lo mismo digo —respondió Kristina.

— ¿Te encuentras bien, Charlotte? —inquirió Maura algo preocupada—. No tienes muy buena cara.

—Bueno, lo cierto es que... —comenzó a decir la asistente con timidez—. No estoy acostumbrada a hablar de mis asuntos privados, pero tendré que ir haciéndome a la idea, porque enseguida se me va a empezar a notar...

— ¿Estás embarazada? —preguntó Maura abriendo mucho los ojos—. ¡Siéntate y cuéntanoslo todo! Así podremos compartir experiencias. ¿Tú de cuánto estás?

—De muy poco -contestó Charlotte mirando de reojo al grupo de hombres—. No puedo quedarme. Tengo que volver a la oficina. El trabajo no puede esperar, ni siquiera en sábado. Me alegro de conocerte, Kristina. Y Felicidades. Drew es un hombre maravilloso —concluyó alejándose hacia la salida.

— ¿Qué te parece? —murmuró Maura cuando Charlotte hubo desaparecido de su vista—. No está casada, y que yo sepa, tampoco está saliendo con nadie.

—Lamento interrumpir la conversación, chicas—dijo Doug, el marido de Maura, apareciendo por detrás de la valla al lado de Drew—. Pero me temo que tengo que llevarme a Maura a casa.

—Así es —añadió su esposa colocándose la mano sobre el vientre—. Júnior necesita mucho descanso.

— ¿Qué te parece si vamos nosotros a nadar, aprovechando que Amanda sigue echada? —preguntó Drew agarrando a Kristina por la cintura cuando la otra pareja se hubo despedido— preparada?

—Estoy preparada si tú lo estás.

Y vaya si lo estaba. Preparada, más que dispuesta y ardiendo a cada caricia que Drew le es taba haciendo con dedos delicados en la cara interior de los muslos.

—Claro que lo estoy. Pero me da la impresión de que tú te refieres a estar preparada para otra cosa… —aseguró el.

—Creo que deberías centrar la atención en el baño —contestó Kristina poniéndose colorada—. Tu hija y tu abuela se reunirán con nosotros en cualquier momento.

—Yo debería utilizar agua fría —susurró Drew mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Porque las cosas se están poniendo demasiado calientes por aquí.

Kristina no podía estar más de acuerdo. En aquel momento, ella estaba tan caliente como las brasas que aún crepitaban sobre la barbacoa. Si Drew no apartaba inmediatamente la mano, que había conseguido no se sabía cómo situar cerca de la zona prohibida, se encendería totalmente como una llama.

—El baño, Drew —dijo ella sujetándole la muñeca con firmeza.

—Vayamos antes de que cambie de opinión y utilice esta mesa para fines muy distintos a los de un picnic —replicó Drew con un hondo suspiro, dirigiéndose hacia la valla.

Kristina permitió que él la tomara de la mano y la guiara, pero no la llevó por el sendero que habían recorrido la noche anterior.

—¿No se iba por el otro lado a la cala?

—Sí, pero vamos a la piscina. Aunque no creas que allí hay menos riesgo de encontrarse con serpientes… yo tengo una que ya está al acecho.

Kristina soltó una carcajada, aunque no comprendía el súbito cambio de actitud que había sufrido Drew. Estaba amable y atento, totalmente distinto a la noche anterior. ¿Llegaría alguna vez a entenderlo y a comprender sus cambios de humor?

Comenzaron a bajar por un camino de piedra que llevaba directamente a una cabaña pequeña frente al lago. La piscina apareció enseguida ante sus ojos. Era muy larga, y alrededor había un suelo de tablas de madera sobre el que descansaban sillas y mesas a juego.

—Es preciosa —aseguró Kristina cuando atravesaron la portezuela.

—Lo sería más si te quitaras el vestido.

Una vez más, volvió a sentir vergüenza, algo ridículo teniendo en cuenta que Drew la había visto prácticamente desnuda la noche

anterior. Pero estaban a plena luz del día, y aunque llevaba puesto el traje de baño, no podía evitar sentirse incómoda.

—¿Qué hay allí dentro? —preguntó Kristina por cambiar de tema, señalando con la cabeza hacia la cabaña.

—Te lo enseñaré —dijo Drew abriendo la puerta y sujetándola para que ella pasara.

Una ráfaga de aire fresco recorrió el cuerpo de Kristina al entrar, pero no sirvió para enfriar el calor que se apoderó de ella cuando se dio la vuelta y se encontró con Drew apoyado sobre la puerta. Se estaba quitando la camisa, ofreciendo el espectáculo de su musculoso pecho desnudo ante la mi rada ávida de Kristina.

—Es tu turno —ordenó él con voz insinuante.

¡Cristina se llevó las manos al nudo del cinturón de tela que le sujetaba el vestido, y comenzó a desabrocharlo con manos temblorosas.

—Deja que te ayude —susurro Drew avanzando hacia ella con decisión.

¡Cristina no necesitaba ayuda en realidad, pero no podía negar que la deseaba.

Cuando Drew hubo desatado el nudo, tiró suavemente del vestido por los hombros. La prenda se deslizó hasta el suelo. Con mucha delicadeza, Drew hizo lo mismo con la parte de arriba de su bikini. La mirada que le dedicó hizo que ¡Cristina volviera a sentirse incómoda y se agachan para re coger del suelo algo con lo que cubrirse.

—Ni se le ocurra, señorita Simmons —ordenó Drew agarrándola de las muñecas para impedirle el gesto.

Entonces adelantó las manos y las deslizó sobre las costillas de Kristina. Ella cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que siguiera subiendo por su cuerpo, hasta hacerla ver de nuevo las estrellas, aunque esta vez sin necesidad de contemplar el cielo por la noche.

Pero Drew no movió las manos. Simplemente se la quedó mirando con una expresión que resultaba demasiado grave para la situación.

— ¿Ocurre algo? —preguntó Kristina.

—Siento lo de ayer por la noche —dijo él—. No quería obligarte a hacer nada que no quisieras. Y ahora tampoco.

Ella deslizó las manos sobre la mata de pelo os curo que le cubría el pecho, recorriéndole con los dedos los pezones, que se pusieron erectos ante el contacto de sus yemas.

—No recuerdo haber formulado ninguna protesta, señor Connelly.

—Supongo que tienes razón —admitió él con una sonrisa que le

iluminó toda la cara—. Pero creo que deberíamos hablar.

—No tengo ganas de hablar —aseguró Kristina echándole los brazos al cuello y atrayéndolo hacia sí hasta comprobar lo muy excitado que estaba—. Me he pasado la mitad de la noche en vela pensando en nosotros, en el modo en el que me haces sentir.

—Esto es solo el principio, Kristina —murmuró él—. Puedo hacerte sentir mucho más.

Como si tuviera la intención de cumplir su promesa, Drew la llevó caminando hacia atrás hasta dar contra la pared.

—Nunca he estado tan excitada —susurró ella, apartando con la mano el mechón de pelo negro que le caía a Drew sobre la frente.

El la besó en la mejilla y luego resbaló los labios hacia el lóbulo de la oreja, rozándola con ellos con la dulzura del algodón de azúcar.

—¿Te gusta que te toque aquí? —susurró él mientras deslizaba las manos sobre sus pechos desnudos, recorriendo los pezones con los pulgares.

—Sí.

— ¿Y qué me dices de aquí? —murmuró Drew bajando la mano hasta el vientre.

—Caliente, caliente —aseguró Kristina.

Exactamente como estaba ella.

Drew continuó su recorrido hacia abajo hasta que la palma de su mano descansó entre sus muslos, el lugar del cuerpo de Kristina que más lo deseaba.

— ¿Y aquí?

Cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, Kristina se puso tensa automática mente.

—¿No quieres que siga? —preguntó Drew retirando la mano de inmediato.

—No, es que... es que puede que Amanda aparezca.

—Seguramente seguirá durmiendo.

Lo cierto era que aquello no tenía nada que ver con Amanda, y mucho con la preocupación de Kristina respecto a su inexperiencia.

—Nadie.., nadie me ha hecho nunca...

—Lo sé, y no voy a hacerte daño —aseguró él besándola suavemente en los labios—. Relájate, Kristina, y déjame hacer a mí.

No podía relajarse sabiendo lo que Drew tenía en mente: satisfacer su deseo y acariciarla como ningún otro hombre lo había hecho jamás.

Pero Kristina se fundió con él cuando Drew le introdujo la lengua entre sus labios entreabiertos, deslizándola hasta lo más profundo de su boca mientras hundía los dedos dentro de la cinturilla de su bikini. La besó apasionadamente mientras descendía

cada vez más y más la mano.

Un grito infantil atravesó como una lanza la neblina de sensualidad que se había formado sobre la mente de Kristina.

—Mandy —dijo Drew dando bruscamente un paso atrás.

Sin decir una palabra más, salió disparado hacia la piscina sin molestarse en cerrar la puerta tras de sí.

Kristina recogió del suelo la parte de arriba del bikini y se pellizcó las mejillas, como si con aquel gesto pudiera disimular el sonrojo que sabía que tenía.

—¡Kristina ¡Drew! Estamos aquí, queridos.

Lilly.

Cielo santo. No solo tendría que vérselas con la hija de Drew, sino también con su abuela. Kristina trató de componer una mueca de felicidad y enfrentarse a la situación con la cabeza alta, deseando con todas su fuerzas ser capaz de mirar a Lilly a la cara sabiendo lo cerca que había estado Drew de llevarla a unas cotas de placer hasta entonces des conocidas para ella.

Kristina sintió lástima por Drew. Su problema era definitivamente mucho más obvio. Ojalá el agua estuviera lo suficientemente fría como para calmar a la serpiente.

Durante el baño, Drew había evitado nadar a espaldas, y sobre todo, mirar a Kristina y a su abuela. Pero no había podido evitar dejar de pensar en lo que había estado a punto de suceder. Cinco segundos más y lo hubieran pillado dándole a Kristina lo que sabía que más necesitaba, y lo que él estaba más que dispuesto a entregarle.

Una hora después de salir de la piscina, lo único en lo que Drew podía pensar era en lo fácil que sería reunirse con ella en la ducha para algo más que quitarse el cloro. Pero Mandy y sus padres seguían por allí, igual que su abuelo y su abuela, la única que estaba sentada con él en el salón en aquel momento. Se le veía en la cara que estaba deseando decir algo que Drew no estaba muy seguro de querer escuchar.

—Esta noche dormiremos en la cabaña familiar—dijo Lilly mirando al techo— Según la guardesa, la casa ya está lo suficientemente aireada. Solo hay un problema, pero espero solucionarlo.

—¿ De qué se trata? —preguntó Drew.

—De tu intimidad y la de Kristina. Por eso nos vamos a llevar a Amanda con nosotros. Le he explicado que necesitáis estar a solas, y que ella y yo podemos jugar con el ordenador de Grant... pero te prometo que no entraremos en ninguna Web de solteros.

—Esto me recuerda que todavía no le he contado a Kristina la verdad —confesó Drew—. ¿No crees que tiene a derecho a saberla?

—Yo que tú no lo haría, querido. Tal vez puedas contárselo en vuestras bodas de oro. Para entonces estará demasiado cansada para protestar.

—Me preocupa que a Mandy se le pueda escapar algo en algún momento —aseguró Drew—. Me sor prende que aún no haya pasado.

—No te preocupes por tu hija. La conozco bien, y a ella no le importa cómo ha surgido todo esto. Solo sabe que su padre ha encontrado a la compañera perfecta para él y una madre para ella. Y yo sé que tú has abierto los ojos y te has dado cuenta de lo especial que es Kristina. Ahora solo tienes que abrir también tu corazón y dejarla entrar en él.

Drew deseó que las cosas fueran así de simples, pero no podía olvidarse de la carga emocional que todavía llevaba a cuestas como si fuera un fardo.

—Hola, querida. ¿Te sientes mejor después de la ducha? —preguntó Lilly poniéndose en pie con ayuda de su bastón al ver entrar a Kristina—. Bueno, voy a ver cómo va Amanda —comentó mientras se encaminaba hacia las escaleras—. Ya está haciendo la maleta.

— ¿Volvemos a casa? —le preguntó Kristina a Drew sin poder ocultar su decepción.

—No, Amanda se va a pasar la noche a la cabaña de mis padres con el resto de la familia —explicó Drew poniéndose en pie y caminando hacia ella.

Pero no se atrevió a tocarla. Al menos no por el momento. No hasta que todo el mundo estuviera fuera de la cabaña.

—Entonces... ¿estaremos solos? —aventuró ella con un ligero temblor en la voz.

—Sí, solos. Sin interrupciones.

Nada le impediría entonces acariciarla como él quería. Pero antes, tenía que encontrar la manen de contarle la verdad. Y después de aquello, existía la posibilidad de que Kristina no quisiera que él volviera a tocarla en la vida.

Capítulo Nueve

Tras haber esperado lo que le parecía una eternidad para estar con Kristina a solas, Drew tenía ahora un nudo en el estómago. Nada se interponía entre su intimidad. Nada evitaría que estuvieran juntos en todos los sentidos. Nada podría impedir que hicieran el amor, a excepción del hecho de que no había hablado claro sobre el complot de su abuela.

Tenía que contarle a Kristina la verdad. Inmediatamente. En cuanto se reuniera con él en el salón. Durante la cena, ella había comentado lo romántica que le parecía la situación, y allí estaba él, con las copas de champán preparadas y más nervioso que un novio esperando en el altar.

No tenía elección. Tendría que decirle que fue su abuela la que ideó todo, que él no había escrito los emails, y que no había tenido intención de continuar con el plan. Pero las cosas habían cambiado a medida que la había ido conociendo.

Drew se sirvió una copa de champán y se recostó sobre el sillón. El reloj de pared marcaba los segundos muy despacio mientras él trataba de repasar mentalmente el discurso que tenía preparado. Pero solo podía pensar en Kristina y en lo que quería hacer con ella. Solamente llevaba puesto el pijama, y senda dentro de sí un fuego in tenso. Sobre todo debajo de la cintura.

Kristina hizo su entrada en el salón vestida únicamente con el camisón que él le había comprado en su viaje a Canadá. La seda dejaba poco lugar a la imaginación, y aunque Drew ya la había visto casi desnuda, aquel camisón marcaba unas formas en su cuerpo que podrían provocarle un ataque al corazón a cualquier hombre, incluidos los menores de treinta años. El termómetro interno de Drew subió hasta alcanzar cotas peligrosas, colocándolo de pronto a punto de ebullición.

Kristina mantuvo los ojos bajos mientras se acercaba a él. Como el caballero que era, Drew tendría que haberse levantado para recibirla, pero no se atrevió. De hacerlo, quedaría claro el estado de excitación en el que se encontraba.

—Tenemos que hablar, Drew.

En aquel momento, lo único que a él le apetecía era quitarle aquel camisón, tomarla entre sus brazos y rodar sobre el suelo para poder entrar por fin en ella. No, no le apetecía hablar en absoluto.

—Siéntate —dijo él con resignación mientras le señalaba uno de los sillones—. ¿Qué ocurre?

—Creo que es importante que seamos sinceros el uno con el otro —aseguró ella exhalando un sus piro—. Anoche estuve hablando

con Lilly, y me contó algunos detalles que tú has tratado de evitar desde que nos conocemos.

—No puedo creer que no hayas salido por la puerta, entonces —respondió Drew, sintiéndose en parte aliviado al saber que ella conocía la verdad.

—¿Crees que conocer los pormenores sobre la muerte de tu esposa hubieran provocado mi partida? —preguntó ella posando la mano sobre su antebrazo—. Lo que ocurre es que no puedo seguir adelante con esta relación hasta estar segura de que no estoy compitiendo con el recuerdo de tu mujer.

Así que se trataba de aquello.

—No sé qué te contaría Lilly, pero las cosas no son así —comenzó a explicar Drew—. No es que yo no la quisiera, pero éramos muy jóvenes, y más que amor, lo que sentíamos era una atracción. Su caída comenzó cuando la dejé embarazada. Todo el mundo, incluida Talia, me decía que lo que tenía era una depresión post-parto, pero al ver que no mejoraba, insistí en que visitara a un siquiatra. El le recetó unos antidepresivos que no parecieron servirle de mucho. El médico me aseguró que habría que esperar algo de tiempo, pero eso fue lo que Talia no tuvo. Poco después murió de sobredosis de pastillas. Yo no fui lo suficientemente fuerte como para mantenerla a flote —aseguró Drew ocultando el rostro entre las manos—. No puedo evitar preguntarme qué hubiera ocurrido si yo no la hubiera dejado embarazada, si le hubiera prestado más atención, si...

—Deja de torturarte, Drew —lo interrumpió Kristina besándolo suavemente—. Tú hiciste lo que creías conveniente. Es hora de dejar todo aquello atrás. Eres un hombre maravilloso y un padre excelente. Mereces ser feliz, y yo también. Deberíamos empezar esta misma noche.

Kristina se puso en pie y se bajó los finos tirantes de los hombros. El camisón cayó al suelo, dejándola completamente desnuda. Un ligero temblor era la única señal de que se sentía un tanto incómoda, algo extraño en una mujer que apenas se había atrevido a mirarlo a los ojos el día que se conocieron. Parecía más segura de sí misma, y tenía todos los motivos para estarlo: Poseía el físico de una diosa, con sus curvas generosas, aquellos pechos increíbles y su piel, tan suave que provocaba en Drew el deseo de recorrer con la boca cada centímetro de su cuerpo.

—Venga usted aquí, señorita —dijo mientras estiraba el brazo hacia ella—. Tengo la intención de hacerla muy feliz esta noche. Y también los siguientes días, y los siguientes meses, e incluso los años siguientes.

Kristina se sentó en su regazo y lo besó larga mente en la boca,

provocando en él un cúmulo de sensaciones. Drew exploró con la lengua el interior de aquella boca cálida y húmeda y recorrió las líneas femeninas de su cuerpo con manos ávidas.

—Eres increíble, Kristina —susurró mientras la miraba a los ojos, acariciando los contornos de su pecho—. Toda tú. Te deseo más de lo que he desea do nunca a ninguna mujer.

—Te quiero, Drew —murmuró ella con los ojos anegados en lágrimas.

Drew se puso en pie, y Kristina temió que hubiera cambiado de opinión. ¿Habría confesado demasiado pronto sus sentimientos? Pero ella quería que él dejara atrás el pasado, al menos por aquella noche, y comenzara una nueva vida. Si al menos Drew les concediera a ambos la oportunidad de construir nuevos recuerdos...

—Ven aquí —ordenó él tendiéndole la mano.

Ella aceptó la mano que Drew le ofrecía, y se encontró a sí misma entre sus poderosos brazos, fundida contra su cuerpo sólido. ¡Cristina pudo sentir cada rincón del cuerpo de Drew cuando él se colocó en la cuna que formaban sus muslos. La besó apasionadamente, imitando con la lengua el acto de amor.

—Voy a perder el control —murmuró el tomándola de la mano y guiándola hacia las escaleras.

A mitad de camino, Drew la empujó suave mente contra la pared y volvió a besarla con avidez. Deslizó una mano entre ambos cuerpos y comenzó a bajarla más y más, hasta que la dejó descansar sobre su abdomen.

—No puedo esperar —murmuró él—. Y no quiero que tú esperes.

—Pero el dormitorio...

—Enseguida. Ahora disfruta.

Y así lo hizo, con cada una de las caricias íntimas de Drew, con cada chispa de deseo que él encendía mientras la tocaba como si fuera un instrumento musical. Kristina inclinó la cabeza hacia atrás mientras Drew continuaba con su exploración, perdida en un torbellino de sensaciones que sus dedos expertos provocaban dentro de ella, sobre su carne sensible. Con la otra mano, Drew le pellizcó el pecho con dulzura, despertando en ella una sensación de placer tal que Kristina no estaba muy segura de poder soportar sin sufrir un colapso.

La presión creció más y más hasta que el clímax se apoderó completamente de ella, arrancando de sus pulmones la última reserva de oxígeno. Kristina gimió de placer, un placer que hasta aquel momento solo había imaginado. Sintió que su cuerpo no tenía huesos y que le temblaban las rodillas. Y ahí seguía él, abrazándola y repitiéndole una y otra vez cuánto la deseaba.

Drew le dejó unos minutos para recobrarse antes de llevarla hasta su dormitorio y tumbarla sobre la cama. El ventilador que había en el techo no servía para enfriar el calor que Kristina sentía dentro de su cuerpo, un necesidad de la que ella sabía que no podría librarse hasta que lo obtuviera todo de Drew.

En un arranque de coraje, Kristina se colocó encima de él y comenzó a bajarle los pantalones del pijama. Drew levantó las caderas para ayudarla en la maniobra. Cuando hubo arrojado la prenda al suelo, Kristina se quedó maravillada contemplando aquella parte de él tan difícil de ignorar.

—Toca sin miedo.

Kristina levantó la vista y se encontró a un Drew de mueca burlona que tenía las manos cruzadas detrás de la cabeza. Parecía complacido y orgulloso, y ella reconoció que tenía motivos para estarlo.

Mordiéndose el labio, Kristina estiró la mano y comenzó a recorrer con la yema del dedo toda aquella longitud.

—No sigas —jadeó Drew con la respiración entre cortada—. Tienes unas manos excepcionales, y esto puede acabar demasiado rápido.

Con la habilidad de un tigre, Drew volvió a colocarse encima de ella en un tiempo record y, con un movimiento rápido y experto, sacó un preservativo del cajón de la mesilla de noche.

Lo que Kristina estaba sintiendo en aquellos momentos apartaba cualquier pensamiento lógico de su mente. Drew la acarició una y otra vez, y cuando estaba a punto de llevarla de nuevo al borde del clímax, se colocó entre sus muslos, manteniendo la mirada fija en sus ojos mientras se deslizaba en su interior, muy lentamente al principio y más fuerte después. Kristina estaba totalmente concentrada en él y en sus increíbles ojos azules cuando sintió una punzada de dolor al entrar él con más firmeza.

—Respira, Kristina —murmuró él jadeando—. ¿Mejor así?

—Estoy bien —respondió ella, sonriendo al darse cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Sintiéndose fuerte, elevó las caderas para permitir que él entrara más profundamente en su cuerpo.

—Estás dispuesta a acabar conmigo, ¿verdad?—aseguró él exhalando un gemido de placer—. Pues tranquila, que pienso devolverte el favor.

Encantada con la amenaza, Kristina se relajó por completo y se preparó para la carrera más importante de su vida.

Drew no la decepcionó. Al principio se mostró muy considerado, pero pasado un rato pareció haber perdido el control. Y Kristina también. Establecieron un ritmo común, con sus cuerpos en

sincronía, las pieles desnudas fundidas en una sola bajo una capa de fino sudor. Drew volvió a besarla, a acariciarla, a llevarla de nuevo a un éxtasis febril. Luego se estremeció entre sus brazos y se puso tenso un instante cuando alcanzó su propio clímax. Kristina se hundió en la sensación de sentir el peso de Drew sobre el suyo.

—¿Estás bien, cariño?

¿Cariño? El corazón de Kristina dio un vuelco de felicidad al escuchar aquel apelativo cariñoso.

—No podría estar mejor.

—Yo tampoco —aseguró Drew cubriéndole las mejillas de suaves besos—. De hecho, no recuerdo haberme sentido nunca así de bien... y de se diento. ¿Te apetece tomar un poco de champán?

—Se me ocurren muchas maneras de beberlo .-aseguró ella con voz sensual apartándole el cabe lo de la frente—. Por ejemplo, lamiéndolo...

— ¡ Creo que he creado un monstruo! —bromeó Drew palmeándole con cariño el trasero desnudo.

Lo que había creado era una mujer que por primera vez en su vida se veía a sí misma como alguien deseable. Una mujer que estaba dispuesta a abrirle su corazón a un hombre al que sabía que podía confiarle sus emociones más delicadas. Una mujer completamente enamorada.

— ¿Tú quieres a papá, Kristina?

Amanda estaba arropada entre las sábanas, de su cama, absolutamente agotada tras el viaje de regreso desde el lago. Kristina se había quedado con ella mientras Drew se había acercado a la oficina a recoger algunos papeles después de dejarlas en casa.

No había ninguna razón para no ser sincera con Amanda. Además, los niños tenían una intuición natural para captar las emociones. Aunque negara su amor por Drew, Mandy podría ver a través de ella como si fuera transparente.

—Sí, cariño, lo quiero —aseguró mientras le acariciaba el cabello rubio desparramado por la al mohada—. Y también te quiero a ti, preciosa.

—Te quiero, Kristina. Y mi papá también te quiere —afirmó la niña sin sombra de duda.

Kristina deseaba creer aquello con toda su alma, aunque Drew no le había confesado todavía sus sentimientos, ni siquiera después de que ella revelara los suyos.

—Yo le dije a Nana Lilly que os querríais —afirmó Amanda—. Ella no estaba muy segura de que a papá le gustara la sorpresa, pero le gustó.

— ¿Qué sorpresa? —preguntó Kristina frunciendo el ceño con extrañeza.

—¿Cuál va a ser? Tú. Te trajimos como sorpresa para papá —aseguró Mandy antes de abrir desmesuradamente los ojos y taparse la boca con la mano—. Se me había olvidado que no debía decirte nada. Pero bueno, ya no importa, porque papá y tú os queréis.

—No entiendo cómo podía ser una sorpresa si papá y yo nos habíamos mandado muchos emails—inquirió Kristina, notando que las señales de alarma se encendían dentro de su cabeza.

—Nana Lilly mandó los emails, y yo también. Dijo que sabía lo que papá diría, y que necesitaba una empujón porque no podía encontrar ninguna chica simpática. Pero tú eres simpática, y por eso te escogimos.

Kristina sintió que el corazón se le encogía bajo el peso de aquella traición.

—¿Quieres decir que tu papá no mandó los emails?

—Fuimos Nana y yo —aseguró Mandy sin poder disimular su orgullo—. Papá no sabía que existías hasta la noche que llegó a casa desde Europa y yo se lo conté.

—Entonces, ¿aquella mañana no me estaba esperando? —insistió ella.

—No me acuerdo —contestó Mandy bostezando y frotándose los ojos—. ¿Puedo dormirme ya?

Kristina depositó un beso rápido sobre la frente de la niña. Necesitaba salir de allí antes de que las lágrimas hicieran su aparición a pesar de sus esfuerzos por contenerlas.

—Claro, cariño. Felices sueños.

—Hasta mañana —se despidió Amanda dándole un abrazo.

Kristina abandonó la habitación sin responder. No podía prometerle a Amanda que estaría allí por la mañana. Ya no podía prometerle nada.

Todo parecía cobrar de pronto sentido, cuando ya era demasiado tarde: la lista de exigencias de Drew, sus primeros acercamientos lascivos.. todo formaba parte de un plan para librarse de ella. Si Kristina hubiera tenido los ojos abiertos y se hubiera resistido a sus encantos, podría haber visto con exactitud lo que Drew estaba tratando de hacer. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

No podía comprender qué lo había impulsado a continuar con la farsa. ¿Miedo? ¿Compasión? ¿Sentía Drew lástima por ella? Tal vez no fuera la mujer ideal, pero desde luego no estaba tan necesitada. Drew Connelly no era ni había sido nunca su desesperado último intento de encontrar pareja. Por desgracia, era ni más ni menos el hombre al que amaba con todo su corazón.

—No puedo creer que no hayas tenido la decencia de contármelo.

Drew acababa de poner un pie en el gabinete cuando se

encontró con la expresión enfurecida de Kristina y sus palabras afiladas.

— ¿ Contarte qué? —preguntó, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—Nada, una simple tontería sobre unos emails—contestó ella recorriendo la estancia con los brazos cruzados sobre el pecho—. En concreto, los que me escribió tu abuela. Tu hija me lo ha contado todo, pero deberías haberlo hecho tú.

—Tienes razón —reconoció él—. Intenté contártelo la mañana en que apareciste aquí, pero parecías tan insegura que...

—Que sentiste compasión por mí —lo interrumpió ella soltando una risa cínica—. La pobre Kristina, que no es capaz de encontrar un hombre y tiene que recurrir a un acuerdo cibernético...

—No fue eso lo que pensé —aseguró Drew, asustado por las chispas de furia que lanzaban sus ojos—. Me preocupaba herir tus sentimientos, pero después de conocerte un poco me di cuenta de que no había sido tan mala idea después de todo. Y luego... no estaba muy seguro de ser el hombre adecuado para ti. No sabía si podría darte algo más allá de...

— ¿Del sexo? —inquirió ella mirándolo con dureza—. Sí, Drew, anoche practicamos sexo, pero no hicimos el amor. Eso solo ocurre cuando hay amor.

—Pero Kristina, a mí me importas, y yo...

—Tú no tienes ni idea de lo que es el cariño—aseguró ella mirándolo fijamente—. Si yo te importara de verdad, me lo habrías dicho antes de...

Las palabras de Kristina se desvanecieron en el aire mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, a pesar de sus intentos por controlarlas.

—No me toques —dijo con firmeza apartando las manos de Drew, que hicieron el amago de abrazarla—. No quiero seguir hablando contigo. Me iré a primera hora de la mañana.

Drew sintió un ataque de pánico que le dejó sin aire los pulmones. La estaba perdiendo. De hecho, ya la había perdido.

—No puedes irte así. Mandy se quedará destrozada.

Y él también, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Ella no querría escucharlo.

—Te necesitamos, Kristina —aseguró él con un suspiro

—Ya he pensado en cómo puede afectar todo esto a la niña —dijo ella suavizando un tanto su expresión—. No debería sufrir por culpa de nuestros errores. Por eso me gustaría seguir dándole clases de piano, pero con una condición: que sea durante el día, cuando tú estés trabajando. No quiero verte.

Drew sabía que la había destrozado por completo con su falta de

consideración. Había destrozado cualquier esperanza de futuro con ella. Se sentía acabado y triste.

—Si eso es lo que quieres...

—Lo es —aseguró ella dándose la vuelta para marcharse y dirigiéndose hacia el pasillo.

Drew quería decirle cuánto significaba para él, y que se había enamorado de ella. Pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Después de lo que le había hecho, sonarían falsas, por muy sincero que fuera su sentimiento.

—Lo siento, Kristina —fue lo único que fue capaz de decir mientras ella se alejaba

—Yo también —respondió ella girándose un instante con los ojos arrasados en lágrimas—. Y lo que más siento es haberme enamorado de ti.

Y dicho aquello, desapareció de su vista, dejando a Drew como única compañía la culpabilidad, un sentimiento familiar para él.

En un arranque de determinación, se dirigió hacia el teléfono y marcó el número de Lilly. No iba a dejar que Kristina se marchara sin luchar por ella, aunque aquello significara meter a su abuela en la batalla. Después de todo, se lo debía.

Aun así, pasara lo que pasara, siempre le estaría agradecido a Lilly por haber llevado a Kristina a su vida. Ahora solo tenía que convencerla para que se quedara en ella.

Kristina terminó de recoger sus cosas y dejó las maletas en el umbral de su dormitorio. Antes de salir, entró en el baño y se echó agua fría sobre la cara. No sirvió de mucho: seguía teniendo los ojos rojos tras muchas horas de llanto y de no dormir.

Por suerte, su amiga Lori se había ofrecido a compartir con ella su apartamento hasta que encontrara un sitio. Recogió las maletas y comenzó a caminar despacio, deteniéndose en la puerta de la habitación de Amanda. La abrió con el codo para observar durante un instante a la niña que quería como si fuera su propia hija.

No quería despertar a Mandy para contarle las novedades. Por la noche regresaría para hablar con ella y tratar de explicarle la situación, siempre y cuando Drew no estuviera.

Cuando comenzaba a bajar las escaleras, Kristina escuchó unas voces provenientes del estudio, y le sorprendió que Drew tuviera visita a aquellas horas tan tempranas. Recordó entonces que Tobías estaba allí la mañana en la que ella llegó, y pensó que tal vez se había pasado a saludar. Exhalando un suspiro, Kristina continuó descendiendo los escalones. Pero Tobías no era el misterioso invitado. Con sus ojos azules llenos de remordimientos, Lilly esperaba en el piso de abajo.

—Buenos días, querida —dijo la anciana—. Me alegro de

haberte pillado antes de tu partida.

Kristina dejó las maletas en el suelo, dispuesta a concederle a Lilly unos momentos de su tiempo. A pesar del lío que había montado, su intención había sido buena.

—Supongo que no puedo decir nada para con vencerte de cuánto lo siento —comenzó a decir Lilly apoyándose sobre su bastón—. Tal vez las abuelas no sabemos siempre qué es lo mejor.

—Ya ha pasado, Lilly —contestó Kristina encogiéndose de hombros—. Todo está perdonado.

—Pero no has perdonado a mi nieto.

—Lo perdonaré con el tiempo —aseguró Kristina—. Pero no puedo olvidar su falta de sinceridad. No puedo confiar en él. Me niego a estar con un hombre que está conmigo solo por lástima.

—Está contigo porque te ama —replicó Lilly con ex presión convencida—. Porque le has devuelto la vida.

—Nunca ha dicho que me amara.

—No le has dado oportunidad —contestó Lilly colocándole la mano sobre el brazo.

—Le he dado muchas.

—Dale una más —respondió la abuela de Drew señalando hacia el estudio—. Todo el mundo me rece una segunda oportunidad. Entra en aquella habitación y déjale hablar. Si no consigue convencerte de que tiene el corazón roto, y de que te quiere más que a nadie sobre la tierra, entonces, márchate.

Kristina permaneció inmóvil, sin saber qué camino tomar. Tal vez Drew se merecía al menos una despedida en condiciones, por muy doloroso que fuera.

—Escucha a tu corazón, Kristina —susurró la voz de Lilly a su espalda mientras se dirigía al estudio.

Cuando entró en la estancia, Drew se puso en pie inmediatamente. Tenía un aspecto horrible. No se había afeitado, y seguía llevando la misma ropa que la noche anterior. Tenía los ojos rojos y aspecto cansado, probablemente como ella misma.

—Tu abuela me ha dicho que querías hablar conmigo antes de que me marchara —dijo Kristina rígida, decidida a no perder en ningún momento la compostura.

—Quiero que sepas que la he hecho venir para agradecerle el haberte conocido, no para intentar que te convenciera para que te quedaras —comenzó a decir Drew recorriendo el estudio con las manos en los bolsillos.

—A pesar de todo lo que ha pasado, no me arrepiento de haberos conocido a Amanda y a ti —aseguró ella, sintiéndose algo más débil en sus convicciones—. Fue bonito mientras duró, pero creo en que en estas circunstancias lo mejor es que haya terminado.

Ha quedado perfectamente claro lo que tu sientes, y…

—¿Lo que yo siento? —la interrumpió él girándose de pronto hacia ella con expresión feroz—. No, no ha quedado claro en absoluto. Tras la muerte de Talía, me negué a conocer a nadie más, porque me resultaba demasiado doloroso. Pero cuando te conocí a ti, me sentí completo de nuevo por primera vez, y dispuesto a aprovechar la oportunidad de abrirme a alguien. Tal vez no estaba preparado para la transición, pero ahora sí lo estoy.

— ¿Estás completamente seguro, Drew? —preguntó Kristina, que notaba cómo toda su firmeza comenzaba a desmoronarse.

—Nunca he estado tan seguro de nada en toda mi vida —aseguró él acercándose un paso más—. Y sé que si te marchas por esa puerta, tendré que enfrentarme a un dolor mayor del que haya sentido nunca en toda mi vida, porque esta vez estoy más enamorado de lo que lo he estado jamás. Enamorado de ti, Kristina. De toda tú. De tu sonrisa, de tus ojos, de tu hermoso cuerpo. Y lo más importante, de tu maravilloso corazón.

Kristina abrió los labios para decir algo, pero ninguna palabra surgió de su boca.

—Así es. Te quiero —continuó Drew acercándose lo suficiente como para acariciarle la cara—. Ten dría que habértelo dicho antes, pero creo que tenía miedo a no tener nada que ofrecerte. Pero ya no tengo miedo, Kristina —aseguró mirándola a los ojos con amor—. Quiero estar contigo, darte todo lo que necesitas, y que seas la madre de mi hija y de los hijos que tendremos juntos.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Kristina. Desde el momento en que lo conoció, tuvo la impresión de que Drew era un buen hombre y un buen padre. Tal vez se habían conocido de forma poco ortodoxa, y tendrían que trabajar mucho la confianza si decidía poner su fe en él como había hecho en un principio.

Como Lilly le había advertido, Kristina escuchó a su corazón. Y este le dijo que aquel hombre la amaba, a pesar de los errores que había cometido en el principio de su relación. Que la necesitaba, igual que ella a él. Y que necesitaban estar juntos.

—No querrás decir ocho hijos, ¿verdad? —preguntó ella colocando la mano sobre la de Drew, que seguía acariciándole la cara.

—Tendremos los que tú quieras, sean muchos o pocos —contestó él con una sonrisa de esperanza que le iluminó todo el rostro—. Lo que te haga a ti feliz.

Y dicho aquello, Drew la besó apasionadamente en la boca como si fuera con el corazón, un beso cargado de emoción entre dos personas que se amaban.

El sonido de una garganta aclarándose interrumpió el beso. Drew miró hacia la puerta y se encontró con Lilly y Amanda de la mano, ambas con una sonrisa esplendorosa.

—Siento interrumpir —dijo Lilly—. Pero por lo que veo ya es oficial, ¿no?

— ¿Oficial?—preguntó Drew con el ceño fruncido.

—¡Por el amor de Dios, Drew! —exclamó Lilly poniendo los ojos en blanco mientras revolvía dentro de su bolso—. ¿Es que tengo que hacerlo yo todo por ti? Aquí está —dijo tendiéndole a su nieto una cajita de terciopelo—. Era de mi madre. Y ya que Kristina va a ser mi nieta, creo que se merece llevarlo.

Kristina tragó saliva cuando Drew abrió la caja y descubrió un diamante en forma ovalada montado sobre una banda de platino. Nunca en su vida había visto una joya tan bella, ni siquiera en sueños.

—Ponte de rodillas —ordenó Lilly.

Amanda soltó una risita, y Kristina se quedó completamente de piedra ante la perspectiva de lo que iba a ocurrir. Como un nieto obediente, Drew se arrodilló en el suelo con su hija a un lado y miró hacia Kristina con sus ojos azules irradiando amor.

—Kristina Simmons —dijo presentándole el anillo—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

—¿Y también mi mamá? —añadió Mandy.

—Será un honor para mí —aseguró Kristina con los ojos anegados en lágrimas de felicidad.

Entonces, Amanda, Lilly, Drew y ella se unieron en un abrazo. Kristina pensó que a veces las familias se fundan de manera extraña, pero lo importante es que el amor que las sustenta salga del corazón,

Y aquel era el mejor comienzo que se podía esperar.

—Venga, Mandy —dijo Lilly separándose del grupo—. ¿Qué te parece si nos vamos al zoo? Tu padre y Kristina tienen que hacer muchos planes, entre otras cosas.

—Que os lo paséis bien —dijo Drew tomando a Kristina por la cintura y besándola con dulzura—. Pero tened en cuenta que va a ser un día muy caluroso.

—Seguro que no tanto como lo será aquí dentro—murmuró Lilly.

—Gracias por todo, abuela -dijo Drew abrazándola.

—Ha sido un placer, querido —respondió Lilly con una sonrisa —. Las abuelas siempre saben qué es lo mejor.

Yen aquel caso, Kristina no podía estar más de acuerdo.

Epilogo

—¿Están casados de verdad, Nana Lilly?

Lilly estrechó fuerte a Amanda contra su corazón. Estaban sentadas en la mesa del banquete.

—Sí, cariño. Casados de verdad.

Lilly siempre había creído que echar una mano al destino era una causa honorable, pero había decidido que sus días de casamentera habían terminado. Aun así, no podía evitar sentir una pizca de orgullo al contemplar a su nieto, que estaba guapísimo con su esmoquin negro, bailar con su novia, vestida de blanco.

—Vamos, cariño —le dijo a Amanda bajándola de su regazo—. Papá y Kristina querrán que bailes con ellos.

La niña salió corriendo con su vestido de crinolina rosa, llena de alegría infantil. Lilly le echó un vistazo a la sala, llena de familiares y amigos cerca nos a la familia Connelly: Emma y Grant bailaban en medio de la pista cerca de Maura y Douglas y de Elena y Brett, que acababan de tener a su hija pocas semanas atrás. Todos ellos se unieron a los novios para bailar el vals.

Lilly se dio cuenta de que Tara permanecía sentada con aquel... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, John Parker. Un hombre bueno y sensible que hacía poco se le había declarado a Tara con un diamante extravagante y la promesa de un futuro estable. Pero aquel hombre no era su pareja ideal bajo ningún punto de vista. Lilly se había dado cuenta enseguida. Tara no volvería a amar a nadie como había amado, como seguía amando a su querido Michael, desgraciadamente ya fallecido.

Tal vez podría sentarse al lado de su nieta y tratar de convencerla de no que no tomara una decisión equivocada en cuestiones de corazón. Pero no, Lilly no intervendría esta vez. Había estado a punto de provocar un desastre en su último intento de llevar felicidad. Tara tendría que llegar a esa conclusión por sí misma.

Lilly volvió a dirigir su mirada hacia Kristina y Drew. Ambos bailaban el vals con Amanda sujeta firmemente entre ellos. Formaban una familia maravillosa. Y tal vez con el tiempo vendrían más niños a completar la felicidad de la pareja. Así pasados los años, contemplarían con amor la maravillosa obra que habían creado juntos.

En aquel caso, no había ninguna duda de que así sucedería.